

Enero Febrero Marzo
*Una comedia romántica
muy divertida*

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
Nadie

32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52
HACE EL

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
AMOR

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
LOS MARTES

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
¿Quieres saber por qué?

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
Octubre Diciembre
TRACY BLOOM



Katy y Matthew, que fueron novios en su adolescencia, se reencuentran una noche en una fiesta de exalumnos y acaban en la cama. A la mañana siguiente deciden que no volverán a verse nunca más. Y aquí termina el asunto... Hasta que ocho meses más tarde vuelven a encontrarse en una clase de preparación al parto y Matthew se pregunta con inquietud si será el padre de la criatura que espera Katy. Ajenos a este lío, la esposa de Matthew, neuróticamente perfeccionista, vive con gran angustia la perspectiva de dar a luz gemelos; y en cuanto al novio de Katy, mucho más joven que ella, se resiste a tomarse la paternidad en serio. La vida y el amor no son asuntos que puedan tratarse a la ligera. Katy y Matthew tendrán que enfrentarse a un torbellino de emociones y de sentimientos que no tenían previsto. ¿Cómo se las ingeniarán para arreglar semejante desastre y seguir adelante con sus vidas?

Tracy Bloom

Nadie hace el amor los martes



Título original: *No-One Ever Has Sex on a Tuesday*

Tracy Bloom, 2013

Traducción: Isabel de Miguel, 2014

Revisión: 1.0

 28/03/2020

*Para Bruce.
Siempre mi mayor y mejor cheerleader.
Sin ti, nunca habría llegado hasta aquí.*

Capítulo 1

E stán las que eligen al hombre que será el padre de su hijo, y las que no. Están las que se pasan años cribando el inmenso pajar de la población masculina y las que un día caen en una trampa.

Katy nunca se había visto a sí misma como de las que caen en trampas. Desde luego, no se imaginaba que a los treinta y seis años estaría embarazada, soltera y con un novio ocho años más joven. Un novio que ahora se encontraba junto a ella, vestido de futbolista, para acompañarla al curso de preparación al parto. Tenía náuseas, pero lo achacó a los nervios de la clase y al hecho de que Ben, que venía directamente del colegio donde daba clase de Educación Física, apestaba a zapatillas deportivas, a chicos sudorosos y a puré de patatas. De todas formas, seguro que su novio encontraría la manera de disipar sus miedos con sabias palabras.

—Me ha dicho un tipo del trabajo que en estas clases te pasas dos horas hablando de tetas y de chichis. ¿En serio sirve de algo?

Katy se quedó mirándole. Exhaló un hondo suspiro, puso la primera y arrancó.

—Por favor, no digas eso.

Ben estaba toqueteando todos los botones, interruptores y diales del tablero del coche.

—¿Que no diga qué?

Katy chasqueó los dedos.

—Chichis.

—Es mejor que otros términos —dijo Ben—. Podría decir...

—No, no digas nada más —le interrumpió Katy—. Sabes que a mi abuela no le gustaría esa palabra.

—¿Por qué lo dices? ¿Vendrá tu abuela con nosotros?

Ben abrió la guantera y echó un vistazo dentro.

Kate se estaba impacientando.

—Porque mi abuela se llama Chichi, ya te lo dije.

Ben le dirigió una mirada de admiración.

—No me lo habías dicho. Es el tipo de información que hace que la vida valga la pena. No lo habría olvidado.

—¿En serio? —Kate dudaba si continuar la conversación, pero comprendió que a su novio le

alegraría el día—. Entonces, ¿no te he dicho nunca cómo se apellida mi abuela?

Ben se quedó un momento pensativo. De repente empezó a dar botes de entusiasmo en el asiento.

—¡Vagina! Tiene que ser vagina. Dime que se apellida vagina y seré feliz para siempre.

—Su apellido es Fogoso. —No pudo evitar una nota de triunfo en su voz.

Ben miraba a Katy con la boca abierta, totalmente estupefacto.

—Me tomas el pelo. No me digas que sus padres la llamaban Chichi con un apellido como Fogoso. Es de locos.

—No seas tonto. Fogoso es su apellido de casada. No se llamaba así.

—¿La llamaban Chichi y se casó con el señor Fogoso? —Se quedó un rato callado. Luego declaró en tono solemne—: Tu abuela era un genio de la comedia.

La conversación se interrumpió aquí, porque Ben estuvo enganchado al móvil durante el resto del trayecto. Tenía que contarles a sus amigos, por escrito o de viva voz, la historia más divertida sobre nombres que había oído en su vida. Y seguía pegado al móvil cuando Katy se preparó para salir del coche: colocó con cuidado la voluminosa tripa en la dirección de salida, confiando en que arrastraría al resto. La amplia túnica rosa de algodón y poliéster se agitaba en todas direcciones sobre su cuerpo lleno de protuberancias. Se dijo que ojalá tuviera el aspecto de una embarazada que controla la situación, pero entonces recordó que era la falta de control la que la había llevado hasta aquí y volvió a experimentar un ahogo que ya le resultaba familiar. Se volvió hacia Ben en busca de apoyo y reparó por primera vez en sus rodillas cubiertas de barro.

—¡Tus rodillas! —Señaló la ofensiva capa de tierra proveniente del campo de fútbol.

Ben simuló sentirse ofendido.

—¡No querrás que vuelva a pedirte en matrimonio!

Katy movió la cabeza con gesto desalentado, inspiró hondo y siguió andando. Siempre había creído que empuñaba las riendas de su vida. Había ido cumpliendo con todos los requisitos: universidad, licenciatura y compra de casa. Se había saltado el paso de la boda, cierto, pero por propia decisión.

Su primer amor resultó una experiencia tan traumática que nunca recuperó plenamente la capacidad de amar. Desde entonces, al menor parpadeo del haz amoroso, Katy atisbaba el futuro desengaño, y esto le permitía adelantarse a los acontecimientos con una ruptura clara y definitiva. Esta táctica le había evitado el dolor y la humillación que sufrían sus amigas, a las que había visto estamparse una y otra vez contra el suelo.

Ya no sabía cuántas veces les había oído asegurar que habían encontrado *el amor verdadero*. Katy las escuchaba siempre con la tristeza de saber que dos semanas más tarde volverían a llamar a su puerta y le explicarían entre sollozos que su príncipe azul se había ido en busca de otra princesa; una historia tan triste como predecible. Y mientras Katy abría una botella de vino ellas abrían su corazón. Inevitablemente, esa noche acabarían borrachas en el salón, cantando y bailando al son de una música facilona. Luego habría un momento de intenso sentimiento en que le asegurarían a Katy que era la mejor amiga del mundo, y al filo de la madrugada una de ellas se asomaría al balcón a vomitar.

A Katy le sorprendía que sus amigas no comprendieran que, si le entregas el corazón a un

hombre, este lo desechará como un juguete viejo en cuanto aparezcan otras faldas. De todas maneras, ya hacía tiempo que no tenía que pasarse la noche consolando a alguna víctima del desengaño amoroso. Poco a poco, todas sus amigas acabaron por encontrar un hombre dispuesto a comprometerse por más de cinco minutos y pudieron celebrar la anhelada boda.

Durante dos años de tortura, las invitaciones de color crema se fueron apilando con angustiosa rapidez sobre la repisa del salón de Katy. El corazón le daba un vuelco cada vez que recogía uno de esos sobres cuidadosamente seleccionados, seguramente para hacer juego con el elástico de las bragas de la novia, y extraía la invitación escrita a mano por la futura esposa. Cada vez que leía las palabras «Srta. Katy Chapman y acompañante», cerraba los ojos desesperada. Pero ¿por qué, por qué parecía obligado ir a las bodas en pareja? ¿Temían acaso que una persona soltera aprovecharía la mínima ocasión para escaparse con la novia o con el novio? A lo mejor era una de las promesas que se hacían en el matrimonio: solo tendrás amistades emparejadas, a fin de evitar cualquier tentación. Katy llegó a detestar estas supuestamente felices celebraciones que la obligaban a recurrir a cualquier tipo con el que se hubiera besuqueado en una noche tonta y que a cambio de la comida y la bebida de la boda estuviera dispuesto a aguantar una avalancha de familiares bienintencionados diciéndole: «Así que el próximo serás tú, ¿no?».

Finalmente, decidió que ya estaba bien. Ya era hora de que enarbolara un estandarte por las mujeres fuertes e independientes en lugar de alimentar el estereotipo de que una mujer solamente podía ser feliz junto a un marido. Cuando volvieron a invitarla, tuvo la genial idea de llevar como acompañante a Daniel, un colega de la agencia de publicidad. Fue un banquete memorable. Katy nunca olvidaría la cara que puso la tía abuela de Laura. La pobre le hizo a Daniel la pregunta habitual, y este le respondió amablemente que sí, que posiblemente sería el próximo en casarse, porque ya hacía seis meses que salía con Rob, y ninguno de los dos se había acostado con nadie más. Claro que estaba la noche en que se acostó con Stanley, su ex; pero no creía que eso contara, porque él estaba bastante borracho y Stanley iba vestido de uniforme porque era una fiesta de disfraces. Y, claro, ¿quién se podía resistir a un uniforme?

Así fue como Daniel se convirtió en su acompañante favorito para bodas.

Cuando entraban en el hospital, Ben la cogió de la mano. Katy se sobresaltó. Ben se escupió en la mano libre y se inclinó para intentar limpiarse el barro de la rodilla.

—Entonces, ¿qué opinas?

—Lo siento, estaba muy lejos de aquí. ¿Qué has dicho? —preguntó Katy.

—Te preguntaba cómo te imaginas que serán los demás asistentes a la clase —dijo Ben.

—Oh, seguro que serán muy listos, habrán leído todo lo que hay que leer sobre el tema y harán preguntas inteligentes —respondió Katy. De nuevo le invadió el pánico y comprendió que había estado colocando el tema del embarazo entre los asuntos a tratar «más tarde». Y estaba claro que ese más tarde había llegado.

—Hmmm. —Ben estaba meditando la respuesta de Katy—. De modo que seremos los malos de la clase, los que se sientan atrás mientras los empollones de las primeras filas escuchan con devoción las palabras del profesor, ¿no?

—Es lo más probable —suspiró Katy.

Ben le dirigió una sonrisa maliciosa.

—Las últimas filas son más divertidas —le dijo.

Katy no pudo evitar una sonrisa.

—Tienes razón.

Ya se sentía mejor. Ben sabía detenerla cuando se tomaba la vida demasiado en serio. Esto fue lo primero que le atrajo de él la noche en que se conocieron; una de las peores noches de su vida.

Capítulo 2

Había sido el verano anterior. En cuanto se vio reflejada en los mugrientos espejos del lavabo en The Pink Coconut, Katy comprendió que la noche sería un auténtico desastre. Con su disfraz de colegiala, rodeada de un grupito de atractivas veinteañeras, de cuerpos esbeltos y frescas mejillas, se vio espantosamente ridícula.

Cómo demonios me he puesto en esta situación, se dijo enfadada, al ver las pequitas que se había pintado y las horribles trencitas rematadas con lazos color fucsia. Cuando sus amigas se casaron, a Katy no le quedó más remedio que rebajar el nivel de su vida social para no quedarse totalmente sola. Pero esto ya era caer demasiado bajo.

Al principio se quedó horrorizada. Una por una, todas sus amigas pronunciaron las palabras más deprimentes para una chica soltera que quiere salir con su grupo.

«Tendré que preguntárselo a David».

O peor todavía...

«Bueno, si a Steve le parece bien».

Y la peor respuesta de todas...

«Solo si Edward puede venir con nosotras».

Katy habría querido zarandearlas hasta que se les quitara esa cara de compungidas. Pero antes que contemplar cómo se hundían en el infierno de la vida doméstica en pareja, prefirió dejarlas a su suerte. Ahora solo las veía en ocasiones especiales, y a medida que aumentaba la distancia entre ellas, las conversaciones se hacían cada vez más incómodas.

Un tanto deprimida por esta merma en su vida social y con más tiempo libre, Katy se volcó en el trabajo y buscó amistades libres de ataduras. Finalmente, y no sin esfuerzo, logró encajar en un grupo de jovencitas marchosas que había conocido en una fiesta en Fitness Forever, el gimnasio del barrio. Le sorprendió descubrir que podía tolerar sus cuerpos perfectamente bronceados con *spray*, sus rostros frescos como una rosa tras una agotadora sesión de *Step* y hasta sus incontenibles risitas cada vez que uno de los musculosos entrenadores personales pasaba cerca de ellas. Katy sospechaba que si la aguantaban era porque sabían que era ejecutiva de cuentas en una agencia de publicidad, y esperaban que las invitara a una prueba para un anuncio de champú. Lo cierto era que después de unos tragos de Bombay Sapphire las encontraba bastante entretenidas, y por lo menos no resultaba tan degradante como quedarse en casa un sábado por la noche.

Pero las cosas fueron demasiado lejos. Cuando su discoteca favorita organizó una fiesta para colegiales, las chicas del gimnasio casi se mojaron las bragas de emoción. Katy estaba horrorizada, pero finalmente accedió a ir. Cabía dentro de lo posible que encontrara a alguien interesante, aunque se tratara de un gordito miope. La noche de la fiesta, las chicas se presentaron en el piso de Katy, cerca del centro de Leeds, junto al río, envueltas en un vaho de perfume carísimo. Cuando las vio a todas juntas, taconeando con sus tacones de aguja y riendo tontamente, Katy comprendió su error. Tenía que haber inventado una excusa cualquiera, como que al vecino se le acababa de morir el gato.

En un momento invadió su apartamento una avalancha de ligas, medias, maquillaje, extensiones de cabello, pestañas postizas, alisadores, rizadores, sujetadores para realzar el busto, para lucir el escote, para escotes en uve... y todo lo que se quiera. Una de las chicas estaba sentada a horcajadas sobre la mesa de centro y la azotaba con su vara de directora. Era una mesa preciosa, estilo 1920. Katy la había comprado en Brighton en una escapada de fin de semana con un tal Jonny, y se preguntó si sobreviviría a este tratamiento indigno. Tras la obligada foto de grupo, que Katy se empeñó en tomar para que no quedara evidencia de que había participado en semejante pantomima, salieron del apartamento. Katy las seguía con aire malhumorado, rogando al cielo que no se encontraran con ningún vecino. Las chicas estaban encantadas con el recibimiento que les daban en los bares, sin reparar en que era bastante vulgar. Salvo que te gustaran los adolescentes granujientos y bravucones y los hombres de mediana edad que simulan ser adolescentes bravucones, por supuesto.

A las once de la noche estaban en la pista de baile del club, en medio de una aglomeración de cuerpos sudorosos. Justo cuando Katy empezaba a pensar que tal vez ya era un poco mayor para esto, sonó un tema de The Jam, «*Going Underground*». Christy, la más descarada del grupo, declaró en voz bien alta que la música era una mierda, y quiénes eran estos de The Jam. Katy se paró en seco, presa del horror. ¿Cómo podía salir con gente que no había oído nunca a The Jam? Salió tambaleante de la pista de baile y se encaminó rápidamente al bar. No podía creer que hubiera sido tan estúpida como para ponerse en esta situación. ¡Disfrazarse de colegiala para salir con unas estúpidas a las que doblaba en edad y que encima habían insultado al dios que era para ella Paul Weller!

Maldiciéndose a sí misma, se abrió paso entre la muchedumbre y no vio al tipo que venía hacia ella con tres vasos de plástico llenos de cerveza en precario equilibrio hasta que casi choca con él. Para no caerse, lo cogió del brazo y le hizo perder la correcta sujeción de los vasos. Dos de ellos cayeron al suelo con un *plop*, pero el tercer vaso se agitó y el líquido se derramó. Katy se detuvo un instante, notando cómo la cerveza fría le empapaba la blusa blanca y el sujetador y le mojaba la piel. La noche estaba resultando tan desastrosa que era difícil que empeorara. No se atrevió a mirar el desaguisado; su blusa habría quedado transparente; sería casi como estar desnuda.

—¿Por qué demonios no miras a dónde vas? —le gritó.

—No te alteres. Podía haber sido peor. Por lo menos no tenía cubitos de hielo.

Pero Katy no necesitaba un chiste. Necesitaba desahogarse. Y se desahogó.

—Acabas de ponerle la guinda final a la noche más deprimente de mi vida. No solo soy demasiado mayor para vestirme como una estúpida colegiala; encima estoy con un grupo de niñas sin un dedo de frente que ni siquiera saben quiénes eran The Jam y se han atrevido a decir

que esta canción —sí, «*Going Underground*»— es una mierda.

El joven no se inmutó.

—Lo mío es mucho peor —dijo.

—Mira, esto no es un juego. Esta noche es un auténtico asco, y nadie me va a decir lo contrario.

—Oh, pero te aseguro que lo mío es peor.

—Y una mierda —replicó Katy—. ¿Te he contado que un tipo feo y sudoroso me ha preguntado qué me gusta tomar para desayunar?

El joven asintió.

—Pura desesperación.

—Vaya, gracias. No soy tan vieja —protestó Katy.

—No me refería a ti —se apresuró a decir el joven—. Quiero decir que es una broma de tío desesperado.

—Ya, ya —dijo Katy en tono incrédulo.

—Lo digo en serio. Además, me gustan las mujeres mayores que yo. Son buenas conversadoras.

—Yo no llamaría a esto conversación —espetó Katy enfadada—. Primero me has tirado la cerveza por encima y luego me llamas vieja.

Katy iba a marcharse cuando el joven la agarró del brazo.

—No, no te vayas, por favor. Lo siento, tienes razón. Me sale todo mal, ya ves. Tengo una noche horrible. Soy profesor, de modo que una discoteca es para mí un infierno. Los amigos que me han arrastrado hasta aquí piensan que esto es muy *sexy*, pero yo les digo no, no, esto está mal. No puedo ver a una mujer vestida de colegiala y encontrarla *sexy*.

Katy se volvió sorprendida hacia él. Se preguntó qué pensaría de su disfraz.

—Además, no lo entiendo. ¿Quién quiere recordar las noches de sus años de instituto? Mala música, malos bailes, sin poder beber alcohol y con la certeza de que no te ligarías a la que te gustaba porque no eras tan popular como ella.

—Bueno, supongo que tienes razón —admitió Katy—. Pero por lo menos estás con un grupo de amigos, no con unas descerebradas sobre tacones.

—Es cierto. Pero esta no es la principal razón por la que mi noche es peor que la tuya.

A Katy le hizo gracia ver en los ojos del chico un brillo malicioso. El tipo estaba empezando a gustarle.

—Vale, cuéntamelo a ver si me alegras la noche.

—De acuerdo. Allá va. —El joven respiró hondo—. Fui al lavabo y el tipo que orinaba a mi lado me miró..., ya sabes, y dijo: «Lástima que tengas el pubis pelirrojo».

A Katy se le escapó una risita de colegiala.

—Pero tú ya sabías que tenías el pubis pelirrojo antes de salir esta noche, ¿no? —Notó con espanto que se ruborizaba.

—Claro, pero que un desconocido te lo señale en una situación que debería ser estrictamente íntima resulta muy inquietante.

Parecía tan compungido que Katy soltó una carcajada. El joven rio también, contento de haber despertado su simpatía.

—Por cierto, me llamo Ben. —Le tendió una mano pegajosa de cerveza—. Y ahora que

estamos unidos en la pena, puedo invitarte a una cerveza o animarte a escapar de este horrible lugar y regalarnos un kebab.

Y sin saber cómo, Katy se encontró sentada en los fríos escalones de entrada de Gonad's Kebab House, salpicando de salsa chili sus zapatos negros de tacón, con la seguridad de que este sería el mejor momento de la noche.

Charlar con Ben fue sorprendentemente fácil. Para alivio de Katy, Ben no repetía clichés gastados ni intentaba adularla. Nada de historias plañideras sobre una esposa que no le comprendía o sobre un doloroso divorcio, que era lo que le contaban los hombres que había conocido últimamente. Ben ni siquiera le preguntó en qué trabajaba. Simplemente charló sobre esto y lo otro, nada que ver con el obsesivo runrún en plan «yo soy más importante que tú» de los colegas de su trabajo, obsesionados con la imagen. De repente se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba charlando con un hombre sin preocuparse de su aspecto ni de medir sus palabras.

Al cabo de un rato, Ben acabó su kebab, se lamió los dedos uno por uno, arrugó el grasiento papel y anunció que tenía que irse.

—Tengo fútbol mañana —dijo—. ¿No te importa coger un taxi?

—Está bien.

Ben empezó a marcharse, y en el último momento se volvió a mirar a Katy.

—¿Te gustaría quedar una noche para tomar algo?

Katy titubeó. Lo había pasado bien charlando con él, pero no quería darle al pobre falsas esperanzas.

—Vale, pero solo para tomar algo.

—Entonces será mejor que quedemos un martes —dijo él muy serio.

—¿Por qué?

—Porque nadie hace el amor en martes.

Quedaron para tomar una copa un martes, y al jueves siguiente, luego el lunes y finalmente se fueron a la cama el sábado.

—Es que el martes es un día tan soso... El domingo es el último día del sexo del fin de semana. El lunes piensas: maldita sea, tengo que encontrar algo para animarme porque empieza el sexo entre semana. El miércoles practicas el sexo para celebrar que has metido varios goles en el partido o porque no dan nada en la tele. El jueves es el nuevo viernes, de modo que vas al *pub* y vaya, ligas porque es noche escolar y has bebido demasiado. El viernes piensas que gracias a Dios has sobrevivido a otra semana de sexo laboral. Y luego está el sábado, y el maldito sábado exige un poco de sexo. Pero el martes es otra cosa. ¿Qué razón hay para practicar el sexo un martes? Pregúntaselo a cualquiera. Apuesto a que nadie recuerda la última vez que hizo el amor un martes.

Mientras avanzaba penosamente por los interminables pasillos del hospital, siguiendo las indicaciones de los letreros escritos a mano con letra ilegible, Katy no logró encontrar una buena razón para practicar el sexo, ni en martes ni ningún otro día de la semana. Su opinión acerca del

sexo dio un vuelco de hecho seis meses atrás, una fatídica mañana en que se despertó por quinto día consecutivo con sensación de náuseas. Al principio se dijo que era consecuencia de una cena muy animada con un cliente, pero finalmente tuvo que admitir que no era una resaca normal. Se estrujó aterrada los sesos intentando recordar cuándo había tenido su última regla. Recordaba vagamente que cuando asistió a la fiesta navideña de la oficina tuvo que meter unos tampones en el reluciente bolsito que había comprado para llevar con su vestido negro, ridículamente caro. Con el corazón latiéndole tan fuerte en el pecho que pensó que despertaría a Ben, que se había quedado a dormir, corrió a la cocina para mirar el calendario. Contuvo el aliento, retrocedió hasta el mes de diciembre y contó el número de semanas transcurridas. Siete semanas. No, imposible. Volvió a hacer la cuenta una y otra vez, pero el resultado seguía siendo siete. Mierda, mierda, mierda. No puede pasarme esto. Estoy con la píldora. Cuando tomas la píldora no te quedas preñada; para eso la tomas. No podía tener un hijo. Salía con Ben, y Ben no estaba preparado para ser padre. Tenía ocho años menos que ella. Había nacido en los ochenta, por el amor de Dios... Era un crío.

Se sentó en el suelo, su bonito suelo de baldosas marroquíes, en su precioso apartamento de diseño, y escondió la cabeza entre las manos. Las consecuencias de un embarazo acudieron en masa a su mente. ¿Qué pasaría con su trabajo? ¿Qué pasaría con su villa? ¿Qué diría la gente? ¿Qué diría su madre? Estaría horrorizada, sin duda, porque se había pasado la vida advirtiéndole que no se dejara atrapar como ella. A pesar de que era una pésima cantante, su madre creía firmemente que, de no ser por el matrimonio y los niños, habría triunfado en Las Vegas. Ahora, en su casa de España, recuperaba el tiempo perdido cantando con sus amigos en el karaoke.

«¿Quién demonios es el padre?», sería lo primero que le preguntaría. Hacía tiempo que ya no hablaban de novios. Los de Katy cambiaban con tanta frecuencia que su madre perdió el interés. Bueno, por lo menos estaba claro que el padre era Ben, porque llevaban meses «saliendo», como les solían decir. De hecho era asombroso lo bien que les iba. No hacían promesas de llamarse, simplemente se llamaban. Se presentaron mutuamente a sus amigos, pero negaban con rotundidad que fueran novios y de ninguna manera pensaban presentarse a los respectivos padres. Ben se cachondeaba del pretencioso mundo de la publicidad de Katy, y ella se burlaba de las interminables vacaciones de Ben y de que pudiera estar en casa a tiempo para ver las series de televisión.

—Fácil de contentar, sin complicaciones y más joven que yo.

Así se lo describió riendo a Daniel, que la escuchaba boquiabierto.

—No entiendo por qué no se me ocurrió antes salir con un hombre más joven —añadió—. Es demasiado joven para tomarse la vida en serio, de modo que nos reímos mucho, y no es tan mayor como para buscar algo definitivo, así que no tengo que tratar continuamente de escabullirme. Es perfecto.

Abandonó con alivio las salidas con el grupo de jovencitas. Ellas siguieron llamándola, pero Katy les dio largas. Durante un tiempo no hubo noches de borrachera sin Ben, no hubo besuquesos furtivos en discotecas ni tristes historias de una sola noche.

—¡Mierda! —Katy se levantó de un brinco y dejó caer el calendario—. No, por favor, si hay un Dios no me puede hacer esto, por favor.

Volvió al mes de diciembre y allí, garabateadas en bolígrafo azul, dos semanas después de la fiesta de la oficina, estaban las últimas palabras que hubiera querido leer: *Reunión a las 8 en*

Dove Valley School.

Se estremeció al recordar el momento en que descubrió que estaba preñada y se esforzó por dejar de pensar en el tema. Estaban frente a la puerta de la sala donde se celebraba la clase de parto. Ben la cogió de la mano.

—Buena suerte, compañera —le dijo con un guiño.

Katy le sonrió agradecida. A lo mejor salía todo bien. Inspiró profundamente y entró en la sala. Siete rostros expectantes se volvieron a mirar a los recién llegados.

—Maldita sea, no puedo creerlo. No me extraña que no haya vuelto a los entrenamientos —exclamó Ben, mirando a un chico que se sentaba con aspecto abatido en una silla.

Pero Katy no le oyó, porque lo que acababa de ver en la sala le produjo tal sorpresa que se quedó sin aliento, clavada en el sitio. ¿Qué hacía él aquí? Si ni siquiera vivía en Leeds. ¿Qué demonios estaba pasando? Se le aflojaron las piernas y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla. De repente tenía la sensación de que estaba en uno de esos programas televisivos del domingo por la noche, donde todos se dedican a despedazarse mutuamente.

Ben continuó hablando, ajeno al ataque de pánico de Katy.

—O sea que el equipo juvenil se va al garete porque mi mejor delantero ha dejado a una chica embarazada. Menudo idiota. Míralo. Tendría que estar practicando penaltis en lugar de aquí encerrado, rodeado de embarazadas.

Katy estaba demasiado aturdida para escucharle. Mientras se acercaban al grupo, sentía que aquel era un punto de no retorno. Le habría gustado dar media vuelta y salir corriendo, pero no podía. Y en aquel momento, Matthew, el último hombre sobre la faz de la tierra al que Katy hubiera querido ver, levantó la cabeza y la reconoció, pero la sonrisa murió en sus labios en cuanto vio que estaba embarazada.

Capítulo 3

Unos ocho meses atrás.

Matthew había tenido un mal día. Tardó dos largas horas en salir de Londres por la mañana, y otras tres en llegar a Leeds. Durante el aburrido trayecto, su móvil no paró de sonar con llamadas de clientes que pedían sangre, sudor y lágrimas, además de milagros. Matthew quería gritarles que ser asesor fiscal no implicaba tener una varita mágica; no había embrujos para librarse totalmente de los impuestos. Entendía que sus clientes tenían a alguien presionándoles para conseguir más beneficios, pero en lugar de apretarle a él deberían esforzarse en ganar más dinero. Era tan sencillo como eso.

Finalmente puso el móvil en silencio. La mala cobertura de la M1 era una buena excusa para no estar accesible a las llamadas. Escuchar la radio en un día laborable era un lujo; no podía desaprovechar la ocasión de olvidar sus preocupaciones para centrarse en las posibilidades de intercambio de futbolistas que ofrecía la temporada.

Cuando estaba concentrado en las opciones de compra de jugadores del Leeds United, vio parpadear el nombre de Alison en el móvil. Descubrió consternado que no tenía ganas de contestar porque temía decepcionarla de nuevo. Esta misma mañana la había visto llorosa; la nueva tanda de tratamiento de fertilidad la angustiaba tanto que cualquier comentario la hacía llorar. Toda la energía de Alison estaba centrada en lograr que el tratamiento funcionara, y cada vez que él decía algo para calmarla o distraerla, ella le respondía con una mirada de absoluto desdén. No parecía entender que Matthew pudiera hablar de otra cosa que no fuera la manera de quedarse embarazada, y desde luego despreció su sugerencia de ir con él a Leeds y ver juntos el partido del sábado.

Hubo un tiempo en que le habría llenado de gozo ver el nombre de su mujer destellando en el móvil, pensó Matthew. Pero aquella era otra Alison, una Alison que lo fascinaba: elegante, segura de sí misma, sofisticada y no interesada en él todavía. Aquella Alison le hacía sentirse el rey del mundo cuando le apoyaba sobre el brazo su mano de uñas pintadas y bien cuidadas. Era la Alison que había puesto orden en la caótica vida de Matthew y le había inculcado lentamente cómo llegar a ser alguien. La mujer que poco a poco le llevó a hacer carrera en una empresa en lugar de saltar de un empleo a otro, a invertir en una casa propia en lugar de compartir piso con amigos, a cenar en restaurantes en lugar de tomar cualquier cosa en el *pub*, a comprar vinos caros, a leer

periódicos serios..., las cosas que hacen las personas adultas.

Pero la Alison de ahora... La calma y la sofisticación habían desaparecido sin dejar rastro, y en su lugar se instalaron el miedo, la duda y un terrible sentimiento de fracaso que la corroía. La Alison de antes no habría tolerado el fracaso, pero la de ahora había absorbido como una esponja la idea de que era incapaz de concebir, de que su cuerpo era defectuoso, y se empapaba continuamente de sentimientos negativos. Se había convertido en una mujer malhumorada, picajosa y obsesiva.

Cuando decidieron iniciar el tratamiento de fertilidad, Alison recuperó el control de la situación y durante un tiempo volvió a ser la de antes. Se entregó al programa como si se tratara de un trabajo a tiempo completo. Se le notaba en la cara que le aliviaba poder hacer algo, y estaba convencida de que todo iría bien. Nadie investigó tanto el tema, nadie se preparó físicamente como ella, ninguna mujer llevaba cada paso del proceso con más cuidado. Pero cuando su cuerpo se negó una y otra vez a darle lo que más ansiaba, la expresión de alivio de Alison dio paso a un aire de confusión que con el tiempo se transformó en una nube de pena y de dolor que la seguía a todas partes.

Matthew se preparó para otra conversación repleta de bombas escondidas.

—Hola —dijo, intentando que su tono sonara animado y casual. Así por lo menos la conversación empezaría bien.

—Hola. Quería decirte que hoy no he ido a trabajar —dijo Alison.

—Ya veo —titubeó Matthew—. ¿Te encuentras bien?

—¿A ti qué te parece? Estoy hecha un manojo de nervios, Matthew. Aquí me tienes, sin saber si pronto empezaré a decorar la habitación del niño o volveré a hundirme porque el tratamiento ha vuelto a fallar. ¿No puedes regresar esta noche?

—Lo siento, Alison. Me gustaría, ya lo sabes, pero soy el único del despacho que va al partido, y alguien tiene que atender a los clientes. Ian no puede ir porque su hija canta en la función del colegio. Era la suplente, pero la otra chica está metida en un escándalo: se acostó con uno de los profesores o algo así y la expulsaron de la función. Ahora el pobre Ian tendrá que sentarse junto a su ex mujer a oír durante dos horas cómo unos chiquillos desafinan con *El mago de Oz* en lugar de disfrutar de la hospitalidad de la compañía asistiendo a un partido en Leeds. Te aseguro que está más que fastidiado...

Hubo un silencio al otro lado.

—Alison, ¿estás ahí?

El silencio continuó. Finalmente se oyó un sollozo y Matthew comprendió que Alison estaba llorando.

—Por lo menos tiene una hija a la que puede ver actuar en la función. Yo cambiaría eso por un millón de absurdos actos sociales con la maldita empresa. ¿Se da cuenta de la suerte que tiene? —Alison estaba furiosa.

—Oh, Alison, claro que lo sabe. Pero es mala pata que todo tenga lugar el mismo día.

—La mala pata es que él tenga una hija a la que ni siquiera quiere ir a ver cantar en una función y nosotros no tengamos a nadie.

—Vamos, a lo mejor esta vez va todo bien.

—¿Y si no es así? No sé si podré soportarlo. No creo que pueda encajar el golpe y seguir adelante.

—Alison, no te hace ningún bien pensar así. Seguiremos adelante porque no nos queda otra opción. Oye, ¿por qué no llamas a Karen y os vais a comer fuera? Así te distraerías un poco.

Confiaba en lograr así que Alison colgara. Se sentía mal, pero ya había perdido la cuenta de la cantidad de veces que habían mantenido esta misma conversación, y no podía más. Él también quería tener un hijo, pero esta situación los estaba matando. Antes siempre era Alison la que dirigía el rumbo de la relación, la que sabía lo que tenían que hacer. Pero aquella Alison ya no existía. Ahora era Matthew el que intentaba desesperadamente mantener el matrimonio a flote, y sospechaba que no lo hacía demasiado bien.

—Mierda, Matthew, nunca quieres hablar de esto, ¿verdad? ¿Por qué no te comportas como un adulto y me dices algo? —Alison estaba sollozando.

Matthew cerró los ojos un instante. Le dolía en lo más hondo que su mujer dijera estas cosas. Sacaba a flote todas sus inseguridades. Le estaba diciendo que no era lo bastante bueno para ella, que por más que se esforzara en ser la clase de hombre que ella quería —asesor financiero con un buen coche proporcionado por la empresa y una cuenta bancada bien surtida— no podría convencerla. Porque ella sabía que en el fondo seguía siendo el aventurero que era cuando se conocieron.

—Lo intento, Alison, te aseguro que lo intento. Pero tienes que ser sensata. Al fin y al cabo, no se ha muerto nadie, ¿no?

Nada más decirlo, comprendió que era la idiotez más grande que había dicho en mucho tiempo.

—Bueno, con esto lo has dicho todo. No tienes ni idea de lo que pasa.

En la pantalla parpadeó la señal de «fin de llamada».

Se sintió aliviado. Sabía que debería llamar a Alison, pero si hablaban volvería a pasar lo mismo. No sabía cómo tratar a una mujer que había experimentado un cambio tan radical, hasta quedar irreconocible, en el momento en que inició su lucha por quedarse embarazada.

Volvió a escuchar la radio. Unos tipos opinaban acerca de qué jugadores tenían que ir a qué equipos. Matthew deseó estar tan libre de preocupaciones como ellos, que tenían tiempo para vociferar por la radio nacional que eran los únicos que conocían a fondo los problemas del fútbol británico, y que de no ser porque tenían otro empleo serían los mejores entrenadores del país.

Ya era tarde cuando llegó a la reunión de trabajo en Leeds, y sus colegas lo acogieron con las inevitables pullas que lanzaban siempre a los que vivían en Londres.

—Te has perdido, ¿verdad? Has vuelto a olvidar que Inglaterra existe más allá de la M25 —dijo Ian.

—Es curioso que hayas olvidado que yo nací y me crié en Yorkshire, mientras que tú eres un nenaza sureño disfrazado de chicarrón del norte.

—¿Un nenaza sureño? —Ian se levantó a coger la corbata que había dejado colgada con el abrigo—. Encima que he estado diciéndole al cliente que eres la estrella del equipo y que venías especialmente de la gran ciudad para mostrarles un power point fantástico...

—Espero que no hayas exagerado demasiado —dijo Matthew, un poco inquieto.

—Nada de eso, solo les dije que tus gráficos ejercían sobre los directores financieros el mismo efecto que ejerce un Van Gogh sobre los amantes del arte: los dejaba boquiabiertos. Y

cuando empieces con tus chistes acerca de los impuestos sobre fondos de inversión se morirán de risa.

—Gracias, te lo agradezco mucho —dijo Matthew en tono sombrío.

—De nada, amigo. No se merecen. ¿Te apuntarás luego a tomar una cerveza? Necesito ahogar mis penas, porque no podré acompañarte mañana al partido.

—Por supuesto. Yo también necesito una copa —dijo Matthew.

Ian estaba hablando por los codos, pero Matthew había desconectado un momento. La cerveza le había hecho efecto y ya veía el mundo de otro color. Sonreía, estaba más relajado y se sentía libre de preocupaciones, una sensación que ya no le era familiar. Al llegar al hotel había telefoneado a Alison, pero la conversación fue corta y tensa. Tuvo que prometerle que emprendería el viaje de vuelta en cuanto acabara el partido, lo que le fastidiaba las copas gratis que hubiera podido beberse.

—¿Me has oído, tío? Mierda, estabas muy lejos de aquí. Acabo de decir que Chris se va de la empresa, y que podrías solicitar su puesto y volver a Leeds.

—Perdona, sí que te escuchaba. Sí, a lo mejor tienes razón. Pero no sé si Alison podría soportar un traslado en este momento. Además, volver al lugar donde nací puede ser un poco incómodo. De hecho, esta noche me han invitado a una fiesta de ex alumnos, pero creo que no iré. Me encontraré con todos los gilipollas que conocía, y tendré que explicarles lo bien que me va.

—¿Fiesta del colegio? ¿Estás invitado a una fiesta de ex alumnos? ¿O sea que me has tenido todo este tiempo haciendo lo posible por alegrarte la cara cuando podría haber estado atacando a presas tan fáciles como esas mujeres de treinta y tantos que ya están desengañadas del matrimonio?

Ian se recostó en la silla, cruzando las manos bajo la nuca, y cerró los ojos.

—Las veo perfectamente; cientos de mujeres dispuestas a ligar. Todas esperan que el chico que les gustaba les meta mano y las saque de su infierno doméstico para transportarlas a esa vida de ensueño que les había prometido Enid Blyton. Desde luego, las pobres damas sufrirán una decepción, porque el chico de sus sueños escolares ha desarrollado una tripa considerable, lo que dejará el camino libre a un chico encantador y recién divorciado como yo para consolarlas.

Ian abrió los ojos y contempló muy serio a Matthew.

—Esperemos que también ellas tengan unos kilos de más y estén un poco deprimidas por ello. Eso hará que reciban con gratitud cualquier atención masculina —dijo.

Ian se levantó de un brinco y se puso el abrigo.

—¿A qué estamos esperando? —le preguntó a Matthew.

—Pero si ni siquiera ibas a ese colegio —protestó Matthew.

—Ah, qué carajo importa. Diré que me incorporé en el último curso. Nadie se acuerda de los que llegaron en los últimos cursos. Venga, vámonos.

—No, en serio. Prefiero no ir.

—¿Por qué? Será divertido bailar un tema de Spandau Ballet con tus antiguas novias. ¿O es ese el problema? ¿Saliste con algún callo que ahora te avergüenzas de presentarme? Es eso, ¿no?

—La verdad es que salí con una chica del colé. Y ese es el problema, que no acabamos precisamente como amigos. —Matthew descubrió con sorpresa que se estaba poniendo rojo.

—No fastidies, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Casi veinte años? Estará casada, gorda, con estrías hasta las orejas, y se dedicará a enseñar a todo quisque las fotos de sus queridos niños. Ni se acordará del antiguo novio del colegio.

Ian se arrodilló ante Matthew y le agarró del brazo.

—No me niegues esta oportunidad de echar un polvo, tío —le suplicó.

Matthew no pudo por menos que reírse ante el optimismo de su amigo. Ian no era precisamente un adonis, aunque desde luego tenía el don de la palabra. A la mierda, pensó. A saber cuándo tendría otra oportunidad de salir. Ian tenía razón. Aunque se encontrara con Katy, había pasado tanto tiempo que lo más probable era que ella lo hubiera olvidado, o que por lo menos le hubiera perdonado. Aunque él no se había perdonado a sí mismo. Todavía se le encogía el estómago cuando recordaba lo ocurrido, lo que le sucedía a menudo, porque había muchas cosas que le recordaban a Katy. Algunas eran cosas tontas, como ver a Mickey Mouse en la tele. Katy detestaba vivamente a Mickey Mouse. «Un cabrón engreído que ni siquiera sabe hablar como es debido», le decía a cualquiera que quisiera escuchar su opinión sobre la diminuta estrella de la pantalla.

—Está bien. Iremos. Pero si es una mierda nos marcharemos. Y no me avergüences —dijo finalmente Matthew.

—Fantástico.

Ian se puso a cantar una canción de los ochenta, simulando que bailaba mientras estrechaba en sus brazos a una mujer loca de pasión.

—Acércate más y máas. Mueve tu cuerpo como si hiciéramos el amoor...

—Me temo que me arrepentiré de esto —murmuró Matthew entre dientes.

Capítulo 4

El colegio estaba a menos de veinte minutos en taxi, pero la conducción del taxista era un tanto errática, y Matthew se sintió mareado. Llevaba una temporada sin beber, porque Alison había recortado drásticamente su ración de alcohol para aumentar sus probabilidades de concebir.

Ian estuvo todo el trayecto cantándole su repertorio de canciones favoritas de los ochenta y contándole los recuerdos que llevaba aparejados cada una. El tema recurrente era el sexo: con qué chica se acostaba en cada momento y qué hacían.

—De modo que Caroline era «*Wake me up before you go go*», porque en la cama era la chica más aburrida que has visto nunca. En cambio, la canción de la maravillosa Stephanie era «*Summer of 69*», de Bryan Adams. Ya te imaginas cuál era su especialidad.

—Es fácil de imaginar, y es una imagen que prefiero no tener presente, gracias dijo Matthew.

—Oh, qué días tan felices, amigo, qué días tan felices —dijo Ian con una sonrisa de satisfacción.

Afortunadamente, el recorrido musical por la vida sexual de Ian se acabó a las puertas del colegio. Matthew vislumbró el letrero frente a la verja y comprobó que era exactamente el mismo de veinte años atrás. De repente se sintió muy extraño. Se vio a sí mismo entrando tranquilamente con la mochila de Adidas colgada del hombro y la parte superior de la corbata asomando por el cuello de la camisa, mientras la parte ancha quedaba oculta. Llevaba el pelo largo, como se llevaba entonces, y media camisa fuera del pantalón. Por supuesto, iba acompañado de Katy, le pasaba el brazo sobre los hombros. Tenía bastante estilo, pensó con un espasmo de dolor. Parecía imposible que aquel adolescente de andar fanfarrón se hubiera transformado en este hombre maduro que vestía el habitual uniforme de camisa de cuadros azules y pantalones chinos con vuelta en los bajos.

—Muy bien, vamos a ver la caza —clamó Ian.

Se movía con torpeza porque había bebido, y al entrar se golpeó contra la puerta del vestíbulo. La pancarta de «Bienvenidos a Dove Valley School» se agitó violentamente.

Matthew no pudo evitar una sonrisa al ver la escena: era como si hubieran retrocedido en el tiempo. En la pista de baile, al fondo del vestíbulo, giraban como locas las luces multicolores y sonaban los alaridos de A-ha, una banda noruega de los ochenta. Como de costumbre, a estas

horas solo había chicas en la pista de baile. Apelotonados alrededor de la barra, los tíos miraban con inquietud a las mujeres, que parecían dispuestas a arrastrar a la pista al hombre que tuvieran más a mano. Lo único que cambiaba en la escena era la ropa. Ahora se veía una abundancia de vestidos negros, medias finas, uñas pintadas y peinados perfectos, recién salidos de la peluquería; nada de hombreras, cadenas, colores fosforescentes, malla, encaje, corbatas de cuero ni camisas de seda. Pero a pesar de sus capas de sofisticación, no cabía duda de que regresar al terreno de los primeros bailes les había devuelto a sus inseguridades juveniles.

—¡Dios mío! ¿Eres tú? Tienes un aspecto fantástico.

Era Ian, dirigiéndose a una mujer más bien regordeta con un escote vertiginoso.

—Estás incluso más guapa que cuando ibas al colé. Por cierto, yo soy Ian, por si no te atreves a confesar que no recuerdas cómo me llamo. Ian Robinson. Llegué en cuarto curso. Me sentaba en la última fila. Hicimos mates juntos, ¿no te acuerdas? La verdad es que me gustabas mucho. Teníamos un profe muy aburrido. ¿Cómo se llamaba?

—Mister Hopkins —le respondió perpleja la mujer a aquel auténtico gilipollas en que se había convertido Ian.

—Él mismo. Me aburría muchísimo con él. Pero algo debí de aprender, porque si no no me habría convertido en un exitoso asesor financiero. ¿Me permites que te invite a una copa? Así podré agradecerte que me alegraras las clases de mates con tu sonrisa. Seguro que quieres un Bacardí con coca-cola. Con este aspecto de latina exótica tiene que gustarte el ron. Sígame, damisela.

Ian le guiñó el ojo a Matthew y desapareció entre el gentío que rodeaba la barra. La gordita lo seguía con expresión de asombro, pero bastante contenta.

Al quedarse solo, Matthew empezó a mirar las caras a su alrededor. Reconoció algunas inmediatamente, pero otras no le despertaban recuerdo alguno. No había mantenido contacto con nadie del colegio, probablemente porque Katy y él fueron inseparables los dos últimos cursos, de modo que apenas se relacionó con nadie más.

—Oh, vaya. Me sorprende que hayas tenido la desfachatez de venir —dijo una voz a su izquierda.

Matthew se encontró con la mueca vagamente familiar de Jules Kettering, la mejor amiga de Katy en los años de colegio. A Matthew lo trataba fatal, le acusaba de haberle robado la amiga. Él siempre sospechó que en el fondo era lesbiana y quería a Katy para ella sola.

—Hola, Jules. ¿Qué tal? Tan sonriente como siempre —dijo Matthew.

—Verte la cara es suficiente para borrarle la sonrisa a cualquiera —dijo ella.

Matthew le sonrió con dulzura.

—Hay que ver. Cuando te encuentras con los viejos amigos es como si no hubiera pasado el tiempo —dijo.

—Tú y yo nunca fuimos amigos, y menos después de lo que le hiciste a Katy —replicó Jules.

—Vamos, eso fue hace muchos años —protestó Matthew.

—De todas formas fue una jugarreta. Me extraña que haya querido venir y arriesgarse a verte otra vez.

—¿O sea que está aquí? —dijo Matthew con voz ahogada. El corazón le dio un brinco como si quisiera salirle por la garganta.

—Claro que ha venido. No iba a permitir que un cerdo como tú le estropeará el recuerdo de

sus años de adolescencia —ladró Jules.

—Qué amable. ¿Y dónde está? —Matthew miró desesperado a su alrededor. Sería estupendo volver a ver a Katy después de tantos años. No habían vuelto a hablar desde la noche en que ella le pilló in fraganti en la universidad. Todavía se estremecía al recordarlo. La había llamado, por supuesto; estuvo más de dos semanas llamándola, pero ella se negaba a ponerse al teléfono. Finalmente recibió por correo un paquete con todas las casetes de música que le había grabado, destrozadas, pateadas y machacadas. A Katy le encantaban esas cintas. Las habían escuchado juntos una y otra vez en el dormitorio de Katy y en la parte trasera del coche de su padre mientras se metían mano en algún aparcamiento. Entre las carcacas de plástico esparcidas por el suelo de su cuarto y las arrugadas cintas marrones Matthew reconoció su propia letra, escrita en tinta azul en una gastada etiqueta: *Aquí está la música de Katy y de Matthew*. Entonces comprendió que no había vuelta atrás. Le había regalado aquella cinta la noche de su despedida, antes de que se separaran para ir a la universidad. Él se iba a Londres y ella a Manchester. Se sentaron a escuchar la música en la habitación de Katy. Ella lloraba todo el rato y él intentaba consolarla. Cuando sonó «Going Underground», de The Jam, empezaron a dar botes y a reírse como locos. Cuando acabó la música tuvieron uno de esos momentos «de película»: cayeron jadeando sobre la cama y se quedaron mirándose a los ojos. Matthew recordaba que le había dicho que la quería, que tres años pasarían rápido, y que el mundo era suyo. Estuvieron hablando horas y horas, planeando todo lo que harían. Todavía recordaba que Katy le contó emocionada que ya podía imaginarse la casa tan bonita que comprarían cuando acabaran la carrera y se instalaran en Leeds. La casa con la que Katy soñaba era un granero reformado, con un salón de techos altos y enormes vigas de roble y una cocina tradicional de hierro fundido, con los perros durmiendo la siesta al lado. Además habría muchos dormitorios, y así invitarían a sus amigos a pasar unos días, incluso cuando tuvieran hijos. Entonces a Matthew no le asustaba que Katy hablara de niños, ni siquiera le sorprendía. Según ella, tendrían dos, un varón que se llamaría Jacob y una niña a la que llamarían Eloise. Pero todo sonaba tan inevitable y tan maravilloso que no había motivo de alarma.

Durante un tiempo se vieron dos veces al mes, turnándose para coger el tren. Pero Matthew se sentía raro. Cuando sus nuevos compañeros organizaban planes para el fin de semana en que le tocaba estar con Katy, le parecía que se perdía algo. Además, en su planta de la residencia, la semana de los novatos había empezado con mucha actividad sexual. Ahora que no tenían a sus padres vigilándoles, el sexo estaba a la orden del día, ya fuera con otras estudiantes de la universidad o con una de esas chicas con minifalda que todavía creían que tirarse a un estudiante era guay. A la mañana siguiente, sus colegas entraban tambaleándose en la cocina y, cómo no, explicaban sus hazañas con todo tipo de florituras, compitiendo por ver quién había llegado más lejos.

A Matthew, el único con novia, no le quedaba más remedio que mantenerse al margen y escuchar sus fanfarronadas. A esto se añadía el hecho de que él y Katy no tenían mucha experiencia sexual; habían hecho el amor tres o cuatro veces, y no había resultado tan maravilloso como esperaban. Más bien había sido incómodo y embarazoso. Matthew no entendía en qué había fallado, pero no había salido bien, y los gemidos de Katy eran más de dolor que de placer. En lugar de hablar del tema lo evitaron; a los dos les avergonzaba su falta de experiencia. En el fondo Matthew sabía que solo era cuestión de práctica, pero se sentía cada vez más frustrado, sobre todo porque sus nuevos amigos parecían estar pasándolo mejor que nunca.

Acabó el primer trimestre y Matthew tenía que regresar a Leeds para las vacaciones de Navidad. La noche antes se celebraba una fiesta de disfraces en el bar de la universidad. Matthew y sus colegas decidieron disfrazarse de reno, pero lo único que encontraron en la tienda fue un disfraz de caballo, de modo que le añadieron unas astas y una nariz roja para darle un aire navideño. Echaron a suertes el lugar que ocuparían. Matthew sacó la pajita más corta y le tocó la parte trasera del caballo, pero decidió que mientras le surtieran de bebida no le importaba.

Tras una considerable cantidad de vodka, la parte trasera del reno se desmontó. Las piernas, al parecer incapaces de seguir en pie, se doblaron y arrastraron consigo la parte delantera del falso reno. La Virgen María, también conocida como Emma, que vivía en el piso de abajo, lo puso de pie. Se habían reído mucho con su disfraz, porque desde luego Emma no era nada virginal; salía de un colegio católico femenino y estaba aprovechando al máximo la compañía de los hombres. Entre ella y otro tipo consiguieron llevar a Matthew a su cuarto y lo dejaron caer en la cama.

—Ya me quedo yo para asegurarme de que no vomita antes de quedarse dormido —dijo Emma.

Empezó a acariciarle la cabeza, y de alguna forma, sin quitarle siquiera el disfraz, logró que Matthew apoyara la cabeza en su pecho. Luego empezó a besarle y a meterle la mano por dentro de los pantalones del disfraz de caballo.

La bebida había desinhibido a Matthew y le había hecho olvidarse de Katy. Tendió a Emma boca arriba sobre la cama, se bajó las afelpadas patas del caballo lo suficiente como para liberar el pene, que en aquel momento no parecía muy en forma, y lo dirigió hacia las profundidades de la sábana azul que Emma había usado para hacerse el disfraz, que se completaba con unas botas altas de abertura lateral.

Justo en ese momento, Katy, que quería darle una sorpresa a Matthew por Navidad, abrió la puerta para encontrarse con la ridícula escena de su novio disfrazado de la parte trasera de un caballo y embistiendo a la Virgen María.

La cara que puso Katy se grabó a fuego en la memoria de Matthew desde aquel fatídico día, y aun ahora, mientras aguardaba nervioso junto a Jules, casi temía ver en su rostro esa misma expresión. Pero cuando la vio aparecer por la puerta lateral, comprobó que no se parecía en nada a aquella adolescente con el corazón destrozado que había visto salir corriendo de su cuarto. Esta Katy destilaba un aplomo que solo conceden la madurez y el éxito. Llevaba una blusa Chelsea en lugar de Chelsea Girl, y había cambiado los vaqueros desteñidos por pantalones rectos de raya diplomática y unos zapatos rojos de tacón de aguja que quitaban el aliento. Parecía muy compuesta, lo que de alguna forma chocaba con «*Like a Virgin*», que sonaba por los altavoces.

Katy atravesó erguida y sonriente la abarrotada pista de baile y saludó con la mano a sus antiguos compañeros de clase. No vio a Matthew hasta que llegó junto a Jules.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo Jules.

Katy alzó la mirada y vio a Matthew. Se quedaron mirándose fijamente. ¿Cómo podía resultarte tan familiar una persona a la que hacía años que no veías? Matthew la observó con atención, buscando en su rostro algo que le resultara extraño, pero no encontró nada. Seguía siendo Katy, su Katy, y estaba ante él en el vestíbulo del colegio, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Hola, me alegro mucho de verte —articuló al fin.

Jules metió baza.

—Ja, seguro que no dijiste lo mismo la última vez, ¿no? Estabas demasiado ocupado librando a la Virgen María de su virginidad.

—Gracias, Jules, pero ya vale —dijo Katy.

Matthew le sonrió agradecido, pero Katy tenía un semblante muy serio.

—No me diste la oportunidad de explicarte, te negabas a hablar conmigo. Estuve semanas llamándote —balbuceó. No podía creerlo. Qué patético. Parecía un adolescente. ¿Por qué se excusaba? Había pasado mucho tiempo.

—Si crees que tienes que hacerlo, si esto te ha pesado todos estos años, adelante. Explícate —dijo Katy con tranquilidad.

Matthew tomó aire.

—Estaba borracho.

—Estupendo, Matthew, muy bien. Has tenido tiempo desde 1989 para pensar una excusa aceptable, y me sales con esto. Estabas borracho. Vaya, supongo que esto lo arregla todo, ¿no? —Katy ya no parecía tan tranquila.

—Vaya, si es la parejita de enamorados de sexto curso. El bueno de Matthew y Katy. Y por la forma en que ella te está pegando la bronca, supongo que lleváis todos estos años juntos.

Era Robert Etchings, tan diplomático como siempre. Ya en el colegio se dedicaba a meter las narices donde nadie le llamaba.

—Pues he de admitir que la madurez le sienta bien. —Robert seguía metiendo la pata—. Reconozco que en el colé siempre me pareció un poco putilla. Calentorra, ya me entiendes. Aunque a los diecisiete años eso no te importa, ¿no? Cuanto más calentorra mejor, ¿verdad, Matthew?

Robert no parecía enterarse de que los tres lo miraban horrorizados.

Matthew no sabía qué hacer. Tenía un nudo en el estómago a causa de una chica, se estaba disculpando por una estupidez que cometió años atrás y sentía unas ganas increíbles de darle un sopapo a un gilipollas que detestaba en el colegio. Como si volviera a tener diecisiete años. ¿Dónde estaba su madurez? Acababa de poner un pie en el colegio y ya se había desmoronado.

Miró a Katy, que, a pesar de la interrupción de Robert, todavía parecía enfadada con él. ¿Qué podía hacer? Comprendió que no le quedaba elección, y entonces hizo lo único que en su estado de confusión le pareció apropiado: arreó al idiota que detestaba en el colegio.

—Basta, Matthew, basta ya —fue lo siguiente que oyó cuando tomaba aire.

Le acababa de propinar a Robert un formidable puñetazo en la barbilla y lo mantenía clavado en el suelo, a punto para seguir golpeándole.

—¿Qué demonios haces?

El rostro de Katy estaba a pocos centímetros de su cara. Matthew pensó en lo mucho que deseaba besar aquellos labios rojos. Unos brazos lo agarraron por detrás y lo apartaron de Robert, que exhibía una sonrisita de circunstancias.

—Ya vale, muchacho —dijo *Mr.* Gelding, que había sido profe de Matthew. En aquel entonces parecía tener cincuenta años, los mismos que aparentaba ahora—. Ya no estás en el colé —dijo. Pero esbozaba una media sonrisa, y en su mirada brillaba una chispa de complicidad. No había duda de que tampoco a él le caía bien Robert—. Será mejor que te lo llesves —le dijo a Katy—,

antes de que Robert pida que lo expulsemos.

De repente Matthew se dio cuenta de lo mucho que le dolía la mano. Era como si se la hubiera pisoteado un elefante.

—Mierda —dijo, doblando la espalda y protegiéndose la mano dolorida—. Para ser un gordito, Robert tiene una mandíbula de acero.

Katy lo recorrió un par de veces de arriba abajo con la mirada, asintió como si hubiera tomado una decisión y se levantó.

—Está bien —dijo—. Saldremos de aquí y te curaremos la mano.

Tomó a Matthew de la mano herida y la apretó con todas sus fuerzas mientras lo arrastraba hacia la calle. Matthew gritó como un loco, pero Katy no aflojó, como si no se diera cuenta de que le hacía daño. En realidad, cuanto más gritaba Matthew, más fuerte apretaba ella.

En cuanto salieron a la relativa calma del pasillo, Katy soltó de golpe la mano de Matthew y se volvió hacia él.

—¿Sabes por qué lo he hecho? —preguntó. Y por su expresión, Matthew comprendió que iba en serio.

Se quedó callado, sin atreverse a abrir la boca.

—Lo he hecho porque eres un auténtico gilipollas, un mierda y mucho más —le dijo, mirándole a la cara. Luego le puso las manos sobre los hombros y le dio un rodillazo en la ingle—. Y después de esto ya no volveremos a hablar nunca más, ¿queda claro?

—Ok —dijo Matthew, lagrimeando de dolor.

Katy alargó la mano.

—Dame la mano. Le echaré un vistazo.

Matthew dio un paso atrás.

—¿Estás loca? —gimoteó—. ¿Después de lo que me has hecho?

—Era necesario, Matthew, era necesario. Vamos, ya no te haré más daño, te lo prometo. En el trabajo soy la encargada de primeros auxilios de mi planta. Y saqué la mejor nota en el examen teórico, para que lo sepas.

—Vaya, menudo éxito —dijo él. Al comprobar que Katy sonreía, levantó la mano aliviado.

—Creo que bastará con unos guisantes. Una bolsa grande de guisantes congelados para reducir la hinchazón y ya está.

—Fantástico. ¿Conoces alguna tienda de guisantes que esté abierta a estas horas?

—Bueno, si a tu esposa no le importa, en casa tengo una bolsa de *petit point* que serviría. Desde allí puedes coger un taxi.

—¿Cómo sabes que estoy casado?

—El anillo de oro en tu mano izquierda es una buena indicación, Matthew.

—Ah, claro. ¿Y tú, estás casada? —dijo él mirándole la mano izquierda.

—No, no me he casado. Tuve una mala experiencia con un hombre cuando era joven y me volví lesbiana. Cuando lleguemos al piso conocerás a Lisa y a Rachel. Ahora nos lo montamos entre las tres.

Matthew abrió los ojos como platos.

—Mierda, no. Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Sí, tienes razón. Ojalá fuéramos un trío. No, solo estoy con Lisa.

Matthew no supo qué contestar.

—Ya entiendo —dijo.

Katy echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas.

—Qué cara has puesto —dijo—. La verdad es que no soy lesbiana. Salgo con un hombre que se llama Ben, es profesor de Educación Física y está en muy buena forma. Es ocho años más joven que yo y tiene unos muslos que te mueres —dijo. En su voz había una nota de triunfo, como si dijera: fastídiate, gilipollas.

—Bien, entonces será mejor que vuelva al hotel. No quiero que un fanático del *rugby* la tome conmigo.

—No te preocupes. Ben está fuera, en una despedida de soltero. Además no le importaría. Es un tipo muy relajado.

—De acuerdo, *Miss Chapman*, muéstreme esa bolsa de guisantes que esconde en su casa.

Capítulo 5

Tres horas más tarde, la bolsa de guisantes, ya tibios, reposaba todavía sobre los nudillos de Matthew. Se habían puesto al día de todo lo que les había ocurrido desde que se separaron. Al principio hablaban con cautela, pero a medida que bebían se fueron sincerando, y ya iban por su tercera botella de vino.

Katy olvidó lo mal que lo había pasado cuando descubrió a Matthew echando un polvo, y habló de los hombres que había conocido desde entonces. Agradecido por no tener que volver sobre aquel episodio lamentable, Matthew le contó cómo por fin se centró profesionalmente tras unos años viviendo a salto de mata. Mencionó a Alison, pero en realidad no tenía muchas ganas de hablar de ella. Sobre todo cuando recordaba su última conversación con ella.

Solo cuando ya se habían demostrado que tenían su propia vida, la vida que querían, y estaban lo suficientemente borrachos, se atrevieron a recordar.

Recordaron anécdotas que les hicieron llorar de risa. Los dos se sentían en falta, como si cometieran un pecado; eran conscientes de que no deberían hablar sobre cuando estaban juntos.

—Y aquel fin de semana en que tus padres salieron y creímos que teníamos la casa para nosotros solos —empezó Katy—. Estábamos arriba en tu cuarto, con la música a todo taco, besuqueándonos, cuando oímos unos gritos abajo.

Matthew se tapó los ojos avergonzado.

—Era la vecina, ¿verdad? Recuerdo que estábamos medio desnudos y nos tuvimos que esconder debajo de la cama cuando ella entró y apagó la música. Y entonces la muy cotilla empezó a abrir mis cajones, ¿te acuerdas? Estuvimos a punto de salir y decirle algo. No entiendo qué mierda estaba haciendo; se suponía que venía a regar las plantas.

—Tú estabas convencido de que te miraba raro, después de haber visto tan de cerca tus calzoncillos —se carcajeó Katy.

—Sí. Estaba seguro de que era una perversa, y le prohibí a mamá que los pusiera a secar en el tendedero.

—La verdad es que tu ropa interior era horrible. ¿No la elegía todavía tu mamá? —En los ojos de Katy brillaba una mirada maliciosa.

—¡No es cierto! —protestó Matthew. Pero comprendió que Katy le tomaba el pelo—. No te metas conmigo —dijo, un poco avergonzado de haber entrado al trapo tan fácilmente.

—Ya me conoces. Siempre tengo que pincharte un poco —dijo Katy, apartando la mirada.

Sí, pensó Matthew. Eso era lo raro, que la conocía muy bien. Era como si los últimos dieciocho años se hubieran esfumado. Estaba hablando con Katy como si se vieran a diario, y empezaba a comprender que hacía mucho tiempo que no hablaba así con nadie. Con ella charlaba y reía sin preocuparse de nada. Desde que decidió centrarse en su carrera, Matthew dedicaba parte de su tiempo libre al estudio. Cansados de que les diera largas cada vez que le invitaban a salir, sus amigos habían ido alejándose de él. Como a Alison le gustaba más la zona al norte del Támesis, se mudaron allí, de modo que Matthew estaba lejos de su amado Southwark. Y cuando empezaron la lucha por concebir un hijo, el dolor de Alison los engulló a los dos de tal manera que ni siquiera recordaban cómo pasarlo bien.

Estar con Katy le devolvió a aquellos tiempos sin preocupaciones y despertó en él una chispa que llevaba tiempo apagada. Dios mío, qué bien le sentaba. Fue como cuando volvieron a poner en la tele la serie *Doctor Who*, y Matthew no entendía cómo había podido pasar sin ella todos aquellos años.

En cuanto a Katy, no cabía duda de que seguía siendo malhablada, pero era una bocanada de aire fresco después de sus recientes conversaciones con Alison, tan tristes y llenas de reproches.

De repente decidió que iría al baño y se marcharía, porque al pensar en Alison se sentía culpable. A ella no le haría ninguna gracia saber que estaba charlando y riendo con una antigua novia.

—Vuelvo enseguida. Luego será mejor que me vaya —dijo.

Por cuarta vez esa noche, se dirigió tambaleante al cuarto de baño, con una enorme bañera, alrededor de la cual se alineaba una batería de perfumes, cremas y velas en los más diversos recipientes de cristal. Matthew no pudo evitar imaginarse a Katy relajada y sonriente en el baño, con los ojos cerrados y tal vez la suave curva de un pecho asomando bajo las burbujas. Haciendo un esfuerzo por apartar la imagen de su mente, se lavó las manos y se hizo el firme propósito de volver al hotel.

Pero el destino le hizo una jugarreta: en el iPod sonó «Going Underground», su canción favorita, grabada en la cinta etiquetada como *Aquí está la música de Katy y de Matthew*. Cierto que el modo aleatorio del iPod a menudo parecía poseer un instinto para seleccionar la música adecuada, pero en esta ocasión era un poco raro. Aunque Katy no parecía haberse movido del sitio, Matthew sospechó que había programado la canción mientras él iba al baño.

En cuanto sonaron los primeros compases, Katy brincó del asiento.

—Venga, quédate a bailar esto antes de irte —dijo. Saltaba tan alto que rozaba la falsa lámpara de araña que colgaba del techo.

Con una carcajada, Matthew se dejó llevar; quería disfrutar de un poco de locura. Katy le cogió de las manos, riendo como loca, y empezaron a saltar como si compitieran para ver quién saltaba más alto. Al acabar la canción cayeron rendidos sobre el sofá, y por primera vez sus rostros quedaron a pocos centímetros uno de otro. En el rostro de Katy había una sonrisa tan grande que a Matthew le entraron ganas de devorarla, para ver si así se le pegaba su alegría.

De modo que empezó a comerse este regalo sorpresa, a lamerle la cara. Se dieron el lote como adolescentes, con la boca abierta: se daban lametazos por la cara, se metían la lengua en la boca, la pasaban por los dientes y los labios. Las manos no pudieron quedarse quietas. Empezaron a tocarse por todas partes: primero se acariciaron el pelo, luego los brazos, arriba y abajo; se

pasaron las manos por la espalda, y tímidamente por las piernas, cada vez más arriba, más arriba, como en un silencioso juego de los cuerpos.

Durante un rato les bastó con tocarse frenéticamente, pero al final Matthew no pudo más y empezó a luchar con los botones de la blusa de Katy hasta que logró quitársela por arriba y dejó al descubierto un pequeño cupido tatuado en el hombro. Matthew sonrió al verlo, y Katy le devolvió la sonrisa. Un poco jadeantes, se quedaron mirándose, conscientes de la importancia del momento y de la corriente que fluía entre ellos. Por segunda vez aquella noche, Katy tomó la iniciativa para dirigir el curso de los acontecimientos. Se abalanzó sobre él, y esta vez su mano fue directa al asunto.

Matthew ahogó un grito de asombro.

—Katy.

A continuación cerró los ojos y dejó de pensar hasta que Katy se detuvo y lo tumbó en el suelo a su lado; estaba claro que ella también quería placer.

A la mañana siguiente, cuando Matthew abrió los ojos y vio a Katy a su lado, con el pelo esparcido sobre la almohada, al principio no pensó que hubiera nada raro. Pero tuvo una visión fugaz de los últimos dieciocho años y comprendió que no los había pasado con Katy, sino que había vivido otra vida. Y esa vida incluía a una mujer que no era la que dormía en la cama junto a él después de mantener relaciones sexuales.

Maldiciendo por lo bajo, salió de la cama y empezó a buscar su ropa. ¿Qué carajo había hecho? Esto era un desastre.

Cuando se hubo vestido y aseado un poco, se planteó salir del apartamento sin más, pero no fue capaz. Durante todos estos años había sido un cabrón, de modo que ahora lo mínimo que podía hacer era aguantar el chaparrón.

Tocó a Katy en el hombro y pronunció su nombre. Ella abrió los ojos al instante.

—Katy, no entiendo cómo he podido hacer esto. Me merezco arder en el infierno, después de lo que te hice. Pero tengo que marcharme; tengo una esposa. Lo siento muchísimo. No debería haber venido. Estaba borracho.

—Mierda, no vuelvas con lo de «estaba borracho». Tienes que pensar en una excusa más original —replicó Katy.

—Ya lo sé. Es que no sé qué decir. Me siento fatal. —Apartó la mirada. Tenía miedo de ver en el rostro de Katy la misma expresión de años atrás, cuando se vio traicionada.

Ella pareció leerle el pensamiento.

—Escucha, Matthew. Ya no somos adolescentes. No te mereces que te diga esto, pero no te preocupes. Si quieres que te diga la verdad, ver que te sientes tan culpable constituye en cierto modo una revancha. Estamos en paz. Ve a casa con tu mujer y olvidemos el asunto. —Le dirigió una sonrisa franca.

Matthew hubiera querido decirle que todavía lo lamentaba, que seguía acordándose de aquello más de lo debido. Pero comprendió que tenía que irse.

—Bueno, supongo que es un adiós de verdad —consiguió decir.

Contempló a Katy, que seguía echada en la cama, para grabarse en la memoria cada detalle, y comprendió con pesar que la sola idea de no volver a verla le producía horror. Le gustaba verla

en la cama. Era bonito verla allí acostada después de hacer el amor; no veía nada malo, nada feo en ello. ¿Qué había hecho? Tenía que irse, porque si seguía mirándola no podría dejarla.

Katy le sonrió.

—Que tengas mucha suerte.

—Tú también —dijo él con voz ahogada. Solo cuando salió a la calle y cerró la puerta se permitió exhalar un suspiro, mientras una lágrima le rodaba por la mejilla.

Capítulo 6

Matthew creyó que lo tenía casi superado desde la reunión en el colegio. Durante un tiempo vivió atormentado por el sentimiento de culpa, y no a causa del sexo, que consideraba en cierto modo secundario, sino por lo bien que lo había pasado con otra mujer. Esta era la peor traición, lo que no le dejaba dormir. Una y otra vez repasó su encuentro con Katy, buscando desesperadamente algo que le permitiera desengancharse. Buscaba algo que Katy hubiera hecho mal, algo que le disgustara. Necesitaba expulsarla de su mente. Pero al final fue Alison la que se adueñó de nuevo de sus pensamientos al anunciar que se había quedado embarazada, y así volvió a filtrarse en su vida algo de felicidad. Entonces Matthew se dijo a sí mismo que ya estaba bien. Lo de aquella noche no volvería a suceder. Tenía que entregarse por completo a su esposa y al hijo que estaba en camino.

Ocho meses más tarde se daba de bruces con Katy. Aquí la tenía, en un hospital, en la clase de preparación al parto, dirigiéndose hacia él con su enorme tripa.

—¡Bienvenidos, bienvenidos!

Una voz poderosa interrumpió los agitados pensamientos de Matthew. La responsable del curso se levantó con dificultad de la silla. Tenía el pelo canoso y unas tetas caídas, fruto de cuatro embarazos que habían resultado en cuatro chicos llenos de vida, entre los veintiuno y los seis años. Llevaba unas viejas mallas negras que destacaban el impresionante grosor de sus muslos, y bajo la camiseta con topos rosas sus pechos bailaban a un lado y a otro como boyas a merced de las olas.

—Me llamo Joan. Vosotros debéis de ser Ben y Katy —dijo—. No os preocupéis, no os habéis perdido nada. Solo les he informado de dónde están los lavabos y las salidas de emergencia. Ahora que estamos todos, empezaremos con las presentaciones. Tomad asiento.

Los últimos asientos libres estaban justo enfrente de Matthew. Katy mantuvo los ojos bajos, decidida a ignorar todo el tiempo necesario la insistente y asombrada mirada de Matthew.

—Bueno, vamos a seguir. Ya sé que ahora os sentís un poco raros, pero recordad que estamos aquí para apoyarnos unos a otros. Llevo muchos años dirigiendo estas sesiones, y os aseguro que cuando acabe el curso todos seremos buenos amigos.

Katy le lanzó una mirada furtiva a Matthew, y la apartó rápidamente cuando este la miró a los ojos.

—Vamos a empezar con una ronda en que diréis vuestro nombre, para cuándo esperáis el niño y qué es lo que más os preocupa del parto —dijo Joan.

Matthew contempló hipnotizado cómo el acompañante de Katy se acercaba a ella para susurrarle algo al oído.

—Creo que me voy a cortar las venas. Despiértame cuando empiecen a hablar de coños —dijo Ben, lo bastante alto como para que Matthew le oyera.

Empezó una chica de aspecto agradable.

—Hola, me llamo Rachel —murmuró—. Salgo de cuentas el uno de septiembre, y lo que me preocupa es saber cómo empujar y cuándo.

Se puso roja como un tomate. No había duda de que no estaba acostumbrada a hablar en público.

—Hola, yo soy Richard. Lo que más me inquieta es enterarme bien de qué puedo hacer para ayudar a Rachel —dijo, con una sonrisa tranquilizadora y un apretón de mano a su mujer.

—Dame un cubo para potar —murmuró Ben, un poco demasiado alto.

—¿Y tú? —Joan se dirigió amablemente a una cría de menos de veinte años que asía con fuerza la mano de su acompañante—. No tengas vergüenza. Todos estamos juntos en esto. ¿Qué tal si nos dices tu nombre? No tienes por qué decir nada más si no quieres.

—Bueno, Joan. Me llamo Charlene —dijo la chica, acomodándose nerviosamente en la silla. Con una hábil maniobra se apartó unas sucias greñas rubias de la cara, haciendo tintinear los numerosos brazaletes—. Y él es Luke. Es el padre de mi hijo. —Levantó la mano del chico en un gesto victorioso.

—Y para cuándo... —empezó Joan.

—Empezamos a salir cuando teníamos quince años.

Él me acompañó a casa desde McDonald's un día, después de que Jez Langton me dejara porque no le quise dar el juguete de mi Happy Meal. Soy la única novia que ha tenido, ¿verdad, Luke?

Pese al empujoncito de su novia, Luke no levantó la mirada del suelo.

—Bueno, estupendo —dijo Joan—. Entonces, ¿para cuándo...?

—Nos casaremos, ¿verdad, Luke? —interrumpió de nuevo Charlene—. En cuanto le dije que estaba embarazada fue a comprar un anillo. No es broma. Se portó muy bien. Es la persona más amable y estupenda que existe, ¿verdad, Luke?

El chico siguió mirando el suelo.

—Vaya, Charlene. Es estupendo. Me alegra que abordéis el embarazo de esta manera —dijo Joan—. Aquí hacemos lo posible por ayudar a las mamás jóvenes. La semana próxima iremos a tomar una *pizza*. Así tendremos una charla en un lugar agradable donde podéis hablar de cualquier cosa que se os ocurra.

—¿A qué pizzería iremos? —se apresuró a preguntar Charlene.

—Bueno, eh, no estoy segura —dijo Joan—. Supongo que al *Pizza Palace*: es donde vamos siempre.

—Lo siento, no podrá ser. Allí no hacen *pizzas* gruesas, y Luke solo come *pizzas* gruesas.

—Entiendo. Pero en realidad es una cena de chicas. ¿Qué tal si vienes y dejas a Luke en casa?

Charlene le dirigió a Luke una mirada interrogativa, pero el chico seguía sin levantar los ojos del suelo.

—Lo hablaremos y te diré algo si a Luke no le importa —dijo Charlene.

—Estupendo. Y tú, Luke, ¿quieres decir algo?

Joan se volvió hacia el acompañante de Charlene, pero el chico se hundió más en la silla y gruñó un no.

—De acuerdo. Tendrás muchas otras oportunidades para hablar —dijo Joan, dirigiendo una radiante sonrisa a la cabeza inclinada del chico—. ¿A quién le toca ahora?

Ben estaba preparado para contestar. Echó una ojeada a su alrededor para comprobar que todos le escuchaban.

—Hola. Me llamo Ben, y lo que más me preocupa es que el bebé sea pelirrojo —dijo, esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

Matthew se quedó boquiabierto, sin salir de su asombro. Pero ¿quién era este tío?

Era el turno de Katy. Matthew contuvo el aliento.

—Eeh, soy Katy. Salgo de cuentas, ejem, dentro de cinco semanas, y todo esto me asusta mucho.

Las palabras de Katy pusieron en marcha una línea de pensamiento que Matthew había estado evitando desde que la vio entrar en la habitación. Ahora la cabeza le daba vueltas. Si salía de cuentas en septiembre, nueve meses antes era diciembre. ¿Cuándo se celebró esa maldita reunión?, se preguntó desesperado. No estuvo seguro hasta que recordó la imagen de Katy arrastrándole por el vestíbulo del hotel mientras sonaba el tema «*Last Christmas*», de Wham. Sintió náuseas. No era posible, ¿no? No podía ser hijo suyo, ¿verdad? ¿Era posible que la hubiera dejado embarazada en una sola noche, mientras llevaba cinco años intentándole lo con su esposa? No podía ser. Seguro que Katy usaba un método de contracepción. Tomaba la píldora, seguro. Para llegar a los treinta y seis sin quedar embarazada, una mujer tiene que ser experta en contraceptivos, ¿no? ¿Y quién era ese payaso que la acompañaba? Tenía que ser el padre, ¿verdad?

Matthew estaba hiperventilando. Respiraba tan rápido que se notaba.

Miró con inquietud a su alrededor. Todo el mundo le miraba, y Alison le estaba dando codazos para que hablara. Mierda, le tocaba a él. Tenía que decirles cuál era su mayor temor. Lo que temía era que Alison descubriera que su bebé tenía un hermanito. En esa misma sala.

—Lo siento, pero tengo que salir a tomar el aire —logró decir antes de levantarse y salir de la sala prácticamente corriendo. Lo último que oyó antes de que la puerta se cerrara de golpe fue una risa ahogada de Joan.

—Oh, a estas alturas siempre hay alguien que se marea al verse frente a frente con la realidad. Vamos a darle unos minutos; se pondrá bien, os lo aseguro. —Miró a la mujer sentada junto a la silla vacía—. ¿Por qué no nos cuentas un poco vuestra historia?

—Bueno, ese era Matthew, mi marido. Os prometo que nunca se comporta así. No entiendo qué le ha pasado. En fin, me llamo Alison. Matthew y yo nos hemos trasladado aquí desde Londres porque queríamos una casa con jardín en lugar del apartamento donde vivíamos. La verdad es que lo necesitaremos, porque estamos esperando gemelos —dijo con una sonrisita de superioridad.

Un «uau» recorrió la sala, y de forma espontánea todos aplaudieron. Katy aplaudió un poco más lentamente, sin apartar los ojos de la puerta cerrada. Estaba segura de que Matthew se escondía al otro lado.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer esto? —La clase había terminado. Alison se instaló un poco jadeante en el coche de Matthew—. ¿Cómo se te ocurre marcharte así y no volver? Me has avergonzado delante de todos.

—Lo siento mucho. Me encontré mal de repente.

—Claro, ahora todos pensarán que no estás preparado.

—¿No estoy preparado para qué?

—Para ser padre —chilló Alison—. Pensarán que no tienes carácter, estoy segura. Ahora mismo estarán hablando de nosotros en el camino a casa. Hablarán de la pareja que espera gemelos, con un marido que ni siquiera soporta sentarse a aprender sobre el parto. Seguro que lo están comentando. Dios mío, qué vergüenza.

Matthew no respondió. Miraba absorto la aguja del cuentakilómetros.

—¿No me estás escuchando? —insistió Alison.

—Lo siento. ¿Qué has dicho?

—Por el amor de Dios, Matthew. Mira que dejarme plantada delante de todos, cuando sabes lo importantes que son estas clases para mí.

—Es que... supongo que no soportaba seguir allí.

—Oh, fantástico —exclamó Alison, levantando las manos al cielo—. ¿Y qué harás cuando dé a luz de verdad si ni siquiera puedes estar en una clase hablando del tema? ¿De qué tienes miedo?

—De nada, en serio. No tengo miedo de nada. No tiene nada que ver con el parto. Supongo que algo me ha sentado mal en la comida. —Se volvió hacia ella—. Además, en realidad eres tú la que tiene que saber del asunto, ¿no? El hecho de que yo no esté no tiene importancia. Ya sabes, por si hay algún imprevisto —Dios no lo quiera— y no puedo acompañarte.

—Matthew, hace meses que tienes las fechas en tu Black-Berry. Y lo sé porque las he puesto yo. No hay nada más importante que estas clases. ¿Qué pensarán todos si no vuelves, sobre todo después de lo que has hecho hoy?

—¿Qué importa lo que piensen? No vamos a ser amigos íntimos ni nada de eso, ¿no?

—Matthew, voy a estar encerrada en casa con dos niños. Necesito cultivar amistades, y confiaba en que en esta clase hubiera mujeres con las que pudiera simpatizar.

—Venga, Alison. Aquí no había nadie con quien tuviéramos algo en común. —Matthew empezaba a sentir náuseas de nuevo.

—No sé. Había una a la que no le quitabas los ojos de encima —dijo Alison en tono acusador. Matthew tenía ganas de vomitar.

—¿Cómo? ¿Te refieres a la morena? Ah, es que su cara me resultaba familiar pero no la ubicaba. Ya sabes cómo es eso.

—Ya. Bueno, supongo que es inevitable que te encuentres con antiguos conocidos. Trabaja en una agencia de publicidad, por si te sirve de ayuda. Debo reconocer que era la única con dos dedos de frente, la única con la que podría establecer una amistad.

—Pero..., pero... —Matthew buscaba desesperadamente la forma de desviar la conversación por un camino menos peligroso—. ¿No era esa con un novio totalmente gilipollas?

—Oh, no estaba tan mal. Pero tienes razón, eran una pareja extraña. Ella parecía bastante mayor que él.

—Bueno, a mí me pareció un capullo. Yo en tu lugar no me acercaría a ellos. No hay nada

peor que tener que aguantar a las parejas idiotas de los demás.

—Pues dado tu comportamiento, seguro que piensan lo mismo de nosotros. De hecho, comparado contigo su novio fue un santo. Me sujetó la pelota suiza para hacer los ejercicios, ya que tú no estabas. La semana próxima, no olvides darle las gracias por hacer de padre en tu lugar.

—Mi actuación ha sido ejemplar, ¿no te parece? —le pregunto Ben a Katy. Estaban parados en un semáforo, en el camino de vuelta a casa—. Mi bromita consiguió romper el hielo; los chistes de pelirrojos siempre funcionan. No dije ninguna palabrota por respeto a tu abuela, que en paz descansa. Y aguanté como un jabato todas las informaciones sanguinolentas que nos lanzó Joan. No se puede decir lo mismo de ese tipo, Matthew. Menudo gallina. Apuesto a que ahora mismo su mujer le está pegando la bronca.

—De hecho le conozco —dijo Katy.

—¿A ese nenaza?

—Sí, íbamos al mismo cole. El mundo es un pañuelo —dijo Katy. Se había pasado la clase reprimiendo el deseo de levantarse y marcharse. Por otra parte, había llegado a la conclusión de que era mejor admitir que se conocían, por si acaso volvían a encontrarse.

—¿Y ya era tan patético en el colegio?

—No me acuerdo, la verdad —dijo Katy. Confió en que Ben no notara el leve temblor en su voz—. Y por cierto, estaba pensando que a lo mejor no hace falta que sigamos con las clases. Hoy ya he aprendido lo que quería. Si leemos los libros ya será suficiente —dijo, como si fuera un comentario sin importancia.

—¡No lo dirás en serio! —Ben estaba escandalizado—. Llevo una semana sufriendo los ataques de Bob y de Dennis. Se han estado metiendo conmigo en el cuarto de profesores, diciéndome que no aguantaré oír los detalles más truculentos del parto. Si ahora anuncio que no voy a volver me harán trizas.

—Pues diles que soy yo la que no quiere ir —dijo Katy desesperada.

—Sí, claro, como que se lo iban a creer. De todas formas, tengo que ir a la siguiente clase. No creí que fuera a decir esto nunca, Katy, pero gracias por obligarme a hacer esto —dijo Ben muy serio—. El futuro del equipo joven de Leeds North depende de mí. Tengo que asistir a la próxima clase y convencer a Luke de que vuelva y sea nuestro delantero.

Capítulo 7

Al principio, a Katy le pareció que acostarse con Matthew daría a su vida un giro positivo. Tras tantos años acumulando en su interior el dolor de la traición, le sentaba de maravilla saber que él la deseaba y que ella podía decir que no.

Dicho esto, lo cierto era que no le había resultado fácil. Disfrutó rememorando con su antiguo amor episodios pasados, y le habría gustado recordar aquellos tiempos como una época maravillosa y feliz. Pero le era imposible, porque se le ensombrecía el ánimo cada vez que se acordaba de lo que hizo Matthew y el futuro que destrozó cruelmente con su fechoría. Aquel futuro del que se pasaron horas hablando la noche antes de partir hacia la universidad. Aquel futuro del granero reformado, los perros y los niños. Ella no había olvidado ni un detalle de sus planes, ni tampoco las semanas y los meses que pasó llorando por lo perdido. Y cuando ya no podía llorar más, decidió que no pasaría nunca más por esto. Se prometió que nunca más pondría su felicidad en manos de un hombre; solo confiaría en sí misma.

A la mañana siguiente, cuando le deseó suerte a Matthew y vio su expresión de asombro y de derrota, Katy comprendió que por fin, después de tantos años, lo tenía totalmente superado. Era evidente que Matthew no esperaba que esta vez fuera ella la que pusiera fin a su —más bien breve— reencuentro.

Ese mismo día Ben regresó de la despedida de soltero y le sorprendió ver que Katy parecía mucho más animada y quería irse a la cama con él inmediatamente. Protestó un poco arguyendo queapestaba a cerveza, pero Katy no hizo caso de sus objeciones: quería relegar al fondo de su memoria la aventura sexual con Matthew y sustituirla por unos alegres retozos con Ben.

Y todo volvió a la normalidad. Hasta que Katy descubrió que estaba embarazada.

—¿Cómo demonios ha podido ocurrir? —Fue lo primero que preguntó Ben cuando Katy se lo dijo.

Por supuesto, ella no quiso ni pensar en la posibilidad de que fuera de Matthew.

—Esta Navidad hubo un par de salidas con clientes en las que bebí demasiado y acabé vomitando. Supongo que por eso no me hizo efecto la píldora.

Katy estaba inquieta porque no sabía cuál sería la reacción de Ben, pero tuvo que asistir a su evolución. Al principio estaba estupefacto, luego se quedó espantado y más tarde preocupado. Después telefoneó a su madre, que le abroncó, y finalmente adoptó una actitud de resignación y

desinterés, con algunos momentos de secreta emoción. En cuanto a ella, una vez que hubo superado el trauma de contárselo a Ben y logró desterrar de su mente la posible participación de Matthew, decidió no darle importancia al embarazo. Se negaba en redondo a convertirse en una obsesa que solo pensaba en bebés, como todas las embarazadas que conocía. Decidió que tener un niño no les cambiaría a ella ni a Ben, ni afectaría un ápice a su relación. Todo seguiría su curso normal.

Pero al día siguiente de la clase preparto, cuando volvió al trabajo, Katy ya no estaba tan segura de que aquello fuera normal. En la guía para embarazadas que le dio la comadrona no ponía que pudieras encontrarte con otro posible padre de tu hijo en la semana 35 del embarazo. Tampoco había consejos sobre cómo evitar la fiesta del pañal que, según descubrió con horror, le habían preparado. Sería imposible escabullirse, porque a todos les chiflaba la idea de festejar la llegada del bebé. Ni siquiera Daniel se inmutó cuando Katy protestó al ver las sofisticadas invitaciones que habían diseñado.

—Actualmente las fiestas del pañal son más importantes que las bodas, querida —dijo.

—Pero solo son unos colegas que salen a tomar unas copas y a picar algo, ¿no? —preguntó Katy.

—No seas boba, Katy, no seas boba. No pensarás que yo, el fantástico director creativo de esta compañía, desaprovecharía una ocasión como esta, tan cursi y tan ajena a la vida de un hombre homosexual, para dar rienda suelta a mi extraordinario talento.

—Aaah, ahora lo entiendo. Te sientes excluido de todo este asunto de la procreación y vas a hacer lo posible para convertirlo en una fiesta gay. Y por cierto, en la invitación parece que esté dando a luz a Judy Garland.

—Ya lo sé. Había pensado en poner a Kylie, por supuesto, pero sería imposible que una mujer tan menuda tuviera tus genes.

—Tienes razón. Habría sido absurdo poner a Kylie —dijo entonces, sin sospechar que pronto se encontraría en una situación mucho más difícil.

Con un hondo suspiro, Katy cogió su bolso y se encaminó a la salida de la agencia forzando una sonrisa, como si tuviera la situación bajo control. Pero la sonrisa se le borró de inmediato cuando entró en el restaurante, en la cuarta planta de Harvey Nichols, y se vio a sí misma en una inmensa foto que colgaba del techo. Era un cartel sorprendente de casi dos metros de altura. Y ella quedaba muy bien, salvo por el hecho de que su cara estaba sobre el cuerpo desnudo y en avanzado estado de gestación de Demi Moore, tal como apareció en aquella famosa portada de la revista *Vanity Fair*, en los años noventa. Daniel esperaba bajo el cartel muy sonriente, y se acercó corriendo a Katy en cuanto la vio.

—¿Te gusta, Katy? Estás mejor que nunca —dijo emocionado.

—Fantástico. ¿Quieres decir que estoy mejor cuando mi cara está unida al cuerpo de otra mujer embarazada? —preguntó extrañada.

—Pero fíjate en tu cara. Colín, de la repro, estuvo horas trabajando en esto. Conseguir tu tono de piel le llevó toda una noche. Pero el resultado es espectacular. Aquí ves el aspecto que tendrías si te tomaras en serio el cuidado facial y te gastaras dinero en productos de belleza.

—Daniel, eres un buen amigo. Recuérdame que te llame siempre que necesite convencerme de

que el suicidio es la única opción —dijo Katy, dando media vuelta.

Aunque por lo general le encantaba bromear con Daniel, hoy no estaba de humor. Se alisó con las manos el elegante vestido premamá que había comprado para demostrarles a sus colegas jóvenes que no por estar embarazada había perdido estilo, pero notó con horror que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sobre la mesa, artísticamente adornada con plumas blancas de marabú, colgaban diminutas cigüeñas blancas. Sentados a la mesa, todos aguardaban expectantes su reacción.

—Muy bonito —consiguió decir Katy.

—La mesa la hemos adornado Lenny y yo —dijo Kim, una de las jóvenes directoras artísticas—. Tuvimos que pelearnos con Daniel, que quería salirse con la suya con un tema de drogas. Estaba empeñado en colgar del techo jeringuillas rellenas de líquido rosa y azul, y en traer una lata rellena de aire y de gas para colocarnos. Por suerte, el encargado se negó en redondo y dijo que si los clientes traían gas al restaurante, el seguro no les cubriría.

—Uau. Se libró por los pelos —dijo Katy.

Se sentó a la mesa sintiéndose incómoda. Se había convertido en el centro de atención cuando lo que quería era meterse en un agujero y desaparecer. Hubo un silencio un tanto embarazoso hasta que el jefe de Katy, un auténtico profesional, rompió el hielo para que continuara la fiesta.

—Bueno, Katy, dinos cómo vas a decorar el cuarto del bebé. ¿Qué tema has elegido? —le preguntó.

—Oh, el cuarto está pintado de blanco. Lo dejaremos así.

—Muy bien. Tampoco hay que exagerar, ¿no? —dijo su jefe—. La verdad es que no soporto esos cuartos infantiles tan decorados, donde tiene que estar por todas partes el maldito Winnie the Pooh. Un recién nacido no necesita ver a un oso gordo y estúpido por todas partes.

—Pues a mi pequeño Alfie le gusta mucho Winnie —protestó Jane, la recepcionista—. En serio, Katy, le encanta. Si quieres te acompaño a Mothercare. Es fantástico. Lo puedes comprar todo a juego.

—Ejem..., no sé si tendré tiempo —dijo Katy, mirando desesperada a su jefe.

—Muy bien. Empecemos con las formalidades y así podremos relajarnos y tomar una copa —propuso él.

Se puso de pie y dio unos golpecitos a la copa con la cuchara para llamar la atención de los presentes. Mierda, pensó Katy, esto se parece cada vez más a una boda.

—Bueno, señoras y señores. Debo decir que es para mí una sorpresa estar aquí para felicitar a Katy por su inminente estreno como madre. Hace tiempo que la conozco, y me cuesta trabajo borrar de mi memoria los momentos en que Katy se comportó, digámoslo así, de forma muy poco maternal.

Una risita de complicidad recorrió la mesa.

—Me temo que nunca más disfrutaremos viendo cómo Katy le canta las cuarenta a una bailarina que pretendía cobrarle de más a uno de nuestros clientes, aquella noche en que salimos a celebrar el éxito de su campaña publicitaria. Creo recordar que sus palabras fueron: «Si crees que puedes cobrarle cincuenta libras por menear el culo delante de su cara, tendrás que pagarme el doble para evitar que te deje el trasero como un tomate». Esto es lo que me gusta de Katy, que nunca pierde de vista la cuenta de gastos.

Todos rieron. Katy se limitó a sonreír con la boca cerrada.

—Probablemente también tendremos que olvidarnos, para no avergonzarnos a su retoño, de aquella vez que grabábamos un anuncio de ropa interior masculina. Katy se empeñó en ajustar la posición del pene del modelo porque dijo que sabía lo que quería el cliente.

—Y la muy egoísta no me dejó acercarme —murmuró Daniel—. Pero si alguien sabe cómo hacer que un pene luzca perfecto, ese soy yo, ¿no?

—Esto nos demuestra —continuó el jefe— que Katy sabe adaptarse a cualquier situación. Por eso, aunque hasta ahora ha rechazado cualquier posibilidad de felicidad doméstica, estoy convencido de que se adaptará, como ha hecho siempre, y se convertirá en una madre estupenda. —Se volvió hacia Katy—. Y lo digo en serio, estoy convencido —dijo, poniéndole la mano en el hombro.

Katy se quedó helada. ¿Una madre estupenda? No diría esto si conociera la verdad de su situación.

—Daniel ha organizado un regalo especial que ha mantenido en total secreto, de modo que te ponga en sus manos con gran emoción —concluyó su jefe.

Por primera vez desde su llegada, Katy se dio cuenta de que sobre la mesa contigua había un objeto grande y lleno de bultos cubierto con un mantel blanco. Daniel estaba de pie junto a la mesa, y por alguna razón parecía sentirse incómodo.

Qué demonios habrá hecho esta vez, se preguntó Katy. Tenía que acordarse de decirle que no quería verlo nunca más.

—Katy, quiero que tengas en cuenta que nos ha llevado mucho trabajo hacerlo, de modo que espero que te guste —dijo Daniel.

Con gesto ostentoso, levantó el mantel para dejar al descubierto una figura de escayola montada sobre un pedestal de madera oscura: representaba el torso desnudo de una mujer preñada, rematado por un par de voluminosas tetas.

—Reconozco estas tetas —gorjeó Martin, uno de los directores de cuentas.

—¿Por qué? —Katy miraba boquiabierto a Daniel y movía lentamente la cabeza, sin entender.

—¿Recuerdas que te pedí que me dejaras hacerte unas fotos a la tripa para ayudar al director de arte con aquel catálogo de ropa premamá?

—Sí.

—¡Pues era mentira! —exclamó Daniel entre carcajadas histéricas—. Solo quería una foto tuya para hacer esta figura. Vamos, Katy, no pensarías que iba a regalarte algo útil para el bebé, ¿no? La sola visión de esos colores primarios me produce urticaria.

—Pero ver mi cuerpo desnudo expuesto públicamente, no una, sino dos veces, resulta muy duro, Daniel. Muy duro.

—Solo una vez —corrigió Daniel—. El otro es de Demi Moore, que evidentemente carece de tus estúpidos complejos y puede rendir homenaje a la belleza de la mujer preñada.

—Daniel, he aumentado de peso de forma obscena, tengo estrías por todas partes y llevo meses sin poder verme el vello púbico. Supongo que por eso los pezones parecen avanzar por mi tripa: para comprobar que el vello púbico sigue ahí, o eso quiero pensar. Quiero que me digas qué homenaje merece esto.

—Vale, vale. No importa. Ahora vendrá Louise con el regalo aburrido. No me eches la culpa cuando tengas que fingir emoción ante un orinal o algo parecido.

En aquel momento hizo su aparición Louise, cargada de paquetes. Era la asistente personal de

Katy y una auténtica madraza. Le encantaba contar las últimas correrías de sus hijos, y tenía la mesa repleta de sus fotos. Se puso muy contenta cuando Katy le contó que esperaba un hijo, y le daba continuos consejos sobre todos los aspectos del embarazo y la maternidad; a menudo incluso irrumpía en su despacho para añadir un detalle que acababa de recordar. Katy le suplicó a su jefe que destinara a Louise a otra parte, pero este se negó. En el fondo le encantaba ver la cara de horror de Katy cuando su asistente le describía cada uno de sus partos.

—Siento llegar tarde —dijo Louise—, pero tu maldito teléfono no paraba de sonar. —Le lanzó una mirada de reproche, como si Katy tuviera la culpa.

—¿Había algo urgente? —preguntó Katy.

—No creo. Eran casi todos clientes. Les dije que les llamarías después de la fiesta del pañal. Así les cerré el pico. Ah, y llamó un tal Matthew. Dijo que era un viejo amigo y que intentaba localizarte. He enviado su número de teléfono a tu BlackBerry.

Katy se sobresaltó al oír el nombre de Matthew. Se le cayó estrepitosamente un tenedor al suelo y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para recogerlo, pero esto le dio tiempo de recuperarse del susto.

—Ohh, ejem, sí, puede que lo conozca —dijo al incorporarse con las mejillas encendidas.

Daniel la miraba con cara de estupor. Era el único al que Katy había contado lo ocurrido con Matthew. A los demás amigos los veía poco, y además se horrorizarían si les dijera que había cometido un error tan elemental como para no saber quién era el padre de su hijo. En cuanto a Daniel, aplaudió su promiscuidad y la declaró apta para pasarse al bando de los homosexuales. Cuando Katy le dijo que no estaba segura de quién era el padre, sin embargo, se quedó sin habla; se fue y no habló con ella hasta unas horas más tarde, cuando hubo reflexionado. Entró en el despacho de Katy, cerró la puerta y le dijo que, en su opinión, lo único que podía hacer era olvidar a Matthew. Tenía que desterrarlo de su memoria y volcarse en ser una mamá estupenda y en ayudar a Ben a convertirse en «el Mejor Papá del Mundo». Dicho esto, salió del despacho sin dar opción a que ella pronunciara una sola palabra. Era la primera vez que Katy veía a Daniel hablar totalmente en serio. Esto la asustó. Si Daniel se lo tomaba en serio, significaba que el asunto era importante.

—¿Qué te traigo para beber, Louise? —preguntó Daniel mirando a Katy.

—Vino blanco con limonada, por favor —respondió Louise.

Daniel se estremeció ante la perspectiva de tener que pedirle semejante mejunje al atractivo barman.

—Acompáñame a la barra —dijo, cogiendo a Katy del brazo para que no pudiera decirle que no—. ¡Qué demonios pasa! —exclamó en cuanto se alejaron lo bastante como para que no pudieran oírles—. ¿Es el Matthew que creo que es? Pensé que lo habías enterrado en lo más profundo de tu memoria, que lo habías desterrado de tu vida.

—No he tenido la oportunidad de contártelo. Ayer tarde me lo encontré en la clase de preparación al parto. Se ha mudado a Leeds —susurró Katy.

—¿Y qué demonios hacía en tu clase de preparación al parto?

—Su mujer está embarazada, idiota. ¿Qué otra razón puede haber? —respondió Katy casi chillando.

—Me estás tomando el pelo. —Daniel se detuvo de golpe—. O sea que va a tener un bebé con su mujer y es posible que al mismo tiempo tenga un bebé contigo.

—No sabemos si mi bebé es suyo. Solamente me acosté una vez con él. Ya hemos hablado de este asunto, ¿no te acuerdas?

Katy intentaba zanjar el tema.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero ahora que ha entrado de nuevo en tu vida es diferente, ¿no? ¿Qué piensas hacer?

—Bueno, esto no cambia nada —dijo Katy para calmarlo—. Tenías razón. Debo olvidar lo ocurrido, sobre todo ahora que su mujer está preñada. Tengo que dar por supuesto que no espero un hijo suyo.

—Pero te ha llamado —insistió Daniel—. Claro que es posible que solo quiera que le recomiendes una buena niñera, pero lo dudo. ¿Crees que sospecha algo?

—Bueno, todas tuvimos que decir cuándo salíamos de cuentas...

Daniel la interrumpió.

—Oh, esto es increíble. Imagínate. Estar rodeado de personas y saber exactamente cuándo han tenido relaciones sexuales por última vez.

—¿Y cómo sabes que habría sido la última vez? —preguntó Katy.

—Oh, vamos. A partir de los treinta, los heterosexuales solo tenéis relaciones sexuales para procrear. Si las embarazadas presentan ese aspecto de serenidad es porque se han librado de sus obligaciones carnales. ¿Y qué hizo Matthew cuando anunciaste tu salida de cuentas?

—Palideció y salió de la sala. No regresó en toda la clase.

—Entonces está claro que sospecha que puede ser el padre —insistió Daniel.

—Supongo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué demonios piensas hacer?

—No tengo ni idea. —Katy volvió a sentir pánico. Miró desesperada a su alrededor, buscando una respuesta, pero lo único que vio fueron dos muestras de su cuerpo desnudo expuestas a la vista de todos—. No esperaba que sucediera esto —dijo volviéndose airada hacia Daniel.

—Eh, chica, no hace falta que la tomes conmigo. Vamos a tranquilizarnos, ¿vale? Tienes toda la razón. Esto no cambia nada. El plan sigue en pie, sobre todo ahora que sabes que la esposa de Matthew está preñada. Matthew es historia y Ben es el padre de tu hijo. Eso es lo que hay. Y así tienes que decírselo. Ya verás como todo sale bien.

Capítulo 8

Katy depositó una libra en el sombrero del tipo que mendigaba a la entrada del *pub*. Se dijo que era para tener suerte, a falta de un pozo de los deseos. En cuanto entró en el local abarrotado de muebles desaparejados y vio las paredes empapeladas con un papel feísimo, que se caía a pedazos, respiró con alivio; allí no se encontraría con ningún conocido. La espantosa moqueta gris estaba gastada, y de los asientos salían churros de espuma de un sucio color mostaza. La única nota alegre en aquel local tan deprimente provenía de un par de máquinas tragaperras que tintineaban en un rincón. El local estaba vacío, a excepción de tres individuos que debían de llevar allí desde la hora de comer, o incluso desde el día anterior. Inclocaban la espalda sobre la barra, y más que hablar se comunicaban entre sí con una serie de sonidos entrecortados.

Aparte de ellos había una señora muy gorda y de cierta edad bebiendo una cerveza en un rincón. Llevaba un sucio impermeable azul y se cubría la cabeza con un pañuelo de plástico. Se dirigió a Katy en cuanto la vio entrar con cautela en el bar.

—Allí lo tienes, cariño. Ya ha hecho un amigo —dijo la mujer.

Katy dirigió la mirada hacia donde le señalaba la mujer y vio a Matthew, que con su bonito traje de chaqueta azul marino y su corbata parecía tan fuera de lugar como ella. Un enorme perro pastor alemán dormía la siesta echado sobre sus pies.

—¿Esto es lo que se lleva ahora en Londres para mantener los pies calientes? —Katy no pudo evitar lanzarle una pulla.

—El muy cabrón no se quiere mover y no me atrevo a darle un puntapié. Podría morderme, o podría morderme su dueña, que sería peor —dijo Matthew mirando inquieto a la mujer, que le dirigió una sonrisa desdentada.

—Bueno, no hay que temer tanto el ladrido del perro como la mordida de su dueña —bromeó Katy. Mierda, ¿de dónde he sacado esto? Ahora resulta que me he convertido en una cómica, justo cuando estoy a punto de tener una conversación espantosa.

—Muy graciosa —dijo Matthew—. He pedido un agua mineral en lugar de un cubalibre, porque he supuesto que ahora no bebías. Aunque si quieres te pido otra cosa.

Katy se quedó parada. Hacía años que no tomaba un cubalibre. Había olvidado incluso que hubo un tiempo en que tomaba este horrible combinado. Al parecer Matthew lo recordaba todavía.

—Un agua está bien —dijo, bebiendo un sorbo—. ¿Cómo te va? —Todavía no estaba

preparada para entrar en terrenos pantanosos.

—Oh, bien. Ya sabes, a pesar de todo. ¿Y tú? —respondió Matthew.

—Bueno, supongo que bien. ¿Y tú?

—Ya me lo has preguntado. —Matthew le dirigió una mirada cargada de preguntas. De repente cerró los ojos y cuando los volvió a abrir sacudió la cabeza como si no pudiera creer lo que iba a decir—. ¿Puede ser mío?

Katy no esperaba una pregunta a bocajarro. Había imaginado una conversación con muchos preámbulos en la que los dos darían vueltas alrededor de la cuestión principal, mientras ella encontraba la manera de poner punto final a la situación. Pero como no tuvo tiempo de buscar las palabras adecuadas, respondió con franqueza.

—Sí.

Matthew se desplomó en el asiento. Ya estaba. No había vuelta atrás. Les habían quitado el suelo de debajo de los pies, y ahora se encontraban sobre un terreno tan frágil, tan poco sólido y desconocido que ni siquiera sabían qué decir ni cómo continuar. Finalmente el pastor alemán se removió, alzó la cabeza y los miró. Debió de pensar que necesitaban estar a solas, porque se levantó y regresó lentamente con su dueña.

Fue Matthew quien tuvo el valor de dar el primer paso en ese mundo ignoto.

—Cuando dices que sí, ¿es un sí categórico? ¿Y el tipo que te acompaña a la clase?

—Es Ben, el chico del que te hablé cuando nos vimos. También podría ser suyo. La verdad es que no lo sé, Matthew.

—¿Qué le has contado?

—Nada. Por lo que a él respecta, el bebé es hijo suyo. Mira, Matthew, cuando descubrí que estaba embarazada hice los cálculos y resultó que existía la posibilidad de que fuera tuyo, aunque lo más probable es que sea de Ben —balbuceó Katy—. Maldita sea, si solo pasamos una noche juntos. Estaba intentando olvidar lo ocurrido entre nosotros. ¿Para qué preocuparse de algo que puede no ser cierto? Me convencí a mí misma de que Ben era el padre y ya está.

—¿Y qué piensas ahora? —preguntó Matthew.

—Es más sencillo olvidarse de algo cuando no hay nada que te lo recuerde. Desde que apareciste, no consigo acallar esa pequeña duda.

Matthew se inclinó y apoyó la frente en las manos, tapándose los ojos. Al cabo de un rato Katy vio que temblaba y pensó con horror que estaba llorando. Cuando por fin levantó la cabeza vio que se estaba riendo a carcajadas.

—No entiendo qué te puede parecer tan gracioso.

—Es jodidamente irónico —dijo Matthew, que ahora parecía furioso—. Es una jodida ironía pensar que me he pasado cinco años de infierno intentando dejar embarazada a mi mujer. Sus problemas de fertilidad, si te digo la verdad, la habían convertido en una persona insoportable, y seguramente por eso acabé en la cama contigo. Por fin, alegría, alegría, ella se queda embarazada y vuelve a ser casi la mujer con la que me casé. Mi vida vuelve a la normalidad y entonces me lanzas la bomba de que en una sola noche de sexo es posible que me haya tocado la lotería y sea padre de otro niño. Supongo que a mí me llega toda la suerte de golpe.

Volvió a desplomarse en el asiento con aspecto derrotado.

—No te creas que a mí me hace gracia esta situación. No entraba en mis planes quedarme embarazada y no saber quién era el padre.

—Entonces, ¿en qué estabas pensando? ¿Por qué te quedaste preñada? Admito que me fastidia no haber tenido la precaución de ponerme un preservativo, pero pensé que una mujer de tu edad y de tu experiencia tendría el tema controlado o sería lo bastante madura para pedirme que me pusiera un condón.

—¿Qué demonios quieres decir con esto? —preguntó enfadada Katy.

—Pues que no será la primera vez que te acuestas con alguien, y como no vi a pequeñas Katys correteando por ahí supongo que has sabido cómo prevenir los embarazos.

—Tal como lo dices, parece que sea una especie de zorra —dijo Katy, alzando la voz. No había venido para que la insultaran—. Que sepas que no me acuesto con cualquiera. Me acosté contigo para vengarme de lo que me hiciste hace años. De no ser por eso, ¿crees que te habría hecho caso? No creo que levantes muchas pasiones, con esa pinta de financiero aburrido. Y sí, tenía el tema controlado. Tomaba la píldora. Pero tuve indigestión y supongo que por eso no funcionó. A veces ocurre, Matthew.

—¡Yo no soy aburrido! —replicó Matthew casi gritando—. No todos podemos Ungir que tenemos diecisiete años y salir a jugar a ese patio de colegio que es la publicidad. Algunos decidimos casarnos, sentar la cabeza y hacer un trabajo que tenga proyección.

—¿Eso es lo que piensas, que no he madurado? Es mucho más maduro dedicarte a lo que te gusta que morirte de aburrimiento haciendo mierdas que no te interesan en lo más mínimo.

Matthew dio un puñetazo sobre la mesa.

—Eso son chorradas, Katy.

De repente se dieron cuenta de que no estaban solos. El camarero estaba de pie frente a ellos, y la mujer del impermeable atisbaba por detrás.

—Les ruego que bajen la voz. Están molestando a mis clientes habituales, que han venido para tomar tranquilamente una copa.

—Es cierto, hasta mi perro se está poniendo nervioso —dijo la mujer.

Los tres hombres seguían encorvados sobre la barra, prácticamente dormidos.

—De acuerdo, tío —dijo Matthew en tono tranquilizador.

—Además, el bebé que esperan no crecerá feliz si sus papás se pelean todo el día como el perro y el gato —añadió la mujer, para que les quedara claro.

—Estamos bien, gracias —se apresuró a decir Matthew.

El camarero y la señora de cierta edad se alejaron satisfechos de haber puesto en su lugar a esa pareja de pijos.

—Estupendo, hasta esta vieja necia piensa que el bebé es mío —dijo Matthew.

—Mira, Matthew, esto es una tontería. Estás libre de culpa, te puedes ir —dijo Katy. Había decidido poner fin a este desagradable encuentro. Se levantó y se acarició la barriga con gesto protector sin dejar de mirar a Matthew—. Hay una posibilidad, una remota posibilidad de que el bebé sea tuyo, pero hacer algo al respecto solo traería problemas. Tu mujer está esperando gemelos. Te necesitan. Debemos hacer un pacto para olvidar este tema y dejarlo así. No hay otra manera. Ahora tengo que hacer pipí, y cuando salga del lavabo espero que te hayas marchado.

Dicho esto, se dirigió a los lavabos sin mirar atrás. La conversación le había dado dolor de cabeza y quería dejar de pensar y de hablar.

—Ya vale —dijo, mientras abría la puerta del aseo de señoras.

Matthew la miró alejarse. Le habría gustado que se girara. Resignado, cogió el abrigo y salió

del bar.

—Me ha gustado volver a verte —dijo.

Capítulo 9

— **C**erca de casa hay una escuela primaria que obtiene una excelente valoración en el informe Ofsted; espero que siga en la misma línea cuando los gemelos estén en edad de escolarizarse. Por desgracia, la escuela secundaria que nos corresponde en la zona deja mucho que desear, de modo que nos mudaremos antes de que cumplan once años; así tendremos tiempo de investigar dónde están los mejores colegios y dónde queremos vivir.

Katy escuchaba boquiabierta a Alison. Ella ni siquiera había comprado unos pañales; ¿cómo iba a pensar en la escolarización? Todavía no podía creerse que estuviera charlando tranquilamente —bueno, con cierto esfuerzo por su parte— con Alison. Tras su encuentro clandestino con Matthew, había llamado a Daniel para contárselo. Ya estaba hecho. Todo se había solucionado. Claro que Daniel, con su infalible olfato para detectar fallos en todo lo que hiciera Katy, le preguntó enseguida qué pensaban hacer con la clase de preparación al parto a la que ambos asistían.

—Bueno, seguro que Matthew y Alison no vuelven a aparecer —fue su respuesta—. Matthew no querrá arriesgarse; se inventará cualquier excusa.

—Mmm, si tú lo dices... —dijo Daniel.

—¿No te lo crees? Matthew tiene mucho que perder. ¿Crees que se arriesgará a que su mujer se me acerque? La primera vez tuvo suerte, pero sería una estupidez correr otra vez el riesgo.

«Menuda estupidez», murmuró para sus adentros Katy cuando vio a Matthew al entrar en clase. No se creía que estuviera concentrado en el debate con los demás hombres, que hablaban sobre qué podían hacer para ayudar en el parto. Lo pilló varias veces mirándolas inquieto, a ella y a Alison. Se suponía que las mujeres tenían que hablar sobre maneras de aliviar el dolor, pero por alguna razón acabaron hablando de lo que harían los niños de Alison cuando tuvieran once años.

—Otra posibilidad es la caja de la felicidad —interrumpió Joan, intentando redirigir la conversación—. Consiste en una serie de cosas que te relajan o te hacen sonreír. Puede ser tu foto favorita, o un juguete, o un poema, incluso. Cuando di a luz a nuestro cuarto hijo, mi marido me leyó un libro de poemas, y he de decir que fue mi mejor parto. Que cada una piense en algo que la haga sentir bien. A ver, Katy, ¿qué te relaja a ti?

—Eeh, bueno, en realidad no tengo mucho tiempo para relajarme —respondió Katy.

—Vamos, seguro que hay algo. Pongamos que has tenido un día muy duro en el trabajo y vuelves estresada a casa, ¿qué es lo primero que haces para relajarte? —insistió Joan.

Katy quería decir que se servía una buena copa de vino, pero le pareció que no les sentaría muy bien. Había una cosa que solía hacer cuando había tenido un día realmente malo, pero solo de pensar en ello se ruborizaba.

Joan le puso una mano en el hombro.

—Vamos, Katy, puedes contárnoslo —le dijo.

Todas la miraban expectantes.

—Pongo música de Hue & Cry —dijo rápidamente. Miró alrededor buscando comprensión hacia su ocasional flirteo con la música cursi de los ochenta—. Os parecerá una tontería, pero escuchar «*Looking for Linda*» me anima; no sé por qué.

Se puso roja como un tomate. Los demás la miraban inexpresivos.

—¿A qué grupo te refieres? No había oído hablar de ellos —dijo por fin Charlene.

—Eran un grupo de los ochenta —dijo Katy, consciente de que había metido la pata.

—Ah, ya. Antes de que yo naciera —dijo con orgullo Charlene—. No pensaba que fueras tan mayor. Ya le dije a Luke que me parecía que Ben era mucho más joven que tú, pero él pensaba que Ben parece más joven porque hace deporte y todo eso.

Katy se quedó estupefacta. Su aturcido cerebro de embarazada no era lo bastante rápido como para computar todos los insultos que contenían las palabras de Charlene.

—Le dije a Luke que os llevabais diez años por lo menos. ¿He acertado? —preguntó Charlene, con la misma naturalidad que si preguntara una dirección.

Katy seguía paralizada de estupor.

—Mi prima Amy va al colegio de Ben, ¿sabéis? —Charlene continuó hablando sin reparar en la angustia de Katy—. Dice que todas las chicas encuentran que está muy bueno. Le dije que había conocido a su novia, y ella se lo contó a sus compañeras de clase, y supongo que querrán sacarte los ojos. Pero no te preocupes, porque en el colegio todo el mundo dice tonterías así: son unos subnormales.

Alison se volvió hacia Katy.

—¿En qué colegio trabaja Ben? —le preguntó.

—En el Castle Hill Comp —respondió Katy, todavía en trance.

—Tengo que acordarme del nombre —dijo Alison.

Joan decidió intervenir.

—Bueno, chicas. Esto es fantástico. Seguid pensando en lo que podéis poner en la caja de la felicidad mientras voy a ver qué tal les va a los chicos.

—Chicos, ¿qué tal os va por aquí? —preguntó Joan.

Ben blandió un plátano que había sacado del saco de posibles cosas a ofrecer a tu pareja mientras estaba de parto.

—En caso de duda, lo mejor es un plátano. Un plátano siempre va bien.

—Tal vez, pero después de diez horas de parto es posible que Katy esté harta de plátanos. Tienes que pensar en otras posibilidades para tranquilizarla —dijo Joan—. ¿Qué tal si me contáis

qué objetos habéis puesto junto a cada una de las fotos de las fases del parto?

Matthew, Ben y Richard se miraron de reojo. Luke siguió mirando al vacío, como había estado haciendo desde el principio de la clase.

—Vale, ya me encargo yo —dijo Matthew.

—Tómatalo con calma, amigo —dijo Ben, haciéndole un guiño a Luke—. No vayas a encontrarte mal, como la semana pasada. Algunas de estas fotos son bastante fuertes.

—Ya expliqué que fue algo que comí. Estuve toda la noche vomitando —dijo Matthew. Tenía el bigote perlado de gotitas de sudor.

—Vale, lo que tú digas. Pero date prisa porque tengo una cerveza helada esperándome.

Ben dio un vistazo al reloj. Matthew lo miró ceñudo y luego le dirigió a Joan una encantadora sonrisa.

—Bueno, Joan. Hemos estado pensando que en las primeras fases del parto, cuando todavía estás en casa, lo mejor sería...

—Un plátano —interrumpió Ben—. Es la comida perfecta, nutritiva y energética. Lo dicen los atletas.

Matthew apretó los dientes.

—En realidad, habíamos decidido que para distraerlas iría bien un baño o su película favorita en DVD.

—Pero la película favorita de Katy es la maldita *Sonrisas y lágrimas*. ¿De verdad creéis que dejaré que mi hijo llegue al mundo entre un coro de monjas cantando a la tirolesa?

—Es un pastor de cabras —dijo Matthew.

—¿Cómo?

—El que canta yodel en *Sonrisas y lágrimas* es un pastor de cabras, no un coro de monjas.

—Vale, aleluya. Ahora sí que me gusta. Mientras no sean monjas haciendo gorgoritos, no me importa recibir a mi hijo con la música más gay del mundo —dijo Ben.

—¿Es un varón? —La pregunta le salió a Matthew sin pensar. Katy no le había dicho nada sobre el sexo del bebé.

—No tengo ni idea. Pero si lo es, necesitará recibir las influencias adecuadas desde el primer día. Estoy pensando en los mejores momentos de la Eurocopa 96. Shearer, Gascoigne, Seaman, la derrota de Holanda 4-1, el penalti de Pearce... No hay nada mejor.

—Pero a Katy no le gusta el fútbol —protestó Matthew—. Quiero decir, que seguro que no le gusta porque es mujer. A ninguna mujer le gusta de verdad el fútbol —se apresuró a añadir al ver la perplejidad en los ojos de Ben.

—De acuerdo, chicos, se nos acaba el tiempo. Un baño o un DVD. Las dos cosas están bien. Sigue, por favor, Matthew —dijo Joan.

—Bueno, pues a continuación podríamos telefonar a una amiga o a su madre. Alguien que haya dado a luz y pueda asegurarle que lo que siente es normal —dijo Matthew.

—Oye, siento interrumpirte de nuevo, pero si conocieras a la madre de Katy no se te ocurriría llamarla para confortar a nadie. Se niega a aceptar el embarazo de Katy, y piensa que le he destrozado la vida a su hija. Cada vez que hablo con ella por teléfono me parece oír cómo se le dilatan las aletas de la nariz.

—Conmigo siempre fue muy amable —dijo Matthew.

—¿Conoces a la mamá de Katy? —preguntó Ben. No entendía nada.

—Bueno, ejem. Ya sabes que Katy y yo íbamos al mismo colé. Supongo que la conocí en algún evento. En Dove Valley se animaba a los padres a participar en las actividades del centro —dijo Matthew para enmendar su metedura de pata.

—A la porra con eso —dijo Ben—. El otro día, el padre de un alumno le dio un cabezazo a Dennis, que asesora a los chavales. El chaval dijo que cuando acabara el colé quería ganarse la vida trayendo a mujeres de Tailandia para contraer matrimonio con británicos. Dennis no supo qué decir, y le preguntó si le parecía ético tratar así a las mujeres y condenarlas a una triste existencia al servicio de unos tristes viejos. Y resulta que el chaval era hijo de un triste viejo que estuvo dieciocho meses casado con una tailandesa. Unas horas más tarde, aparece el padre del chaval y le propina un cabezazo a Dennis. Te aseguro que tendrían que pagarnos un plus de peligrosidad.

—¿Y en qué colegio dices que trabajas? —preguntó Matthew.

—Castle Hill Comp —respondió Ben.

—Tengo que acordarme del nombre —dijo Matthew.

Al acabar la clase, Joan les dio su charla de motivación.

—Bueno, espero que hayáis podido pensar un poco en lo que ocurrirá durante el parto y en cómo podéis convertirlo en una experiencia preciosa. Os estáis preparando para traer a vuestro hijo al mundo. Recordad que millones de personas han pasado por esto antes, pero el nacimiento de vuestro hijo es único, y lo recordaréis como una de las experiencias más importantes de vuestra vida. Tenéis que enfocarlo así, y no como un momento que hay que bloquear a toda costa con métodos artificiales. Chicas, sois muy afortunadas de tener un cuerpo capaz de llevar a cabo el milagro de la concepción. No dudéis de vuestro cuerpo; no tengáis ninguna duda de que podrá completar este proceso. Si lo deseáis, podéis hacerlo sin ayuda; tengo absoluta fe en vosotras. ¿Alguna pregunta más antes de que nos vayamos?

—Entonces —dijo Charlene—, si la epidural no es suficiente para evitarme totalmente el dolor, ¿me pondrán otra?

Joan se quedó mirando a Charlene unos segundos antes de suspirar y contestar.

—Te darán todo lo que tú y el doctor consideréis conveniente para ti y para el niño. Bien, ya hemos terminado. Apilad las sillas antes de salir. Nos vemos la semana próxima.

Cuando estaban saliendo, Alison se acercó a Katy con los ojos llenos de lágrimas.

—Me encantaría tener un parto natural, pero me asusta tanto que no sé si podré, y esto hace que me sienta como una traidora ante mis niños —dijo.

Por vez primera, Katy la vio como una mujer normal que está muerta de miedo ante la idea de dar a luz, en lugar de verla como a la esposa de Matthew que había que evitar a toda costa.

—No te preocupes, son gemelos. Sea como sea el parto, serás una auténtica heroína —dijo Katy.

—¿Lo dices en serio? Es lo mismo que me dice mi amiga Karen. Es muy cariñosa, pero siempre me dice que no sea tonta.

—Supongo que echarás de menos a tus amigas —dijo Katy, sin pensar que estaba entablando conversación con la mujer que había decidido evitar.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Alison.

—Las echo muchísimo de menos. Pensé que venirnos a vivir aquí sería perfecto. Lo planifiqué

hasta el último detalle, como es normal. Pero es duro estar sin el apoyo de la familia y los amigos. Ahora que es socio, Matthew trabaja hasta muy tarde, de modo que estoy muchas horas sola.

Otra lágrima rodó por su mejilla izquierda.

—No llores, por favor. —Era el segundo susto de Katy en una misma tarde—. Acabas de llegar. En cuanto lleguen los bebés harás muchas amigas. Eso es lo que dice todo el mundo —dijo, desesperada por lograr que Alison dejara de llorar.

—Tienes razón, seguro que tienes razón. Perdona que sea tan llorona. Mira, no nos conocemos, pero Matthew dijo que ibais juntos al colé, de modo que te conoce, aunque no mucho. ¿Por qué no venís tú y Ben a cenar a casa este fin de semana? Me muero de ganas de hablar con otros adultos además de Matthew y la comadrona —dijo Alison.

Dejó la invitación colgando en el aire.

Katy miró horrorizada a Alison, sin saber qué decir. ¿Cómo habían llegado a esto? Estaba recibiendo una invitación de la esposa del hombre que tal vez la había dejado preñada.

Por el rabillo del ojo, vio que alguien, o algo, se precipitaba hacia ellas. Era Matthew, y parecía querer salir vencedor en la carrera a través de una sala de hospital. Por poco derrapó al llegar junto a donde estaban Katy y Alison.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó, un poco jadeante.

—Nada, cariño, es que soy una tonta —dijo Alison—. Le decía a Katy que me recuerda a Karen, y entonces me di cuenta de lo mucho que la echo de menos. Es una tontería, ya lo sé. El caso es que le he dicho a Katy que ella y Ben tienen que venir a cenar el sábado, porque me muero de aburrimiento. Podréis hablar de los viejos tiempos, y Katy me contará cómo eras de verdad en el colegio. Seguro que era muy guapo, ¿verdad?

—Pero seguro que ya tienen sus planes —dijo Matthew, con la cara lívida de pánico—. No van a dejarlo todo para venir a entretenernos.

—No, no tenemos planes —dijo una voz por detrás—. Aceptamos encantados. Así podrás enseñarme el programa de la Copa firmado que te jactabas de tener —dijo Ben.

—Perfecto. Entonces nos vemos el sábado. —Alison sacó del bolso una tarjeta y se la entregó a Katy—. A las 7:30.

Dicho esto, se marchó rápidamente por el pasillo, con Matthew pisándole los talones. En su rostro se pintaba una sonrisa de satisfacción, y de las lágrimas ya no quedaba ni rastro.

Capítulo 10

— **T**enemos que darnos prisa. Rick y Tontolaba nos estarán esperando —dijo Ben en cuanto salieron del hospital.

Pero Katy estaba un poco ausente tras los últimos acontecimientos.

—¿Qué?

—¿No te acuerdas? Quedamos para tomar una cerveza con ellos y organizar la despedida de soltero de Rick.

—Dios mío, lo había olvidado. ¿Y si vas tú solo? En realidad no me necesitáis, ¿no?

—Claro que te necesitamos. Si no vienes, no lograremos organizarnos. La última vez acabamos borrachos y no recordábamos nada de lo que habíamos decidido. Además dijimos que iríamos al Red Lion, en Otley. Los chicos están muy ilusionados.

—Seguro que sí —dijo Katy exhalando un suspiro.

Cuando decidió que el embarazo no afectaría a su vida social, Ben y sus amigos estuvieron encantados; ahora tenían un servicio gratuito de taxi. Sin embargo, aunque normalmente lo pasaba bien con los chicos, ella cada vez tenía más ganas de meterse en la cama a las 9.

Katy hurgó en el bolso en busca de las llaves.

—Vale, pues vamos.

—Eres fantástica. Te prometo que en cuanto nazca el bebé seré yo quien conduzca. Tontolaba incluso se ha ofrecido a hacer de canguro para el bebé. Al parecer le gustan los críos.

—Ben, ya sabes que Tontolaba me cae bien, pero dudo que sepa de dónde vienen los niños, así que no te digo nada de saber cuidarlos.

—¿Insinúas que mi buen amigo Tontolaba es virgen? 3 de abril de 2001 —dijo Ben—. Nicola Sherwin en una parada de autobús de Headingley, exactamente a las 11:56.

—¿Cómo sabe que fue a las 11:56? —Katy casi no se atrevía a preguntarlo.

—Porque la parada tenía uno de esos paneles electrónicos —explicó Ben—. Dice que cuando estaba en ello vio en el panel que su autobús llegaría a las 11:57, y como no quería perderlo, aceleró y acabó justo a tiempo. Pero no creo que Tontolaba lograra impresionar a Nicola, porque el muy idiota subió al autobús y la dejó plantada.

Cuando llegaron al coche, Ben se acercó a Katy y le dio un rápido apretón en los hombros.

—Un poco de locura te sentará bien, cariño. Necesitas relajarte. Me temo que todo este

blablablá del embarazo te pone nerviosa —dijo, con una sonrisa comprensiva.

No lo sabes bien, pensó Katy, mientras entraba en el coche. Claro que tal vez Ben tenía razón y una salida con él y sus amigos la ayudaría a olvidar que tenía que decidir qué hacer con la maldita invitación de Alison.

Recogieron a los chicos frente al *pub* Whitelock, en el centro de la ciudad.

—Qué hay.

—Qué hay.

—Qué hay.

—Katy, cuando Dios te hizo, cogió una estrella del cielo y le puso un corazón —declaró Rick.

—Luego partió la luna en dos y le puso unas tetas magníficas —murmuró Tontolaba entre dientes.

—Te he oído —dijo Katy—. ¿Ya estáis borrachos?

—Perdona, Katy —dijo Tontolaba—. Pero es que ahora que estás preñada y tal tienes unas tetas magníficas. Solo estaba constatando un hecho —farfulló.

—O sea, que cuando no estaba preñada no tenía buenas tetas, ¿no? —dijo Katy indignada.

—Bueno, no puedo decir que estuvieran entre mis preferidas. Entonces eran unas tetas normales, pero ayer subieron a los primeros puestos en mi *ranking*.

—¿Ayer? ¿Quieres decir que ayer estuviste pensando en mis tetas?

—Eeeh, sí.

—Pero si ayer no nos vimos —dijo Katy sin entender.

—¿Y?

—¿Quieres decir que piensas en mis tetas cuando yo no estoy delante?

—Bueno, no es algo que pueda hacer contigo delante, ¿no? Quiero decir que eso sería un poco raro, ¿verdad? —La sorpresa de Tontolaba era genuina.

—No, lo que es raro es que pienses en mis tetas.

—Ah, pero fue solo un momento, no te preocupes. Fui a la tienda de mi calle y me atendió la señora Rashid, como siempre. A ella la tenía entre los primeros puestos de mi lista como invitada misteriosa; digo misteriosa porque lleva una de esas túnicas indias, de modo que no puedo hacer una evaluación correcta, pero me gustaba tener en mi lista a alguien que pudiera sorprenderme. De todos modos ayer pensé que no tenía suficiente potencial y decidí eliminarla sin piedad como invitada misteriosa y ponerte a ti como un valor del que estoy jodidamente seguro.

—¿Jodidamente seguro de qué?

—De que tienes unas tetas magníficas. Con la invitada misteriosa nunca tenía la certeza —respondió Tontolaba.

Katy echó una ojeada a Tontolaba, plácidamente espatarrado en el asiento trasero. Como siempre, parecía que acabara de levantarse de la cama. En realidad le hacía gracia que los amigos de Ben hablaran solamente de las cosas que importaban en la vida, de modo que las cosas realmente importantes parecían no serlo tanto.

—Bueno, Tontolaba, muchas gracias por esta pequeña lección sobre cómo no debes tratar a la conductora embarazada que te han asignado —dijo Ben—. Pídele perdón a Katy y prométele que la eliminarás de tu lista, que nunca más pensarás en sus tetas y que esta noche le pagarás todos los

zumos que quiera beber.

—Vale, entiendo lo que quieres decir —admitió Tontolaba—. No está bien ofender a la conductora. Lo siento, Katy. Borraré de mi mente tus magníficas tetas, pero no me obligues a pedir esa porquería de bebida en una fiesta de la cerveza.

—¡Fiesta de la cerveza! ¿Qué fiesta de la cerveza? ¿Pensaba que íbamos a ese *pub* de Otley! —exclamó Katy.

—Y allí vamos, allí vamos —se apresuró a aclarar Ben—. Cuando Tontolaba dice fiesta de la cerveza no quiere decir fiesta de la cerveza, sino que esta es la semana en que tienen algunas cervezas extra, nada más. No es nada del otro mundo.

Pero al entrar en el pueblo vieron la enorme pancarta que colgaba sobre la calle mayor: festival de la cerveza de OTLEY.

—Vaya, no lo entiendo —dijo Ben—. Por unas cuantas cervezas extra se imaginan que están celebrando una especie de Oktoberfest. De verdad que lo siento, Katy. No creí que se lo tomaran tan en serio. No estaremos mucho rato. Solo el suficiente para contárselo al pequeño, ¿vale? Su primera fiesta de la cerveza a la edad de menos cuatro semanas.

Entraron en el aparcamiento.

—Vale, me debes una. Procura que me lo pase bien.

—Hecho. Venga, pequeño, vamos a probar unas cervezas —dijo Ben, dirigiéndose a la tripa de su novia.

Sin embargo, en cuanto entraron en el abarrotado *pub*, a Katy se le cayó el ánimo al suelo. Todos eran hombres de mediana edad, gordos y sudorosos, que farfullaban y hacían horribles muecas mientras bebían su cerveza tibia. Había alguna que otra mujer. Y decir mujer era mucho decir, porque las féminas presentes llevaban el pelo largo y descuidado y camisa de hombre. En sus rostros se pintaba la torva determinación de acompañar a sus maridos; aunque no se lo pasaran bien, no permitirían que los chicos salieran sin ellas.

Pero lo que más asustó a Katy fue que en el recinto no había ningún sitio donde pudiera sentarse y aliviar sus tobillos hinchados. Al ver su expresión de pánico, Ben aprovechó la ocasión para que todos pudieran sentarse, a pesar de que los asientos eran lo más codiciado en el abarrotado local.

—Mujer embarazada, dejen paso a una mujer embarazada —gritó, haciendo que Katy se sintiera incómoda y se pusiera roja como un tomate cuando todas las miradas se posaron en su abultada tripa.

Ben se dirigió a dos corpulentos tipos de Yorkshire que ocupaban el mejor sitio junto a la ventana.

—¿Les importaría cedernos la mesa, caballeros? Mi novia está a punto de parir y le duele mucho la espalda.

—Desde luego, desde luego —respondieron. Rápidamente se levantaron y se fueron al otro extremo del local, como si temieran que Katy se pusiera de parto de un momento a otro y se pudieran ver en la obligación de ayudar.

Ben se quedó muy satisfecho.

—Toma asiento, Katy, por favor.

Katy se sentó. Al reclinarsse, notó que la cabeza le chocaba con algo, y descubrió asombrada que se trataba de un frailecillo disecado que la miraba con sus ojos de abalorio desde el alféizar de la ventana.

—¿Qué clase de sitio es este? —preguntó, mirando a su alrededor. Todas las paredes estaban repletas de animales disecados.

—Hace unos años, le regalaron al dueño una iguana disecada de varios metros de largo y desde entonces colecciona estos bichos —dijo Rick—. Qué guay, ¿eh?

—Ejem, puede ser. Aunque yo soy más bien minimalista —respondió Katy. Cómo echaba de menos esos bares de copas donde iba antes, tan nuevos e impecables.

—Bah, esos bares minimalistas blancos y cromados parecen urinarios. Y la cerveza también sabe a pipí —bromeó Rick. De los tres, era el que más importancia daba a la imagen y se gastaba mucho dinero en la ropa de marca que llevan los aficionados al fútbol, pero en el fondo seguía siendo un chico del norte.

—Tenemos que venir aquí de vez en cuando para ver a la palomita de Tontolaba —propuso Ben.

—¿Tiene novia? —Katy miró a su alrededor en busca de una posible candidata—. ¿Dónde está?

—Justo detrás de ti —dijo Ben soltando una risotada—. Te presento a Gloria, el frailecillo hembra. Ben le tomó cariño porque hace unos años el pájaro le cayó directamente sobre el regazo y el pico se le quedó enterrado en la ingle.

Rick continuó el relato, tan muerto de risa que apenas podía hablar.

—Él se quedó mirándolo y habló espontáneamente, Katy, sin pensar. Dijo: «Este es el tipo de palomita que me gusta».

Ben y Rick estallaron en carcajadas, encantados con la historia, aunque seguramente era la enésima vez que la contaban, y Katy no pudo evitar unirse a sus risas. Disfrutaba con estos momentos en que Ben y sus amigos de la infancia intercambiaban cotilleos y se reían como solo se ríen los buenos amigos. Echaba de menos los tiempos en que podía charlar y reírse así con sus colegas.

Tontolaba llegó con las bebidas.

—He traído unas patatas fritas para Gloria —dijo—. Nosotros podemos empezar con unas Black Gold recién llegadas de Escocia. Y a ti, querida Katy, te traigo no uno sino dos refrescos, para que me perdones por lo de antes.

—Gracias, Tontolaba. Estás perdonado. ¿Qué patatas has traído? —Katy se dio cuenta de que estaba muerta de hambre.

—Con sabor a gambas, claro —respondió Tontolaba—. Gloria solo come pescado.

—Naturalmente —dijo Katy sonriendo, y le arrebató la bolsa de patatas antes de que se le ocurriera dársela a su amiga emplumada.

Durante un rato, los cuatro masticaron y bebieron en silencio.

—Bueno —dijo al fin Tontolaba—. Tendré que contentarme con esto después de tachar a mi invitada misteriosa y a su sustitua en mi lista de favoritas.

Ben le dio una patada por debajo de la mesa.

—Bien, vayamos a lo nuestro. Debido a nuestra absoluta falta de organización, solo nos quedan dos semanas para organizar la despedida de soltero de Rick. Lo primero de todo, Rick:

¿cuántos asistirán?

—Bueno, vosotros dos y supongo que cuatro del trabajo. Además, Dave y Jacko del fútbol y Danny y Chris del colé. En total, seremos doce, incluyéndome a mí —dijo Rick, que estaba haciendo las cuentas con los dedos.

—Vale. Y ahora dime: ¿en tu casa o fuera?

—He oído que en Praga puedes alquilar un barco con espectáculo de *striptease*. Es cómodo, porque puedes emborracharte y ver el espectáculo de *striptease* sin que nadie te moleste, y luego salir por la noche. ¿Qué os parece?

—Yo me mareo en los barcos —gruñó Tontolaba poniéndose la mano en la tripa.

—Un bar y un espectáculo para nosotros solos debería bastarte para superar cualquier pequeña incomodidad —dijo Rick en tono impaciente.

—Ya lo sé. Pero ¿y si me encuentro mal justo cuando la chica se me sienta en la rodilla y se unta los pechos con crema hidratante de bebé? Sería demasiado terrible —dijo Tontolaba moviendo la cabeza.

—Gracias, Tontolaba. Ahora, cada vez que piense en una bailarina de *striptease* en un barco la veré manchada de tu vómito. —Ben apoyó los codos en la mesa y se tapó los ojos.

—Ejem, ¿puedo decir una cosa? —interrumpió Katy—. No quiero estropear el plan, Ben, pero ¿no te olvidas de algo?

—¿A qué te refieres? —Ben frunció el ceño.

—Al bebé.

—Ya, ¿qué pasa con el bebé?

—Nacerá unos días después de la despedida de soltero. ¿No crees que por lo menos tendrías que estar en el país? —Detestaba mostrarse tan aguafiestas.

De repente, Ben aparentó la edad que tenía, o incluso mucho más joven. Su cara de decepción era la de un chiquillo que no entiende por qué le han quitado los juguetes de las manos.

Como Ben no decía nada, Rick tomó la palabra.

—Katy tiene razón, chico. Ahora tienes responsabilidades. A todos nos llega, tarde o temprano. En cuanto nazca el bebé, zas, se acabó —dijo, sin darse cuenta de que Ben parecía cada vez más consternado—. ¿Fútbol? De momento, olvídate. ¿Una cerveza después del trabajo? Nada de eso, amigo. ¿Partidas de póquer por la noche? Anuladas hasta nuevo aviso.

Katy hubiera querido que Ben dijera algo, pero este se había puesto pálido y miraba a Rick en silencio.

Antes de responder debidamente a Rick, Katy le cogió la mano a Ben.

—A nosotros no nos ocurrirá esto —dijo con firmeza—. Lo que pasa es que no quiero que Ben se pierda el nacimiento de su hijo, pero no digo que no vaya a poder salir nunca más.

—Sí, claro —dijo Rick—. ¿Conocéis a padres de niños pequeños? Están tan agotados que ni siquiera pueden pensar en pasarlo bien. Mel y yo no queremos tener hijos hasta los treinta y cinco años, por lo menos.

Cuando vio que Ben dejaba pasar la ocasión de responder con una ocurrencia, Rick comprendió que había llegado demasiado lejos.

—Bueno, en cualquier caso lo pasaremos genial en mi despedida de soltero. Y os digo una cosa, ¿qué tal si vamos a la patria de esta excelente cerveza? —propuso, levantando la jarra—. *Och aye the noo*^[1]. Estos chicos desde luego se merecen un premio. —Su imitación del acento

escocés tenía un curioso toque indio, y posiblemente galés.

Ben salió de su ensimismamiento y le dedicó una sonrisa agradecida. Su expresión se relajó y volvió a ser el alegre Ben de siempre.

—Buena idea. Además, ¿para qué queremos irnos tan lejos? No entenderemos la letra de las canciones y nos darán una cerveza más floja. Para eso me quedo en casa viendo el concurso de Eurovisión. Mañana buscaré en internet un Bed & Breakfast para todos.

Dicho esto, apuró la cerveza de un trago muy largo y dio un golpe en la mesa con la jarra vacía.

—Bueno, ya está resuelto —dijo, evitando mirar a Katy—. Voy a pedir otra ronda, ¿de acuerdo?

Ben se dirigió a la barra. Rick y Katy se miraron incómodos.

—Lo siento, Katy —dijo Rick, cuando su amigo se hubo alejado lo suficiente—. No quería deprimiros, pero es que en cuanto uno de mis amigos tiene un hijo, deja de salir por la noche y ya no lo veo más. La verdad es que os echaré de menos a los dos.

Rick tenía razón, pensó Katy. Ella también había dejado de ver a sus amigos en el momento en que tuvieron hijos.

—A nosotros no nos pasará —dijo con decisión—. Seguiremos saliendo, te lo prometo.

Rick movió la cabeza con resignación.

—Esto lo dices ahora.

Katy se excusó y se levantó para ir al lavabo. No podía soportar la mirada acusadora de Rick. Además, tomarse dos refrescos seguidos no había sido buena idea, dado el estado de su vejiga. Todo era culpa suya, pensó mientras se esforzaba por introducirse en el estrecho cubículo. Se había quedado embarazada y los había fastidiado a todos. Había hecho con Ben lo mismo que hicieron con ella sus amigas cuando se casaron y tuvieron hijos. Recordó cuánto le fastidió entonces. No podía hacerle esto a Ben. Su bebé asistiría a todas las fiestas.

Volvió a la mesa andando como un pato pero llena de decisión. Ben parecía más relajado y charlaba tranquilamente con Rick y Tontolaba.

—Es lamentable —decía Tontolaba—. Nosotros conseguiremos cosas mucho mejores.

—Rick acaba de contarnos lo que consiguió Mel en su despedida de soltera el pasado fin de semana —dijo Ben—. Al parecer solo volvió con tres pares de calzoncillos.

—Calzoncillos. Menuda sosada —dijo Katy—. En mis días de despedidas de soltera yo era especialista en conseguir los suvenires perfectos. Me siento especialmente orgullosa de algunos, como una palmera, un maniquí masculino y todos los ingredientes necesarios para preparar doner kebab, robados de tres bares diferentes, entre los que se contaban una botella de salsa picante y un cuenco lleno de ensalada de col.

Ricky y Tontolaba la miraban boquiabiertos.

—¿En serio hiciste eso? —preguntó por fin Rick.

—No me lo creo —dijo Tontolaba.

—¿Por qué no? —preguntó Katy.

—Porque eres tan..., eres tan... —balbuceó Rick.

—¿Soy tan qué?

—Viéndote ahora me parece imposible. Ya sabes, te veo vestida de ejecutiva y me parece imposible que hayas hecho algo tan... —Rick enmudeció. No encontraba la palabra.

—Tan guay —dijo Tontolaba.

—Muchas gracias, chicos. ¿De modo que yo no os parezco guay?

—No, no. Quería decir algo tan... inmaduro. Eres demasiado sensata para hacer una cosa así.

Katy no podía quedarse cruzada de brazos ante tamaño ataque.

—¡Sensata! —exclamó. Era justo la palabra que resumía todos sus temores, ahora que estaba en la mitad de la treintena y a punto de ser madre—. ¿Dices que yo soy sensata? —repitió.

—Bueno —dijo Rick, un poco incómodo—. Desde que te conozco no te he visto hacer ninguna burrada. Puede que fueras así de joven, antes de que te conociéramos.

Katy se quedó tan horrorizada que fue incapaz de responder. De modo que Rick pensaba que ella se había vuelto aburrida con la edad. Pero ella no era aburrida. Podía mostrarse tan divertida y despreocupada como los veinteañeros. Estaba a su altura, incluso preñada.

Miró a Ben en busca de apoyo, pero su novio, al parecer, decidió mantenerse al margen, porque se levantó, le dio a Katy un beso en la frente y anunció que iba al lavabo.

Estupendo, pensó Katy, al verlo alejarse. Es fantástico tener a alguien que te apoya. Así que esos tres pensaban que eran los únicos que podían hacer burradas, solo porque eran hombres y tenían menos de treinta años, ¿no? Les demostraría que estaban equivocados, pensó. Se lo demostraría ahora mismo. Conseguiría que se les borrara del rostro esa sonrisita de satisfacción. Miró a su alrededor en busca de inspiración y vio a Gloria, que parecía vigilar las patatas que el «divertidísimo». Tontolaba había depositado frente a ella.

Era perfecto, pensó. Ricky y Tontolaba discutían acerca de qué cerveza probarían a continuación.

«Mirad esto, a ver si aprendéis», murmuró Katy para sus adentros. Inspiró profundamente, se agarró al borde de la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, agachó la cabeza y lanzó un gemido tremendo. Rick y Tontolaba la miraron asustados. Katy volvió a gemir, todavía más alto, haciendo que los clientes de las mesas vecinas se volvieran a mirarla.

—Ya os dije que este refresco era una porquería —dijo Tontolaba—. ¿Quieres ir al baño, Katy? —le preguntó en voz alta, hablándole despacio como si ella se hubiera vuelto sorda.

Katy volvió a gemir, mucho más alto esta vez, y se agarró la tripa.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Rick se levantó de un salto, tirando la silla al suelo—. Está de parto.

Tontolaba se puso a gritar como si hubiera visto un fantasma.

—¡Aaaaaaaa! Joder. ¿Qué hacemos ahora?

Por si acaso, apuró su cerveza de un trago.

Katy volvió a gemir, intentando que no se le escapara la risa. Agarró a Rick del brazo y le tiró hacia ella.

—Yo no, Katy —chilló Rick—. Tontolaba es mucho mejor que yo en momentos de urgencia.

Pero Katy lo cogió por el cuello y acercó la boca a la oreja de su amigo.

—Roba el jodido frailecillo mientras yo intento distraer a la gente —susurró entre dientes y acto seguido se apartó de él.

Rick miró nervioso a su alrededor. Katy gimió de nuevo mientras le tiraba de la mano insistentemente.

Por fin, Rick empezó a captar la situación y a comprender lo que había que hacer. Con una sonrisa, se dirigió a Tontolaba, que estaba paralizado de miedo.

—Acompaña a Katy al coche. Tenemos toallas y agua caliente —gritó, para que todo el bar pudiera oírle—. ¿Alguien puede ayudarle, por favor?

Mientras los que ocupaban las mesas contiguas se agrupaban junto a Katy y Tontolaba, Rick se metió a Gloria debajo de la camisa y fue en busca de Ben.

—¡Dios mío, Katy! ¡Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Qué quieres que haga?

Ben llegó muy nervioso y se encontró a Katy tranquilamente instalada en el coche con Tontolaba, que estaba al tanto de todo. Los clientes del bar ya se habían retirado.

—¡Te lo has creído! —gritaron al mismo tiempo Katy y Tontolaba.

Ben miraba alternativamente a uno y a otro, sin entender nada.

—¿Tenemos a Gloria? —le preguntó Tontolaba a Rick.

—Por supuesto. —Rick, que había venido con Ben, sacó el frailecillo disecado de debajo de la camisa.

—Katy, eres de puta madre —dijo Tontolaba. Se sentó a Gloria en las rodillas—. Y vuelves a estar en mi lista de favoritas, pase lo que pase.

—¿Quiere alguien explicarme qué cojones ha pasado aquí? —preguntó Ben—. ¿Por qué ya no gritas, Katy?

Parecía tan preocupado y confuso que Katy se sintió culpable, aunque le gustó que se preocupara por ella.

—No pasa nada, no te preocupes. Solo he fingido que estaba de parto para que pudiéramos secuestrar a Gloria —explicó—. Quería demostraros cómo conseguí mi apodo de Reina de los Ladrones. Ya no soy tan sensata, ¿no?

Ben no respondió. Se sentó en el suelo del aparcamiento y escondió la cabeza entre las manos.

—¿Te encuentras bien, tío? —le preguntó Rick.

Ben tardó en contestar.

—Me parece que acabo de tener un ataque cardíaco —dijo.

Levantó la cabeza y vio que sus mejores amigos, muy sonrientes, chocaban los cinco con Katy.

—Bueno, pero supongo que no me puedo enfadar con vosotros, porque nunca había visto a Tontolaba tan contento.

Por fin Ben le vio la gracia al asunto y estalló en carcajadas. Durante el viaje de vuelta, Rick y Tontolaba le contaron una y otra vez el falso parto mientras él se reía como un loco y le acariciaba cariñosamente la rodilla a Katy.

Aquella noche, cuando se acostaron, Katy quiso disculparse por haberle dado un susto, aunque también les había proporcionado a todos una anécdota divertidísima.

—No, soy yo el que te pide disculpas —dijo Ben—. Cuando Rick no te creyó, yo tenía que haberte apoyado. Sé muy bien que eres capaz de robar cualquier cosa que te propongas.

—¡Estarás muy orgulloso! —rio Katy.

—Yo siempre estoy orgulloso de ti —dijo Ben, poniéndose serio—. Más de lo que te imaginas.

Se acercó a Katy y le dio un beso que olía a cerveza. Luego se giró y se durmió enseguida.

Katy se quedó tumbada mirando al techo y rememoró satisfecha su actuación. Qué alivio comprobar que el embarazo no le había trastocado del todo la personalidad. La auténtica Katy

Chapman seguía viva, todavía era capaz de cualquier cosa. Estaba rendida de cansancio. Poco a poco se hundía en el sueño, y lo único que debilitaba su renovado espíritu de lucha era la invitación de Alison. Mañana encontraré la manera de resolverlo, se prometió. Mañana tacharé de mi vida a Matthew y empezaré los preparativos para traer al mundo al hijo de Ben.

Capítulo 11

Matthew llevaba dos horas sentado en su butaca de ejecutivo de cuero negro, mirando inexpresivo una hoja de cálculo sin nada escrito en su ordenador. De vez en cuando, llevaba las manos al teclado como si fuera a escribir, pero en el último momento volvía a apoyarlas en los confortables reposabrazos de su butaca. Alison entraba de vez en cuando para pedirle su opinión acerca del menú que pensaba ofrecer a los invitados en la cena del sábado. Estaba muy emocionada ante la oportunidad de enseñarles la casa a sus primeros invitados. De hecho, en cuanto llegaron a casa después de la clase, Alison se enterró en su fortaleza de libros de cocina escritos por chefs famosos. Y fue precisamente ver a esos chefs sobrealimentados sonriendo con satisfacción en las portadas de unas revistas que eran como un pasaporte a la aceptación social lo que llevó a Matthew a retirarse a su sanctasanctórum.

Cada vez que Alison asomaba la cabeza, él se apresuraba a inclinarse sobre un ejemplar de *Normativa del Impuesto sobre la Renta*, volumen 6, y le pedía que no le molestara otra vez.

A las 11:04, seleccionó con el puntero una casilla en la hoja de cálculo, arriba de todo, y escribió el nombre de Katy. Luego se apresuró a borrarlo.

No lo entiendo, se dijo a sí mismo entre dientes. Por lo general esto le ayudaba a despejarse. Una bonita hoja de cálculo bien diseñada, y toda su torpeza se transformaba en agilidad y claridad mental.

Fue Alison quien le descubrió a Matthew esta capacidad para alterar la mente. Cuando empezaron a salir, le horrorizaba que su novio no supiera dónde estaría al cabo de diez años, que no tuviera planes en ninguna área de su vida. Pero al final sacó partido a esa indecisión, y ella misma se encargó de convertirle en el hombre que podía ser.

Una tarde en que Matthew la fue a buscar para llevarla al cine, Alison lo hizo entrar en la cocina. Con la ayuda de unas hojas A3 y unos cuantos marcadores de colores, entre zalamerías y palabras de ánimo, logró que Matthew planificara qué hacer con su vida. Cuando acabaron, Matthew estaba exhausto y un poco alterado, porque había reconocido ante Alison cosas que ni siquiera había reconocido ante sí mismo.

Dos días más tarde, le llegó por correo un precioso gráfico impreso que llevaba por título «El plan de Matthew», con líneas cronológicas y una lista de tareas. Alison logró que todo pareciera muy sencillo, tan sencillo que a la mañana siguiente él mismo llamó por teléfono a una academia

donde impartían cursos nocturnos de contabilidad y pidió que le enviaran un folleto. También llamó al tipo que dormía temporalmente en su sofá y le comunicó que a partir del fin de semana ya no podría seguir durmiendo gratis allí. La sensación de resolver problemas era tan agradable que Matthew empezó a planear gráficos en las hojas de cálculo del ordenador para todo tipo de temas. ¿Qué tipo de trabajo aceptaría cuando fuera contable? ¿Qué criterio seguir a la hora de elegir su primer coche de empresa? ¿Cómo pedirle a Alison que se casara con él? ¿Cómo pagarían un número ilimitado de tratamientos de fertilidad? Tenía todos los gráficos archivados en su disco duro, bajo el título de «Esta es tu vida, Matthew Chesterman». Protegidos por una clave, por supuesto.

Pero esta noche, la magia de las hojas de cálculo no funcionó. Sus poderes especiales no conseguían que centrara su pensamiento en el lugar adecuado. En el fondo, sabía que no había nada que pudiera decidir. Katy se puso al mando y decidió que olvidarían su noche juntos. Él debería sentirse aliviado; no era necesario que diseñara una hoja de cálculo con el título de «Cómo mantener a tres niños a la vez». Pero no se sentía aliviado, ahí estaba el problema, y la maldita hoja de cálculo no le ayudaría a averiguar por qué. O tal vez no se atrevía a hacer una hoja de cálculo que se titulara «Por qué Katy me hace sentir como si el plan de Matthew fuera una mierda».

Como no tenía una hoja de cálculo realmente tranquilizadora, al día siguiente Matthew se encontró paseando arriba y abajo frente a la oficina de Katy. Estuvo así veinte interminables minutos, hasta que decidió entrar. Se acercó a la recepcionista, que tenía el pelo de color rosa y el labio atravesado de *piercings*, y le dijo que quería ver a la señorita Chapman. La chica habló a través de los auriculares con Louise, la asistente personal de Katy, y la convenció de que dejara entrar a Matthew en el despacho. Allí esperaría tranquilamente a que Katy saliera de la reunión. Además, Louise le sirvió un café con leche descafeinado de la estupenda máquina de café que tenía detrás de ella.

El despacho de Katy estaba repleto de objetos personales. Matthew se sentó frente a una imagen de Patrick Swayze en los tiempos de *Dirty Dancing*: era un póster de la revista *Smash Hits*, con un marco dorado. Recordaba este mismo póster en la habitación de Katy, muchos años atrás. Desde que había vuelto a encontrarse con su antigua novia, Matthew no hacía más que recordar aquellos años de juventud. Y lo que le inquietaba era que no estaba seguro de si al chico que fue le gustaría el hombre que era ahora.

Se sobresaltó al oír el móvil que llevaba en el cinturón. En la pantalla apareció el nombre de Ian.

—¿Qué quieres? Ahora estoy ocupado —susurró Matthew. No quería que Louise, al otro lado de la puerta, le oyera.

—¿Dónde estás? Suenas un poco raro.

—¿En serio quieres saberlo? —susurró Matthew.

—Vamos, me has despertado la curiosidad. Claro que quiero saberlo. Pero si has vuelto sin mí a ese nuevo club de alterne para echar un polvete, tendré que matarte.

—Te aseguro que no estoy en ningún club de alterne.

Louise levantó la cabeza. Era evidente que le había oído. Matthew se volvió de espaldas a

ella, haciendo lo posible por que pareciera un movimiento casual.

—Vale, así que no estás en un club de alterne. ¿Estás con alguna palomita atractiva? —preguntó Ian.

Matthew contempló el frailecillo disecado que estaba sobre la mesa de Katy y que desde el primer momento parecía mirarle con desaprobación.

—Podemos decir que tengo una palomita cerca, sí —reconoció.

—Interesante. ¿Está desnuda?

Matthew dirigió la mirada al archivador del rincón, donde reposaba el busto en yeso de la abultada tripa y los pechos de Katy. Sabía que era de ella porque en el pedestal había una placa con el nombre y, curiosamente, su nueva medida de sujetador.

—¿Sigues ahí? —preguntó Ian—. Vamos, contesta a mi pregunta. Me divierte mucho este juego.

—Bueno, digamos que en este preciso momento puedo ver alguna desnudez, sí —dijo Matthew, lanzando una mirada inquieta a Louise por encima del hombro.

—Uau. Y solo son las once y media de la mañana. Qué fiera, Matthew. ¿Quién es ella? Vamos, dintelo. ¿Estás mirando a Sue, de contabilidad? A través de la ventana rota de los lavabos del segundo piso podemos verla cuando se quita la camiseta sudada de la bici.

—No, no es ella.

—Entonces, ¿quién es? Dímelo antes de que me estalle la cabeza —insistió.

—Bueno, de hecho estoy mirando las tetas de Katy... —empezó Matthew.

—¿Katy? ¿Te refieres a la Katy que yo conozco, a esa preciosidad? —le interrumpió Ian.

—Cállate, Ian. Esto está fuera de lugar.

—¿Fuera de lugar? Será para ti, que estás mirándole las tetas.

—No son sus tetas de verdad. Mira, estoy en su despacho, ya te explicaré por qué, y tiene un busto de ella embarazada, desnuda.

—Uau. Espera un momento a que asimile lo que me estás diciendo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Vale. Ya me imagino la escena. Ahora concéntrate porque la pregunta que te voy a hacer es importante. ¿Estás solo en el despacho? —preguntó Ian.

—Ejem, sí. Katy no me esperaba, de modo que estoy esperando a que salga de una reunión.

—Bien. Entonces dime si lo has hecho.

—¿Si he hecho qué?

—Ya lo has hecho, ¿verdad?

—¿Hacer qué?

—Ya sabes, tocarle las tetas.

—No, nada de eso —dijo Matthew un poco azorado.

—Oh, venga ya. Ningún hombre que se encuentre solo en una habitación con un objeto inanimado en forma de mujer desnuda puede resistirse al impulso de manosearle las tetas.

—No todos los hombres son como tú, Ian.

—No digas tonterías. Lo que pasa es que yo tengo las narices de decir lo que los demás piensan —dijo Ian—. Vamos. ¿No te gustaría comprobar por lo menos si sus tetas son diferentes, ahora que está preñada?

Matthew miró disimuladamente por encima del hombro para comprobar si Louise estaba

husmeando. La silla estaba vacía.

—Vamos, Matthew, ¿eres un hombre o una máquina? Un toqueo rápido. Hazlo por los chicos. No te lo perdonaré si no lo haces —insistió Ian.

—Oh, por el amor de Dios. —Matthew se acercó al busto de yeso y tomó el seno izquierdo con la mano ahuecada—. Ya lo estoy haciendo, ¿vale? ¿Estás satisfecho? —bramó por el móvil.

—Desde luego, totalmente satisfecho —dijo una voz insinuante desde la puerta del despacho.

—¡Mierda! —Matthew retiró rápidamente la mano del busto, y el móvil se cayó al suelo.

—¡A que es una maravilla! —dijo sin inmutarse el desconocido. Con una mano se apoyaba en el marco de la puerta y tenía la otra mano en la cadera—. Me halaga sobremanera ver que un espécimen tan hermoso como tú aprecia mi obra. Me llamo Daniel, por cierto. Soy el genio que ha creado este objeto que estabas admirando.

—Hola, yo soy Matthew. Lo siento mucho, es que...

—¿Has dicho Matthew? —preguntó Daniel.

—Sí, Matthew. Estoy esperando a Katy.

—Entiendo. —Sin molestarse en disimular, Daniel repasó a Matthew de arriba abajo—. Estoy impresionado —dijo finalmente—. Katy no me había dicho que fueras tan guapo.

Se hizo un silencio incómodo, interrumpido únicamente por los graznidos de Ian desde el móvil, tirado en el suelo. Entonces Katy hizo su aparición.

—La directora de marca de Crispy Bix es una hija de puta —declaró, a título informativo para Daniel.

Katy se quedó de piedra al ver a Matthew, que seguía junto al busto desnudo de escayola. Miró con inquietud a Matthew, luego a Daniel, luego el busto.

—Matthew, ¿qué demonios haces aquí?

—Estaba admirando el obsequio que te hicimos —dijo Daniel con una sorna petulante—. Algunas personas saben apreciar el arte, Katy.

—No, en realidad no hacía nada —dijo Matthew—. Quería comprobar de qué material estaba hecho. Tiene una textura muy interesante, realmente interesante. Me tienes que explicar cómo lo has hecho, Daniel.

—En realidad estaba tocándote los pechos —le dijo Daniel a Katy—. Como si eso no le hubiera traído ya suficientes problemas la última vez.

—¡Daniel! —exclamó Katy.

—Bien, me voy, que tengo prisa. Tengo que colarme en algunas reuniones —dijo Daniel. Antes de marcharse se dirigió a Katy—: Luego hablaremos.

Katy cerró la puerta en cuanto Daniel se fue.

—Dios mío, ¿por qué se lo has dicho?

Matthew se apartó del busto de yeso y recogió su móvil del suelo.

—Bueno, tenía que decírselo a alguien. Y a pesar de las apariencias, me fío de él.

—¿En serio? A mí me pareció el típico gay cotilla y malicioso —dijo Matthew. Se sentó en el borde de la mesa, haciendo que el frailecillo se tambaleara peligrosamente. Katy se apresuró a inmovilizarlo.

—Cuidado con Gloria —dijo.

—¿Gloria? ¿De modo que tiene nombre? ¿Puedes decirme por qué tienes un frailecillo disecado en tu despacho, Katy?

—Lo robamos ayer noche.

—¿Quiénes?

—Ben, un par de amigos suyos y yo.

Matthew se quedó mirándola en silencio.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Katy.

Pero Matthew se había quedado sin palabras.

—Matthew, ¿por qué me miras con esa cara de disgusto? —preguntó Katy.

Acababa de ver un libro de Gina Ford, la autora estrella del cuidado infantil, sobresaliendo de su maletín. Matthew volvió a guardar rápidamente *El Libro del Bebé Feliz*.

—Alison me lo ha dado esta mañana para que durante la hora del almuerzo pueda aprenderme de memoria los cuidados básicos de las primeras seis semanas —explicó.

—Fantástico —dijo Katy—. Una excelente idea. Pero, por favor, borra esa expresión de decepción.

—No estoy decepcionado por tu culpa —dijo Matthew, apartándose de ella unos pasos—. Lo que me entristece es que para mí sería totalmente imposible hacer algo así como robar un frailecillo disecado.

Katy no sabía qué decirle.

Matthew giró sobre los talones y se quedó de cara a ella.

—Yo también habría podido robar un frailecillo disecado, ¿verdad? Quiero decir, de joven. Entonces era un chico divertido, ¿no? —En su voz se detectaba un tinte de desesperación.

—No creo que tengas que evaluar tu vida por tu habilidad para robar frailecillos disecados —dijo Katy. No entendía por qué Matthew estaba tan alterado.

—Es que desde que me levanto por la mañana no hago más que hablar de los jodidos impuestos, y cuando llego a casa hablo de cuidados del bebé y sobre si deberíamos bañarlo a las 5:45 o a las 6 de la tarde, o cualquier otra estupidez así.

Se quedó un rato callado, sumido en sus pensamientos, mientras Katy jugueteaba con sus papelitos de notas.

—Y en mi despacho ni siquiera tengo una planta, y ni hablar de un frailecillo disecado, un busto de mí mismo desnudo o una foto de Patrick Swayze —dijo, señalando el viejo y gastado póster.

—Bueno, Patrick Swayze siempre me gustó —dijo Katy en voz baja.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —Matthew golpeó la mesa con la mano, haciendo que tanto Katy como Gloria dieran un brinco—. Ele estado recordando aquel viaje a Devon, cuando me obligaste a escuchar todo el camino la cinta de *Dirty Dancing*.

—No te obligué —protestó Katy—. ¡Si cantabas las canciones a voz en grito!

—Ya lo sé, Katy. Por eso mismo. Ahora ya nunca canto. ¿Qué me ha pasado? —Matthew se desplomó en la silla con aire derrotado. Empezaba a pensar que «El plan de Matthew» tenía importantes lagunas.

—Pues canta ahora —dijo Katy.

—¿Cómo dices?

—Canta ahora.

—No digas tonterías.

—Oh, Matthew, por el amor de Dios. Te quejas de que ya no cantas nunca y ahora no quieres

cantar. Venga, cantaremos juntos.

Katy se levantó, carraspeó y, sacando con orgullo su abultada tripa, se lanzó a una interpretación bastante lamentable de los primeros compases de «*I've Had the Time of my Life*».

Matthew se vio de nuevo sentado en el Rover de su padre, con las ventanillas abiertas, el viento en la cara y la música a todo trapo. Tenía la mano apoyada sobre la rodilla desnuda de Katy, que cantaba a voz en grito.

No pudo evitar reírse cuando Katy, que poco a poco iba recordando la letra de la canción, empezó a moverse un poco con el estribillo.

—Venga, no seas tímido. Canta conmigo —le dijo Katy entre una y otra estrofa.

Matthew empezó a canturrear el estribillo, y se sorprendió al comprobar que se acordaba de la letra. Cuando acabaron, Katy se desplomó riendo en la butaca.

—Sigues cantando tan mal como antes. Es una suerte que ya no lo hagas. Bueno, ¿qué hacemos con la invitación a cenar? —añadió, mirando el reloj—. Porque supongo que es por eso por lo que has venido.

—¿Cómo? Ah, sí, claro. Había venido para eso —dijo Matthew, haciendo un esfuerzo de concentración—. Te parecerá extraño, pero el caso es que Alison está muy ilusionada. Anoche, nada más llegar a casa cogió los libros de Gordon Ramsay y ya ha planificado el menú. Desde que llegamos aquí, nunca la había visto tan contenta. No permitirá que te libres, créeme. Cuando Alison muere algo, no hay forma de que lo suelte. Ya sé que es una situación que llama al desastre, pero te pido que lo hagamos. La vida es mucho más fácil para mí cuando Alison está contenta.

—Dios mío, Matthew, creo que nos estamos arriesgando demasiado.

—Ya lo sé. Pero si esto ayuda a que ella se relaje será un alivio, créeme. Es una locura, y no puedo creer que te lo esté pidiendo, pero dime que vendréis, por favor. No quiero ni pensar en lo que pasará si le das una excusa.

—Supongo que sabes que no podemos ser amigas —dijo Katy lentamente.

—Ya lo sé, pero a lo mejor esto la anima a hacer un esfuerzo por hacer amigas, en lugar de obsesionarse con los bebés. Aunque no sea contigo. Por favor, venid esta vez y te prometo que nunca, nunca... —Pero no acabó la frase.

De repente se levantó de la silla y se dirigió hacia Katy.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

Matthew rodeó el escritorio, se acercó al panel colgado en la pared y miró atentamente la foto del escáner que Katy había enganchado allí. Sin poder evitarlo, levantó la mano y tocó la foto. Trazó suavemente con los dedos la silueta del bebé, al igual que había hecho con los gemelos. Fue como si se detuviera el mundo, o como si girara más despacio, por lo menos.

—¿Es el bebé?

Katy lo miró asustada.

—Sí —dijo en voz baja.

Matthew tragó saliva.

—Tengo que irme —murmuró, clavando la mirada en los ojos de Katy—. Hasta el sábado.

Rápidamente, volvió a rodear la mesa, recogió su maletín y salió del despacho sin volver la vista atrás.

Capítulo 12

Cuando llegó el día de la cena, Katy decidió que en lugar de pasarse horas preocupándose iría a comprar cosas para el bebé. Para su sorpresa, Ben mostró un cierto entusiasmo, de modo que se pusieron en marcha hacia el almacén de artilugios infantiles, fuera de la ciudad. Iban armados con la lista de Louise, quien no podía creer que Katy estuviera tan escasamente preparada.

—Qué bien. Hay un Currys —dijo Ben nada más salir del coche—. Necesito pilas para la cámara; quiero hacer algunas fotos divertidas en la despedida de soltero. Será un momento, cariño. Empieza tú, yo no tardaré mucho.

Y salió pitando sin darle tiempo a protestar. Katy, con su tripa, no hubiera podido alcanzarle, de modo que exhaló un suspiro de resignación y contempló la megatienda de cosas para el bebé. Recordó lo nerviosa que se ponía cada vez que entraba a comprar un regalo. Le inquietaba ver a tantas preñadas jumás; era como si hubiera aterrizado en un planeta donde solo hubiera embarazadas. No pudo evitar un estremecimiento. Haciendo un esfuerzo, entró en la tienda.

Empezaría por la ropa. Comprar ropa le gustaba, llevaba prácticamente toda la vida haciéndolo, pensó. Pero su confianza se esfumó ante la primera decisión: el tamaño. ¿Ropa para recién nacido o para 0-3 meses? ¿Acaso no era lo mismo? ¿Qué diferencia había? ¿Por qué ella no tenía ni idea? ¿Se habían confabulado para confundirla? Miró asustada a su alrededor, pero solo vio decenas de futuras mamás que iban de un lado a otro con total tranquilidad. Metió apresuradamente unas cuantas prendas de cada en el carrito y decidió probar con otra cosa más fácil.

Consultó su lista. Vigilabebés. Parecía sencillo. Inspiró profundamente y, ya más tranquila, se dirigió a la sección de seguridad.

¿Qué broma es esta? Katy contempló estupefacta las hileras y más hileras de aparatos intercomunicadores, que parpadeaban como aliens maliciosos. Dada la sofisticación tecnológica, parecía que el bebé fuera a cantar por lo menos un popurrí de canciones de los Beatles antes de dormirse. Cogió un aparato de la estantería del medio con mano temblorosa y leyó la publicidad de la etiqueta. Pero era como si estuviera escrita en chino. Se apresuró a ponerlo de nuevo en la repisa y regresó lentamente al santuario de la ropa de bebé.

Al cabo de una hora y diez minutos, Katy estaba sudorosa, confundida, enfadada y

desconsolada. Llevaba casi media hora luchando a muerte con el cochecito Templeton Deluxe Travel System, y se sentía tan frustrada que le arreó un buen puntapié a escondidas. La vendedora hizo que pareciera muy sencillo; con un simple giro de muñeca transformó aquella maraña de cromados y colgajos de lona en un cochecito de aspecto sólido, aunque sofisticado.

La vendedora volvió a acercarse a Katy.

—¿Qué le parece este? —Señaló un cochecito que parecía una fiambarrera sobre ruedas—. Es muy sencillo de usar, sobre todo cuando no tienes a un hombre que se ocupe de meterlo y sacarlo del coche.

Katy se quedó boquiabierta. ¿Cómo se atrevía a dar por hecho que era una madre soltera...? Se dijo que Ben estaba a punto de llegar, y lanzó una enésima mirada desesperada a la puerta.

Para calmarse, se sentó en el borde del expositor con la mirada perdida. Una pareja bien vestida se acercó a mirar los cochecitos.

—No puedo creer que hace apenas veinte minutos estuviéramos vendiendo tu coche descapotable y ahora nos encontremos aquí comprando un cochecito —dijo la mujer, que lucía una tripa considerable—. Esto nos cambiará totalmente la vida, ¿no? —dijo. Parecía tan asustada como Katy.

El hombre le pasó un brazo sobre los hombros.

—Tienes razón, pero ahora mismo no me cambiaría por nadie en el mundo. ¿Y sabes qué? Claro que me gustaba el descapotable, pero seguro que este cochecito nos gustará mucho más, sobre todo cuando tengamos a nuestra princesita dentro.

Ante la mirada hipnotizada de Katy, el hombre y la mujer se miraron sonrientes y se dieron un beso bastante apasionado; sobre todo teniendo en cuenta que era sábado por la tarde y estaban en medio de unos almacenes de artilugios para bebés. Cuando acabaron de besarse, el hombre sacó unos papeles del bolsillo.

—Bueno —dijo—. Anoche, cuando te fuiste a dormir, imprimí esta información que encontré en internet. Pensé que nos ayudaría a tomar una decisión. Según la web que consulté, el mejor cochecito es...

Katy se dio media vuelta y miró en dirección a la puerta. Ya no podía ver ejemplos de parejas perfectas. Ben seguía sin aparecer.

Haciendo un esfuerzo, se levantó y se encaminó a la caja de salida tragándose las lágrimas que pugnaban por brotarle. En mitad de la facturación, la cajera se inclinó hacia ella y le tendió un pañuelo de papel.

—Son las hormonas —dijo amablemente—. Es muy habitual.

Llena de vergüenza, Katy metió las bolsas en el carrito todo lo rápidamente que pudo y salió de la tienda como alma que lleva el diablo. Cuando salía por las puertas automáticas estuvo a punto de chocar con Ben.

—Dios mío, ¿qué te pasa? ¿Se ha escapado un tigre salvaje? —preguntó Ben.

Katy se echó a llorar.

—¿Dónde demonios te habías metido? —dijo entre hipidos, procurando no hiperventilar.

—Vale, cálmate —dijo Ben sonriendo—. ¿No han sido amables contigo las otras embarazadas?

—¡Basta! —gritó Katy—. Basta ya —repitió enfadada. Tan enfadada que se había puesto roja de ira. Ben la miró sorprendido. Normalmente no se enfadaban—. No necesito que hagas bromas,

¿vale? No necesito que bromees.

Ben se puso serio.

—De acuerdo —dijo—. Entonces, ¿qué necesitas? —preguntó lentamente.

—No lo sé —dijo Katy desesperada—. Pero nada de bromas. Necesito..., necesito... que estés ahí de vez en cuando. Como ahora, cuando intentaba montar un estúpido cochecito de bebé. —Sollozó, mirando al suelo.

—Ya entiendo —dijo Ben—. Me necesitas. Eso sí que es una novedad.

—Bueno, ya sabes. De vez en cuando —contestó Katy.

Se quedaron un rato mirando al suelo, sumidos los dos en sus pensamientos, hasta que Ben le sacó suavemente el carrito de las manos y lo llevó hasta el maletero.

Aquella noche soplaba un aire helado. Entre la lluvia, la oscuridad y la ventolera, que hacía que todo crujiera y golpeará, parecía el principio de una película de terror.

Katy sintió un escalofrío cuando Ben entró en el coche y se iluminó la cara con la linterna.

—No te acerques al páramo, chiquilla, no te acerques al páramo hoy —canturreó Ben, enfocándola con el haz de luz.

Katy le apartó de un manotazo.

—Aparta eso, Ben.

Ya se le había pasado un poco la angustia que sintió en la tienda. Durante el viaje de regreso, Ben se excusó insistentemente. Se había encontrado con un colega que trabajaba en Currys y le podía hacer un descuento. Katy hizo un gran esfuerzo por no enfadarse con él; iba a necesitar mucha energía positiva para soportar la cena con Matthew y Alison.

Ben puso la radio para enterarse de lo que había ocurrido en el mundo del fútbol, pero Katy seguía luchando contra la imagen de Alison cortándola en pedazos con un hacha mientras Matthew cavaba una tumba para ella en un tupido bosque en mitad de ninguna parte.

—Menuda mierda. Son todos unos inútiles —declaró Ben. Pulsó varias veces el botón del dial en busca de una emisora donde dieran buena música.

—Déjalo, ¿quieres? —dijo Katy.

—Lo siento. —Ben se hundió enfurruñado en el asiento.

Se hizo un incómodo silencio hasta que volvió a hablar.

—Bueno, no sé tú, pero yo por lo menos estoy dando botes de emoción ante la idea de volver a ver a don Aburrido y doña Más Aburrida Todavía. Me pregunto cuánto tiempo nos llevará visitar la famosa habitación de los niños. La conozco tan bien como si la hubiera decorado. *Lady Alison* nos la ha descrito en detalle.

—No me lo recuerdes —dijo Katy. Solo de pensarlo se le encogía el corazón—. Voy a tener complejo de inferioridad.

Ben se incorporó en el asiento.

—Nada de eso, Katy. Escúchame. Tú no serás una de esas mamás obsesivas que convierten a sus hijos en asesinos en serie. Serás divertida y cachonda, y este bebé te adorará por eso.

Katy se permitió una sonrisa.

—¿Sabes una cosa, Ben? Creo que ha sido lo más bonito que me has dicho en tu vida.

—La verdad es que hago lo posible por ser amable —dijo—. En serio, lo intento —insistió,

cuando Katy lo miró de reojo—. Bueno, ¿a dónde demonios vamos? —preguntó, cambiando de tema.

—Tiene que ser aquí a mano derecha.

Ante ellos apareció una casa nueva y de gran tamaño. Ben dio un largo silbido de admiración.

—¡Uau! Menuda chabola. Desde ahora no la llamaremos *lady* Alison, sino *lady* Alison del castillo —dijo Ben.

Las ruedas del coche hicieron crujir la grava del camino de entrada. Unos faroles de hierro fundido se encendieron automáticamente y los recibieron con un baño de luz anaranjada. La puerta de la entrada, de un negro brillante, estaba flanqueada por dos arbolitos perfectamente recortados que montaban guardia en sus brillantes macetas de cobre. Un imponente picaporte de latón contribuía a dar un efecto de restaurante de lujo, más que de casa familiar.

Ben ayudó a Katy, que con aquella tripa parecía a punto de explotar, a salir del coche.

—Esto es más grande que el colegio —dijo—. Deben de estar forrados. Tal vez deberíamos estrechar lazos con ellos. Podríamos obtener pingües beneficios.

—Deja, ya te ayudo. —Matthew apareció de repente junto a Ben y tomó a Katy de la mano.

Katy dio un brinco y retiró la mano de inmediato. Desde la noche que pasaron juntos no habían vuelto a tener contacto físico.

—Estoy embarazada, no inválida —dijo.

—Claro. Lo siento —dijo Matthew—. Rápido, entrad. No os mojéis.

Se apresuró a abrirles la pesada puerta negra, que daba a un vestíbulo de techos altísimos.

—¿Os importa quitaros los zapatos? Acabamos de poner las nuevas alfombras —dijo, en cuanto Katy atravesó el umbral.

Katy lo miró pensando que bromeaba, pero era evidente que Matthew hablaba en serio. A ella no le gustaba que los anfitriones le pidieran que se descalzara. Consegüían que se sintiera como una mierda. Se descalzó de un puntapié; no pensaba rebajarse a colocar los zapatos en el zapatero del vestíbulo.

—¿Seguro que Al preferirá ver mis apestosos calcetines agujereados? —Ben levantó el pie izquierdo y mostró un calcetín con un agujero por donde asomaba el dedo pulgar.

Matthew no le hizo ningún caso.

—Entrad. Alison está en la cocina, acabando de prepararlo todo.

—Eh, colega —dijo Ben, cuando entraron en el salón—. ¿Por qué no me enseñas ese programa antes de que esté tan borracho que no pueda apreciar el pedazo de historia que tengo en mis manos?

—Sí. Tal vez sería mejor —dijo Matthew. Parecía que acabara de darse cuenta de la presencia de Ben—. Acompáñame al despacho y te lo enseño. Ahora volvemos, Katy.

Katy se quedó sola en mitad del salón, que medía casi 8 metros de largo, sin saber qué hacer. Miró con calma a su alrededor y admiró el precioso diván de asiento bajo, con cojines de ante color camel colocados simétricamente en cada esquina. Luego se fijó en la lámpara vanguardista que se cernía graciosamente sobre la mesa baja, convenientemente avejentada; era la misma que había visto en una tienda de diseño en Leeds. Un elegante equipo Hi-Fi marca Bose reposaba sobre una repisa de cristal y emitía sonidos relajantes. Fue al otro extremo del salón y acarició las cortinas de seda cruda color chocolate que pendían de un grueso poste de madera. Con cuidado, las abrió un poco para atisbar el cuidado césped, perfectamente iluminado. Regresó al centro del

salón preguntándose qué más podía espiar cuando se fijó en los dos enormes candeleros que flanqueaban la obligatoria hilera de fotos sobre la repisa de la chimenea.

Inspiró profundamente.

Aquí estaba la vida de Matthew, la que no había vivido con Katy, sino con Alison. Una vida resumida en las seis fotografías, todas con sus discretos marcos de plata cromada.

Katy se acercó lentamente a la repisa. No estaba segura de querer ver las fotos, y tampoco sabía por qué sentía aprensión.

Las fotos eran las habituales. La joven pareja de novios en una fiesta. Su primer fin de semana de esquí. La primera foto profesional, seguramente para celebrar su compromiso. Y, por supuesto, la magnífica foto de la boda. Katy no pudo evitar analizar en cada foto la expresión de Matthew. Escrutaba sus ojos y su boca, y también su lenguaje corporal, intentando decidir si parecía feliz. Si había sido feliz en su vida post-Katy.

Se sobresaltó cuando Alison entró en el salón y colocó dos platos de comida sobre la mesa de centro.

—Siento haberte hecho esperar. Estaba acabando unos detalles.

—Bonitas fotos —comentó Katy. No se le ocurrió nada más.

—Oh, muchas gracias. Me encanta la foto de la boda. Estamos tan naturales...

Katy volvió a mirar la foto más grande, en blanco y negro. Matthew y Alison se miraban a los ojos en los escalones de lo que podría ser un castillo.

—Dime, ¿dónde os casasteis? —preguntó, aunque no estaba muy segura de querer conversar sobre el tema.

—Bueno, encontramos este magnífico castillo en Hampshire, con su propia capilla. Era el sitio perfecto. Pero nos costó mucho encontrarlo, no te creas. Estuvimos semanas visitando posibles lugares. Todavía tengo por algún lado el archivo de todo lo que visitamos. Si un día os decidís a dar el paso, ya sabes dónde preguntar. Porque tú y Ben no estáis casados, ¿no?

—No. A lo mejor nos casamos un día, quién sabe —dijo Katy, sin mirar a Alison a los ojos.

—Me preguntaba si estabais esperando a que naciera el bebé.

—No, en realidad no hemos llegado a este punto.

—Bueno, nunca se sabe. A lo mejor Ben lo tiene todo planeado y en cuanto hayas dado a luz te lo pedirá.

En aquel momento apareció Ben.

—¿Qué es lo que tengo que pedir? —preguntó.

—Estaba siendo indiscreta, Ben. Le he preguntado a Katy si pensáis casaros. Soy muy buena para organizar bodas, ¿sabes?

—No creo que esto sea asunto nuestro, Alison —se apresuró a interrumpir Matthew.

—No te preocupes, Matthew. Katy y yo no nos preocupamos por estas formalidades. —Ben se dejó caer en el sofá—. Supongo que un día nos levantaremos y diremos: sabes qué, casémonos. Somos más de dejarnos llevar por el momento, de improvisar sobre la marcha, ¿no es cierto, cariño?

—Así es —dijo Katy, intentando no mirar a Matthew—. Totalmente cierto.

—Dios mío, Al. ¿Esto es la cena? —preguntó Ben—. A este paso tendremos que pararnos en un chino de camino a casa —le susurró a Katy.

—No, no, solo son unos aperitivos antes de cenar.

—Te estaba tomando el pelo, Al. Bueno, ¿podemos empezar? Me muero de hambre. —Ben cogió uno de los platos y empezó a comer.

Tras media hora de charla insustancial que a todos les resultó incómoda, Alison anunció por fin que la cena estaría lista en diez minutos.

—¿Qué tal si os enseño ahora la habitación de los bebés? —preguntó Alison.

Katy y Ben se miraron. A ella le horrorizaba la idea. Ben se encogió de hombros.

—Encantado —dijo—. ¿En qué ala está?

Siguieron a Alison al piso de arriba.

—Es una casa ridículamente grande, ¿verdad? Matthew obtuvo unas condiciones tan ventajosas cuando le hicieron socio de la empresa que nos lo pudimos permitir.

—Vaya, tío. Eres un buen partido, ¿no?

—Lo es ahora —dijo Alison, con una sonrisa de orgullo—. Antes no lo era. Tendrías que haber visto el desastre que era su vida cuando le conocí.

Katy empezaba a sentirse muy rara. Tenía náuseas y sudores. No se encontraba bien.

—Bueno, aquí está nuestro nido —anunció Alison al abrir la puerta del cuarto.

Katy se quedó boquiabierta. Nunca en su vida había visto una habitación tan bonita. Decorada en verde y crema, inspiraba tal sensación de calma y serenidad que le dieron ganas de ponerse a dormir sobre la alfombrita de piel de oveja que había en el centro de la habitación. Estaba tan impresionada que tardó un rato en acercarse a las preciosas cunitas, colocadas bajo el ventanal en arco al otro lado de la habitación. Las cunas estaban tapadas por una delicada cortina de gasa que caía en cascada del dosel, creando una fantástica sensación de protección. Katy se asomó a las cunitas y se le llenaron los ojos de lágrimas al ver que dentro de cada una había un osito verde de peluche que esperaba pacientemente la llegada de su dueño. Oyó que Alison le hablaba, pero era incapaz de concentrarse. Despacio, se dio media vuelta y vio una mecedora antigua de roble, con un bonito almohadón de *patchwork* sobre el asiento. No pudo resistir la tentación de acercarse y acariciar la suave madera del respaldo. Luego se acomodó en la mecedora y se meció con los ojos cerrados.

Dejó vagar sus pensamientos hasta que una idea la sobresaltó. Recordó la habitación de su apartamento, blanca y vacía, con cajas de cartón amontonadas en un rincón, y en el otro la bolsa que contenía el cochecito y las demás compras realizadas apresuradamente en el centro comercial.

Entonces comprendió disgustada lo que le pasaba: estaba celosa. Y además, una vivida imagen se proyectó en su mente: la de un granero convertido en una preciosa vivienda, con un rosal trepador junto a la puerta de entrada, donde ella, Matthew y dos niños saludan con la mano.

Agitó las piernas para levantarse de la mecedora, pero al parecer su tripa había encontrado el lugar perfecto para descansar y no tenía ganas de moverse. Matthew acudió a rescatarla; la tomó de la mano con suavidad y le pasó el brazo por los hombros. Era su segundo contacto físico en una tarde.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. Estás un poco pálida. ¿Quieres que te traiga algo?

—No, estoy bien. Estoy perfectamente —le dijo Katy, mirándolo con ojos como platos—. Vamos a comer, me muero de hambre —añadió, y salió rápidamente de allí.

Desde las escaleras podía oír a Alison parlotando, pero ella solo podía pensar en cómo

escapar cuanto antes de esta pesadilla para no tener que ver a Matthew nunca más.

Capítulo 13

— **T**enemos ensalada de rúcula, hinojo, berro y pera. Espero que os guste —dijo Alison. Les sirvió el primer plato en unos delicados recipientes blancos, que desde luego no habían sido comprados en IKEA.

Ben contempló con desconfianza el plato de hierbas que le acababan de servir. Cogió el tenedor, inspiró profundamente y atacó su ensalada.

—Encuentro que el embarazo hace que sea muy difícil elegir primeros platos, ¿no te parece, Katy? Todo tiene marisco, embutido o queso curado —dijo Alison.

—Yo normalmente acabo tomando sopa, y odio la sopa —dijo Katy en tono de tristeza.

Se hizo un incómodo silencio.

—La sopa es un tema terrible. Mata todas las conversaciones —dijo Ben—. Debería estar prohibido hablar de sopa o de muerte durante las comidas.

Alison miró fijamente a Ben antes de dirigirse a Katy para plantearle una pregunta.

—Dime, Katy. ¿Piensas darle el pecho o el biberón?

—Se me olvidó añadir la lactancia —murmuró Ben.

—La verdad es que no lo sé todavía. Depende de lo que prefiera el bebé, supongo —dijo Katy, dándole un puntapié a Ben por debajo de la mesa.

—Nosotros lo hemos hablado, ¿verdad, Matthew? Y hemos decidido que aunque yo prefiero darles el pecho, con dos bebés puede resultar agotador, de modo que me he comprado un sacaleches. He comprado uno electrónico de alta gama. Al parecer, es cansado extraer la leche.

Ben reaccionó enseguida.

—¿Sacaleches? ¿Quieres decir que hay un aparato para ordeñar los pechos?

—Sí, claro —respondió Alison—. Ahora que las mamas trabajan se han hecho muy populares.

—Pero ¿cómo funcionan?

—Bueno, hay una parte que se acopla al pecho, y funciona con un motor. La copa succiona del pezón, igual que la boca del bebé —dijo Alison—. Es higiénico, porque todos los componentes se pueden esterilizar.

Ben tenía una expresión de disgusto.

—Oh, no dudo que sea higiénico. Lo que me revuelve el estómago es pensar en que las mujeres os conectéis a una máquina de ordeñar. Es un poco raro..., ¿no os parece?

Nadie respondió.

—Venga, no me miréis así. A los hombres nos cuesta aceptarlo. Estamos programados para fantasear con el cuerpo femenino, ¿verdad, Matthew? Desde muy jóvenes nuestro sueño es ver pechos femeninos de verdad, y ya no digamos tocarlos. Luego con los años nos vamos familiarizando con el cuerpo femenino, y de repente, justo cuando piensas que ya está, zas, resulta que tienes que olvidarte de todo porque te ves sustituido por un bebé, que no tiene ni idea de lo afortunado que es, o peor aún, por una maldita máquina. Y será la máquina la que podrá tocar las tetas de tu mujer, no tú.

Matthew, Katy y Alison miraban estupefactos a Ben.

—La ensalada estaba riquísima, Alison. ¿Qué te parece si pasamos al segundo plato? —dijo por fin Katy, deseosa de terminar la velada cuanto antes.

Alison se levantó inmediatamente.

—Por supuesto. Matthew, ayúdame a retirar los platos.

En cuanto sus anfitriones se metieron en la cocina, Katy se dirigió a Ben.

—Deberías aflojar un poco, Ben.

—¿Por qué? ¿Qué he dicho?

—Esta historia sobre las tetas y la fantasía incumplida no creo que resultara muy apropiada.

—Quería romper el hielo y animar un poco la conversación. Pero el problema es que Alison se muestra muy rígida. Dios mío, esta mujer necesita relajarse. ¿Solo puede hablar de los malditos bebés? Tenemos que conseguir que cambie de tema, o me veré obligado a emborracharme.

—Shhh, ya vienen —susurró Katy—. Ten un poco de cuidado con lo que dices, por favor.

—Aquí está. Es pollo guisado a la miel con puré de chirivía y mostaza. Espero que os guste —dijo Alison.

—Tiene una pinta estupenda —le dijo Ben, con una sonrisa de oreja a oreja.

La sonrisa de Alison era glacial, pero se dulcificó un poco cuando vio el entusiasmo con que Ben hundía el cuchillo en la pechuga de pollo.

—¿Tienes planificada tu ruta para llegar al hospital, Ben? —le preguntó—. Nosotros hemos probado distintas rutas a diferentes horas del día para comprobar cuál es la más rápida.

Ben la miró con asombro, sin dejar de masticar.

—Depende —dijo.

—¿De qué depende? —preguntó Alison.

—De si tengo que ir desde casa o desde Edimburgo.

Ahora fue Alison la que se quedó asombrada.

—¿Por qué ibas a venir desde Edimburgo?

—Dentro de dos semanas tengo allí una despedida de soltero.

Alison se quedó tan perpleja que casi dejó caer los cubiertos.

—¿Vas a una despedida de soltero justo antes de que Katy dé a luz?

—Sí —dijo sencillamente Ben, dando el asunto por zanjado.

Alison cambió su línea de interrogatorio y se volvió hacia Katy.

—¿No estás preocupada, Katy? Si Matthew me preguntara si puede ir a una despedida de soltero justo antes del parto, yo le diría que no.

—Sería en Edimburgo, no está tan lejos —dijo Katy, en defensa de Ben—. Yo no le digo a Ben lo que puede o no puede hacer —añadió, con una rápida ojeada a Matthew.

La cara de Alison reflejaba estupefacción, como si acabara de llegar de otro planeta. Por fin, se levantó para recoger los platos.

—Bueno, allá tú. Espero que tengas a alguien de repuesto por si empiezan las contracciones. A mí no me gustaría estar sola en esos momentos —dijo, y se metió en la cocina.

Matthew, Katy y Ben se quedaron callados mientras se oía el leve chirrido de la puerta.

—Tiene parte de razón —dijo Matthew—. A ti tampoco te gustaría pasar por eso sola, ¿no?

—Será mejor que cambiemos de tema. No pasará nada. Faltan dos semanas —dijo Katy—. Y si empiezan las contracciones, puedo llamar a Daniel.

En realidad no tenía a nadie más, pensó preocupada.

—¿Tiene que ser Daniel? —preguntó Ben—. El tipo me cae bien, en serio, pero si es un niño preferiría darle la oportunidad de elegir el modelo adecuado.

—Pero si no vas a estar aquí no puedes elegir, ¿no? —replicó Matthew, en un tono demasiado vehemente.

Ben se quedó un poco cortado.

—Vamos, tío, pensaba que te pondrías de mi parte.

—Estoy de tu parte, pero... —Matthew hizo una pausa—. Si se tratara de mi hijo, yo haría lo posible por estar presente. —Bajó la mirada, consciente de que había hablado demasiado.

—Es mi mejor amigo. No puedo faltar. Puedo volver en tren, que tarda cinco horas, o incluso coger un vuelo de una hora. Estoy al tanto de todo, y Katy está de acuerdo. ¿Verdad que sí, cielo?

—Claro —dijo Katy. El dato de las cinco horas de tren la había dejado preocupada, pero todavía la perturbaba más lo que había dicho Matthew.

La puerta de la cocina volvió a chirriar. Alison apareció portando una gran bandeja.

—He preparado un postre muy sencillo; espero que no os importe. Es uno de mis favoritos.

Matthew se levantó a ayudarla y depositó sobre la mesa cuatro platitos de cristal, cada uno con un puñadito de bayas congeladas.

Ben dirigió a Katy una mirada interrogativa, como si le pidiera permiso para hablar. Katy lo miró con expresión burlona, preguntándose qué tramaba.

Ben miró el plato que le habían puesto delante. Cogió una frambuesa, se la metió en la boca y mordió con fuerza.

—¡Mierda! Qué fría está —exclamó, llevándose la mano a la boca.

—No, Ben. Mira, tienes que ponerte un poco de este chocolate blanco por encima —dijo Alison—. Prueba ahora.

Ben volvió a probar. Esta vez mantuvo las bayas un rato en la boca para descongelarlas.

—Muy bueno —dijo—. Supongo que hasta yo podría hacerlo.

—Cuéntame, Katy, ¿cómo era Matthew en el colegio? Me gustaría saberlo.

Estaba claro que, mientras estaba en la cocina, Alison había tomado la decisión de cambiar de tema. La desesperación de Katy aumentó unos cuantos grados. Era una situación agotadora, y ella estaba cansada. No sabía si lograría salir con vida. La imagen de Alison con un hacha en la mano volvió a acudir a su mente.

—Bueno, era un chico normal. Llevaba el pelo largo, pero entonces era bastante habitual.

—Ya lo sé. He visto esas horribles fotografías en casa de su madre. También llevaba esos horribles guantes sin dedos. Nunca pensé que había sido tan esclavo de la moda.

Katy recordó el día en que ella y Matthew estuvieron recorriendo un mercadillo en busca de

los guantes perfectos. Los necesitaban porque iban juntos a una actuación en vivo —su primera actuación para adultos— en un pub por ahí. Recordó que el local estaba oscuro, y que el aire estaba cargado y lleno de humo. Lo pasaron estupendamente.

—Pero a esa edad sigues la moda, ¿no? Forma parte de lo que significa ser adolescente —dijo Katy. Tantos secretos y tantas líneas invisibles estaban empezando a marearla.

—Es que la moda de los ochenta era espantosa —dijo Alison—. Gracias a Dios, las cosas se han calmado un poco y no tendremos que pasar otra vez por aquel horror. Pero venga, ¿no recuerdas nada más?

—¿No os besuqueabais a escondidas detrás del cobertizo? —Ben le dio un codazo a Katy en plan de broma—. Vamos, Katy, no nos digas que nunca lo intentó.

—Dios mío, no. ¡Nunca!

Katy rio como una histérica para acallar el pánico que sentía en las entrañas. Matthew se le unió con unas risotadas demasiado altas.

—Qué idiotez —dijo—. Ella no era mi tipo en absoluto.

—Un momento —dijo Ben—. ¿No os visteis el año pasado en una reunión de ex alumnos? Recuerdo que coincidía con la despedida de soltero de Paul.

—¡Qué gilipollez! —exclamó Matthew con voz aguda.

Se levantó de golpe y se derramó el café por encima de la camisa.

—Cariño, rápido, quítate la camisa. Te quemarás, y es tu mejor camisa. Rápido, ponte un poco de hielo.

Alison tiraba frenéticamente de la camisa para sacar los faldones que quedaban por debajo del pantalón. Mientras tanto, la mancha de café se extendía rápidamente.

La camisa se quedó a medio camino sobre la cabeza de Matthew. Mientras él intentaba desabrochar los botones de arriba, Alison tiraba de ella. Finalmente ganó Alison; consiguió quitarle la camisa a su marido y dejó a la vista su torso lampiño. Esto le recordó a Katy la noche que pasaron juntos, y rápidamente apartó la mirada, temiendo que Alison le leyera el pensamiento.

Matthew envolvió unos cubitos en una toalla y se los puso sobre la barriga. Un poco jadeante, pasaba la mirada de uno a otro.

—Estoy bien —resopló—. El café estaba muy caliente y me he quemado. ¿Abrimos otra botella? Alison, hay más Merlot en el soporte para botellas. Ve a buscarla mientras yo me cambio de camisa.

—¿Por qué no te pones la verde y gris topo? Está colgada en el armario —lanzó Alison mientras Matthew subía a la habitación.

La anfitriona se volvió hacia sus invitados.

—Qué vergüenza. Ahora conocéis el secreto de Matthew. Ese cupido tatuado es otro de los desafortunados recuerdos de su adolescencia. ¿A que es horrible? Dice que una antigua novia le convenció para que se lo hiciera. Hace tiempo que le digo que se lo quite. No es agradable tener delante el recuerdo de una ex, ¿no os parece?

Ben estaba inmóvil en su silla, con el ceño levemente fruncido. No respondió a la pregunta de Alison. Se limitó a mirar a Katy y a fruncir más el ceño.

Katy se encontraba mal. Le costaba respirar. Aquello era un auténtico desastre. Tenían que salir de allí cuanto antes.

—Alison, lo siento muchísimo, estoy muerta de cansancio. Ha sido una velada estupenda, pero

ahora tenemos que irnos a casa. Se me están cerrando los ojos. ¿Te parece bien que nos vayamos, Ben?

Ben asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Alison—. Ahora que podemos, tenemos que aprovechar para dormir, ¿no? Voy a traeros los abrigos.

Los tres estaban en el vestíbulo cuando Matthew bajó de su cuarto. Ben miraba al suelo con las manos en los bolsillos y el sombrero hundido hasta las orejas. Katy hacía lo posible por comportarse normalmente con Alison y le lanzaba a Matthew miradas de advertencia.

—Gracias a los dos. Ha sido estupendo. Matthew, nos tenemos que ir. Estoy muy cansada —dijo Katy, dándoles torpemente la mano a sus anfitriones.

Ben abrió la puerta y dejó que entrara el viento helado. Se marchó sin despedirse, con la cabeza baja y la barbilla hundida en el pecho.

—Adiós, adiós. —Katy salió corriendo tras él. Lo último que vio fue la expresión perpleja de Matthew.

Mierda, mierda, mierda. ¿Qué he hecho? Estúpida, estúpida, estúpida, maldijo, antes de meterse en el coche. El viento y la lluvia le parecían en aquel momento menos amenazadores que lo que le esperaba dentro del vehículo.

Katy se sentó en el asiento del conductor.

Ben no dijo nada.

Tuvo que luchar con el cinturón, que como de costumbre se resentía del perímetro de su tripa.

Ben no dijo nada.

Katy contempló una cesta colgada de un garfio de hierro, que se balanceaba con fuerza a un lado y a otro. ¿Y si se volcaba y derramaba todo el contenido?

—¿Por qué? —preguntó Ben.

—¿Por qué... qué?

—Oh, Katy, vamos. Resulta que hay un tipo que iba a tu colegio y que tiene exactamente el mismo tatuaje que tú. Tengo que preguntarte por qué.

Katy notó que las lágrimas se le deslizaban por las mejillas. Habían empezado a formarse en el momento en que Ben abrió la boca. Sorbió fuerte y tragó saliva.

—Lo siento muchísimo. Es solo que, bueno, salíamos juntos. Solo en los años de colegio. Fue una estupidez, esto de los tatuajes. Una estúpida ocurrencia.

—Pero ¿por qué no lo dijiste?

—Por Alison. Al parecer es tan celosa que si supiera que yo soy la ex novia de Matthew se pondría muy nerviosa. Y Matthew no quiere que ahora se altere. No quería mentirte, Ben, pero es que parecía mucho más sencillo así. Quiero decir, que así no tenías que mentir tú también. Es una tontería, ya lo sé, y lo siento mucho. Te prometo que ya no siento nada por Matthew.

Por primera vez desde que habían entrado en el coche, Ben levantó la cabeza y la miró.

—Yo no te preguntaba si sentías algo por él.

Ahora fue Katy la que miró al suelo.

—Ah, bueno. Solo quería que lo supieras. Eso es todo. Ninguno de los dos dijo nada más. Cuando Ben se abrochó el cinturón, Katy puso el coche en marcha y volvieron a casa. Durante el trayecto solo se oía el ulular del viento.

Capítulo 14

Después de colgar, Katy se quedó un buen rato mirando abatida el teléfono. Era la conversación más larga que tenía con Ben desde la cena del sábado. Ya era algo. Sin embargo, el hecho de que hubiera llamado para decir que no podía ir a la clase de preparación al parto porque jugaba un partido de fútbol no resultaba muy alentador. Katy quería al Ben de antes, no a este individuo callado y huraño que contestaba con monosílabos. En realidad, apenas se habían visto desde la noche del sábado. El domingo, Ben se fue de casa temprano y no volvió hasta la noche, cuando ella ya se había metido en la cama. Cuando Katy se levantó por la mañana se lo encontró dormido en el sofá, totalmente vestido. Había dejado sobre la alfombra una *pizza* a medio comer sobresaliendo de la caja, así como varias botellas vacías de cerveza esparcidas por ahí. El salón olía tan mal como su aliento. Katy lo despertó con toda la suavidad posible, sin atreverse a mencionar el desorden, y preparó el desayuno. Luego se sentaron a desayunar en la barra y mordisquearon sus tostadas en silencio. Katy, que ya no podía soportar ver a Ben tan silencioso, reunió el valor necesario para tocar el tema de Matthew. Cuando le pidió de nuevo perdón por haberle mentado sobre su antiguo novio del cole, Ben se limitó a gruñir sin mirarla: «Vale, déjalo estar. No te preocupes». Acto seguido, se levantó y se fue al trabajo, dejando que ella recogiera la casa.

«Supongo que es lo que pasa cuando vives con un adolescente enfurruñado», se dijo Katy un poco molesta mientras limpiaba de la alfombra una mancha seca de ketchup. Le habría gustado que Ben tuviera la madurez de hablar con ella, pero por lo visto no era así. Aquella noche Ben tampoco regresó antes de que ella se fuera a la cama. Cuando se levantó al día siguiente, Katy se preparó para encontrar en el salón los restos de otra noche de bebida y comida preparada, pero esta vez Ben ya no estaba. Antes de irse había dejado debajo del fregadero unos pringosos envases de comida china metidos en el cubo de basura y una botella vacía de tinto lista para reciclar. Katy decidió que era un paso adelante, una demostración de que ya no estaba tan enfadado con ella. Pero se quedó desanimada cuando vio que ni siquiera podía acompañarla a su última clase de preparación al parto.

Al final estaba tan desesperada que cogió otra vez el teléfono y llamó a Daniel.

—Espérame fuera dentro de diez minutos, con los ojos tapados —le dijo, antes de que Daniel pudiera decir nada—. Tengo una sorpresa para ti.

Luego colgó y se quedó mirando el teléfono con tristeza. Mientras recogía sus cosas se preguntó si no estaría cometiendo un tremendo error.

Daniel daba botes de alegría en el asiento.

—¡Qué bien! No te imaginas lo emocionado que estoy. ¡Me encantan, me encantan las sorpresas! Me dirás cuándo puedo quitarme la venda de los ojos, ¿verdad?

—No te preocupes. Ya llegamos. Te la podrás quitar en cuanto apague el motor. Y no es una sorpresa, en realidad. Más bien es una forma de agradecerte el estupendo regalo que me hiciste en la fiesta del pañal.

—Sabía que al final lo apreciarías. ¿A que era estupendo? Apuesto a que adivino a dónde me llevas —dijo Daniel—. Has convocado a mis amigos para tomar un cóctel en Norman's Bar. ¿He acertado?

—No exactamente —dijo Katy, mientras aparcaba el coche—. Vale. Ya te puedes quitar la venda.

Daniel atisbo por encima de la venda. En cuanto vio dónde estaban, se destapó los ojos de golpe y su ilusionada sonrisa se desvaneció.

—Estamos en el hospital. ¿Qué hacemos aquí? —le preguntó a Katy.

—Daniel, sabía que si te avisaba no vendrías, pero esto es serio. Necesito que me acompañes a mi última clase de preparación al parto. Eres el único que está al corriente de todo, y hay muchas probabilidades de que tengas que venir conmigo cuando vaya a dar a luz —suplicó Katy.

—¿Te has vuelto loca? Ya tienes dos posibles padres. Pretender involucrarme a mí es simple avaricia, Katy. Entonces fue cuando Katy rompió a llorar.

—¿Estás llorando?

Ella asintió y metió la mano en el bolso en busca de un pañuelo.

—Si estás fingiendo para convencerme, debo decirte que no funcionará. No soy tan idiota. Ha sido muy cruel que me trajeras hasta aquí con engaños.

—Daniel, te necesito, ¿vale? Necesito que me ayudes —dijo Katy. Los ojos se le llenaron de lágrimas que amenazaban con desbordar.

—Entonces no estás fingiendo, ¿no?

—Claro que no, maldita sea.

—Oh, Katy, pero si no te sirvo de nada aquí. A quien necesitas es a Ben, no a mí —dijo Daniel, tomando la mano de Katy.

—Pero ya ves que él no está. Desde la cena del otro día no quiere saber nada conmigo. No consigo que diga ni una palabra y casi no está en el apartamento. Cada tarde, en cuanto acaba el trabajo sale por ahí y no llega a casa hasta que ya estoy en la cama.

—Tienes que hablar con él, Katy.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero él no quiere hablar conmigo.

Se quedaron en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta difícil? —dijo Daniel.

—¿Es necesario que me la hagas? Ya me duele la cabeza.

—Claro que no es necesario. Pero como tu amigo y confidente en este asunto, creo que ha llegado el momento de plantear las preguntas difíciles. No tendrás otra oportunidad.

—¿Qué significa que no tendré otra oportunidad?

—Bueno, es la teoría que yo tengo. Solo te planteas las preguntas difíciles cuando las cosas se ponen feas. Hablo de preguntas, pero quiero decir una, porque solo hay una pregunta realmente difícil.

Hizo una pausa. Katy se impacientó.

—Venga, dílo. ¿Cuál es la pregunta? —pidió.

—La pregunta realmente difícil siempre es la siguiente —Daniel se detuvo para acentuar el efecto dramático—: ¿Le quieres de verdad? Esa es. Esa es la pregunta difícil de verdad.

—Sí.

Los dos reflexionaron en silencio sobre la teoría de Daniel. Como Katy no decía nada, él se animó a desarrollarla.

—Mira, cuando las cosas van bien con un hombre —a lo mejor no fantásticamente, pero bien —, la pregunta esencial merodea por tu mente en un segundo plano, y solo en ocasiones amenaza brevemente con hacer su aparición. Para responder a esta pregunta tienes que pensar, y a lo mejor realizar cambios en la relación, de modo que no te molestas en contestarla. No pasa nada. Pero si dejas que todo siga igual —correcto, aunque no fantástico— puedes pasarte muchos años en pareja sin plantearte la auténtica pregunta; es decir, puedes acabar con alguien a quien no quieres. ¿Me sigues?

Katy asintió.

—De modo que debes considerar los momentos de crisis como afortunados. Porque entonces estás más abierta a plantearte las cuestiones importantes de la vida. En resumen, según mi teoría esta crisis es buena porque te permitirá responder a la pregunta realmente importante. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí —dijo Katy, sorbiéndose las lágrimas—. La lógica no es impecable, pero supongo que en conjunto tienes razón.

—Bien. ¿Y qué respondes?

—¿Qué respondo a qué?

—¿No me has oído? ¿De verdad le quieres? —insistió Daniel.

—¿A cuál de los dos?

—Me estás tomando el pelo, ¿no?

—¿Qué? Oh, Daniel. No puedo pensar con claridad —dijo Katy, otra vez a punto de echarse a llorar.

—¿Me estás diciendo que lo que está en cuestión aquí no son solo tus sentimientos hacia Daniel sino también lo que sientes por Matthew?

—No, claro que no. Oh, no lo sé. Lo que pasa es que..., bueno, el otro día estuvimos cantando una canción de *Dirty Dancing* en mi despacho —empezó a decir Katy. Daniel la interrumpió.

—¿Qué canción?

—«*I've Had the Time of my Life*», por supuesto —respondió Katy.

—Me decepcionas. «*Hungry Eyes*» es mucho mejor.

—No creo que esto tenga la menor importancia ahora, Daniel.

—Lo siento. Sigue.

—Bueno. El caso es que me invadió de nuevo ese sentimiento, ya sabes, el del primer amor. Las cosas parecían tan sencillas... —dijo Katy exhalando un suspiro.

—No sé si estoy de acuerdo contigo. Quiero decir que Baby estaba segura de que Johnny había dejado embarazada a Penny. Las cosas no eran sencillas.

—No me refería a *Dirty Dancing* —protestó Katy—. Quería decir entre Matthew y yo. Estaba enamorada de él. Y fue fantástico, en serio. Estaba convencida de que era el hombre de mi vida, de que pasaría el resto de mi vida junto a él. Y cuando fuimos a su casa a cenar y lo vi en su casa, con su vida... No pude evitar pensar que podía haber sido mi hogar, con su camino de grava, las cestitas colgadas en la entrada, el precioso cuarto de los niños, dos cuartos de baño, para él y para ella, y las malditas fotos sobre la repisa de la chimenea.

De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cestitas? —dijo Daniel—. No puedo dar mi aprobado a un hombre que te lleva a desear tener cestitas en la entrada. Tú no eres así, Katy. Tú tienes más personalidad, venga. ¡Pero si la semana pasada robaste un frailecillo! ¡No irás a cambiar esto por tener unas florecitas en la entrada!

—Tienes razón, tienes razón. Lo paso muy bien con Ben. Pero voy a tener un bebé, Daniel. Voy a tener un bebé y me pregunto si será compatible con una relación que se parece demasiado a la de dos estudiantes que acabaran de conocerse. —Katy apartó los ojos de Daniel y miró al horizonte—. En cuanto a la pregunta difícil, nunca hemos hablado de ese sentimiento que empieza por A. Nunca. Aquí nos tienes, a punto de tener un hijo y sin saber lo que somos el uno para el otro.

—Mierda, Katy. No sabía que la situación fuera tan grave —dijo Daniel.

—Gracias. He trabajado duramente para que así fuera. —Katy asintió con tristeza.

—Bueno, cariño. No te queda más remedio que hablar en serio con Ben. Y te diré una cosa: mejor que te aclares antes de hablar, porque la verdad es que esto es una bomba a punto de explotar. Y cuando explote tendrás que saber muy bien lo que quieres salvar del fuego.

—Hace unas semanas lo tenía todo muy claro. Y ahora estoy tan confundida... —dijo Katy.

—Bien, vayamos a esta última clase de parto o lo que sea. Después de esto no tendrás obligación de volver a ver a Matthew. Esto a lo mejor te ayuda a aclararte.

—¿Entonces me acompañas? No puedo entrar sola. Sobre todo si Alison y Matthew están dentro.

—Por nada del mundo me perdería la escena. Pero ojalá me hubieras avisado con tiempo. Me habría vestido adecuadamente —dijo Daniel, saliendo del coche.

—Como sabéis, me entristece decir que es nuestra última clase de parto. Ha sido un placer conoceros y pasar este rato con vosotros —dijo Joan, que parecía sinceramente afectada—. Al final de la clase nos intercambiamos los números de teléfono y las direcciones de correo electrónico. Así formaremos un grupo de apoyo. Algunos de mis grupos siguen reuniéndose un día por semana para tomar café. Durante las primeras semanas es importante organizar salidas con gente que tiene bebés de la misma edad.

Lo dudo, pensó Katy. Intentaba esquivar la mirada interrogativa de Matthew y la sonrisa falsamente comprensiva que Alison le dirigió desde el momento en que la vio entrar en la clase sin Ben.

—Pero antes de empezar debo deciros que tengo una gran noticia que daros —dijo Joan—. Veréis que Richard y Rachel no han venido esta noche, y es porque Rachel dio a luz a un precioso

varón ayer noche.

Todos se quedaron boquiabiertos. Una cosa era sentarse y charlar sobre bebés y otra era parir de verdad. Y si Rachel ya lo había hecho, faltaba poco para que a los demás les llegara el momento.

Alison fue la primera que reaccionó.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó.

—Oh, muy bien. Richard está como loco y Rachel lo hizo muy bien. Richard me ha asegurado que la caja de la felicidad le resultó muy útil. Sobre todo la entrada del concierto al que fueron en su primera cita.

—¿Qué concierto era? —preguntó Katy. Era la pregunta que habría hecho Ben, estaba segura.

—Pues el caso es que me lo dijo, y lo recuerdo porque a mí me gustan también. Eran Robson y Jerome. ¿No os parece fantástico? —suspiró Joan.

—Robson y Jerome —exclamó Katy—. No me extraña que funcionara. Son suficientes para anestesiar a cualquiera.

—Vamos, vamos, Katy. No seas tan dura —dijo Daniel—. Robson y Jerome eran muy especiales, ¿no? Perdonad que no me haya presentado como es debido. —Daniel se levantó y le estrechó la mano a Joan.

—Oh, me llamo Joan. ¿Y tú?

—Soy Daniel, el acompañante de Katy.

Todos los presentes posaron en Katy una mirada interrogativa.

—Solo dice que Robson y Jerome le gustan porque le encantaba la serie *Soldier Soldier*, donde actuaba Jerome —dijo Katy.

Joan frunció el ceño. Daniel se apresuró a aclararle las cosas.

—Es que me encantan los uniformes —dijo.

—Oh, claro. Claro, por supuesto. Oh —tartamudeó Joan—. Es fantástico, es estupendo que hayas venido. Quiero decir, en las circunstancias, ya sabes, dadas las circunstancias. Claro, tú no, no especialmente. Pero me alegro mucho de conocerte, claro. Tengo un buen amigo que es..., ya sabes. Es...

—¿Es también fan de Robson y Jerome? —preguntó Daniel.

—Sí, eso es. Claro, es un fan. Supongo que le gustan mucho. Bueno, tenemos que seguir. Tomad asiento, por favor, y empezamos. Bien, de acuerdo. Vamos a ver. Lo que suelo hacer en la última clase es preguntar si alguien tiene una duda o quiere decir algo. Porque hoy es vuestra última oportunidad.

Charlene se levantó de la silla con un salto que solo una embarazada de menos de veinte años sería capaz de dar.

—¿Puedo decir algo? —chilló con voz aguda de la emoción.

—Claro, Charlene. Adelante —dijo Joan.

—Bueno, en realidad no es una pregunta. Tenemos que pedirnos algo muy emocionante. Veréis, Luke y yo estuvimos hablando de que sois todos tan guays que nos gustaría invitaros a nuestra boda el sábado —barboteó Charlene, tan emocionada que no paraba de agitar manos y piernas—. Ya sé que os avisamos tarde, pero es que mucha gente nos ha dicho que no vendrá porque no creen que debamos casarnos. Sobre todo de la familia de Luke, no de la mía. Piensan que lo he cazado o algo así. Imbéciles. El caso es que quería invitaros, porque ya hemos encargado el banquete y

todo. Aquí tenéis una invitación, y he dibujado un pequeño plano para que encontréis el sitio. Así que vendréis, ¿no? Me encantaría ver la cara que pone la madre de Luke cuando os vea llegar.

Charlene se paseó por toda la sala poniendo en manos de cada pareja unos sobres de vivo color rosa.

—Entonces, ¿os casáis de verdad? —preguntó Matthew, como si no pudiera creerlo. Abrió el sobre y una lluvia de confetis multicolores le cayó sobre el traje.

—Claro. Nos morimos de ganas, ¿verdad, Luke?

Charlene echó una ojeada por encima del hombro a su futuro marido, que se miraba los dedos con atención.

—Pero ¿qué edad tenéis? —insistió Matthew, claramente escandalizado.

—Dieciocho. Luke cumplirá los diecinueve tres días después de la boda, y el bebé ya habrá nacido, de modo que tendrá el mejor cumpleaños de su vida, conmigo y el enanito —dijo Charlene.

—Dios mío, pobre tío —murmuró Matthew.

—Matthew, cállate —siseó Alison.

Charlene giró sobre los talones y se enfrentó a Matthew con mirada furiosa.

—Te he oído —dijo.

Joan intentó quitarle hierro al tema.

—Charlene, no creo que haya querido decir...

—No, Joan —interrumpió Charlene, sin apartar la mirada de Matthew—. Sé muy bien lo que ha querido decir.

Se hizo un incómodo silencio. Todos miraban al suelo. Todos excepto Charlene y Luke, que por una vez levantó la cabeza y clavó la mirada en Matthew.

—Nos queremos, ¿vale? —Charlene se acercó a Matthew y le señaló con una uña postiza de color azul que tenía un aspecto inquietante—. Yo le quiero y él me quiere. Se acabó. A los dieciocho años te puedes enamorar, ¿no?

Matthew tuvo que echar el tronco atrás en la silla para evitar aquella uña letal que amenazaba con perforarle el ojo izquierdo.

Charlene hundió el dedo en la mejilla de Matthew.

—Puedes, ¿no? —gritó.

Katy, que contemplaba hipnotizada la escena, contuvo el aliento esperando a oír la respuesta de Matthew mientras le acudían a la mente algunas escenas de su romance de juventud.

Daniel rompió el silencio.

—Claro que te puedes enamorar, cariño.

A cámara lenta, se acercó a Charlene y apartó suavemente la peligrosa uña de la cara de Matthew.

—Claro que puedes —repitió amablemente. Llevó a Charlene a su sitio y la ayudó a sentarse. Luke le acarició la mano a su novia antes de volver a examinarse los dedos.

Daniel volvió a su asiento al lado de Katy.

—Esto es mucho mejor que *EastEnders* —le susurró a Katy. Luego se dirigió a Joan con una amplia sonrisa—: Creo que podemos continuar.

—Claro, claro. Podemos seguir —balbuceó Joan. Un poco nerviosa, se levantó y empezó a pasar frenéticamente las hojas de su papelógrafo hasta encontrar lo que buscaba. El grupo

permaneció en completo silencio. Nadie se atrevió a decir nada.

—Vamos a probar con esto, ¿vale? —Joan se volvió hacia ellos con una forzada sonrisa—. Chicos, vamos a hacer dos listas. En una escribiremos lo que hacemos en un día normal sin bebé, y en la otra lo que pensamos que será un día normal después de tener el bebé. ¿Qué os parece?

Todos la miraban inexpresivos.

—Perfecto. Vamos a ver. Como es nuestra última clase juntos, será mejor que nos mezclemos un poco. Daniel, ¿por qué no ayudas a Charlene con este ejercicio? ¿Qué te parece?

—Por supuesto —dijo don Amabilidad—. Será un placer.

—Magnífico. Alison, ¿por qué no haces el ejercicio con Luke y le das algunos consejos para el día de su boda? ¿Te parece bien, Luke?

—Vale.

—Por último están Matthew y Katy. Bien. Aquí tenéis papel y lápiz. Tenéis unos minutos para escribir algo y luego lo hablamos en grupo.

Sin decir una sola palabra, Matthew cogió papel y lápiz y se fue a sentar en el extremo más alejado. Katy le siguió, caminando como un pato.

—¿Por qué no contestaste a la pregunta? —quiso saber en cuanto se hubo sentado.

—¿Qué pregunta? —Gruñó Matthew.

—La que te ha hecho Charlene.

—Porque estaba muerto de miedo, maldita sea. Me podría haber sacado un ojo con esa uña.

—Entiendo. —Katy doblaba y desdoblaba la hoja de papel.

—Pero Charlene da igual, de todas formas. Lo que quiero saber es qué coño os pasó el sábado. ¿Por qué os fuisteis tan deprisa?

—Porque Ben vio tu tatuaje, so idiota —dijo Katy, doblando y desdoblado el papel más rápido todavía.

Matthew se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío.

—Exactamente.

—¿Cómo hemos podido ser tan idiotas? ¿Y qué dijo Ben? ¿Qué le has dicho tú?

—Tuve que admitir que salíamos en el colegio. Y, por supuesto, me preguntó por qué no se lo había dicho. Le dije que era porque Alison era muy celosa y tú no querías alterarla. Le dije que no se lo había contado para que él no tuviera que decir mentiras.

—¿Y te creyó?

—Me parece que sí. Pero desde entonces apenas hemos hablado. Ben no es de los que hablan sobre la relación, de modo que no tengo ni idea de lo que piensa, en realidad.

—Menudo desastre. Si se le ocurre hablar con Alison, lo estropeará todo —dijo Matthew. Echó una ojeada a Alison, que hablaba con un silencioso Luke.

—¿Cómo que lo estropeará todo? No dirás que es culpa de Ben, ¿no? —siseó Katy furiosa—. Nos hemos metido solos en este fregado, Matthew. Ben nunca haría algo tan feo como hablar a escondidas con Alison, así que no te preocupes. Es mi relación la que está al borde del abismo, no la tuya.

—Katy, la gente hace estupideces cuando se siente traicionada. Y Ben no es exactamente un ejemplo de madurez, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Venga, Katy. No es más que un crío. Y lo siento, pero tengo que decirlo. No puedo creer que vaya a asistir a una despedida de soltero justo cuando tú estás a punto de dar a luz. ¿Estás segura de que podrá comportarse como un buen padre?

—Esto es muy injusto —dijo Katy. Otra vez se le llenaban los ojos de lágrimas. Realmente injusto, pensó. Sobre todo después de ver a Matthew en su faceta de «perfecto sustentador de la familia». Lo admitía: pese a sus años de obstinada independencia y a su empeño en mantenerse con sus propios medios, por un momento se le ocurrió que estaría bien contar con un hombre así. Un poco mejor que tener un novio que a final de mes solo podía invitarla al restaurante indio sin licencia que había al final de la calle, donde llevarían una cerveza de marca blanca en una bolsa. Sin embargo, habían pasado muy buenos ratos allí, sobre todo cuando inventaron la técnica altamente sofisticada de hacer máscaras con los panes *naan*—. No tienes derecho a juzgarlo —añadió, tanto para convencer a Matthew como para convencerse—. Puede que Ben no haya alcanzado el mismo éxito que tú. Pero estoy segura de que progresará. Estoy segura.

—Es que no puedo evitar preocuparme por ti —dijo Matthew, echando otra nerviosa ojeada a Alison—. Mira, he estado pensando. Quiero que sepas que si necesitas algo me puedes llamar. —Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un tarjetero de plata labrada. Le ofreció una tarjeta a Katy.

Ella se quedó mirando el cartoncito que sostenía Matthew en la mano.

—No, gracias —dijo—. Creo que será mejor que no volvamos a vernos. ¿No te parece?

—Bueno, os deseo mucha suerte a todos —les dijo Joan al acabar la clase—. Dedicuémonos un buen aplauso. Bien por todos.

Se miraron unos a otros un poco sorprendidos. Así que ya estaba. Esto era lo último antes del gran día. Tras unos momentos de vacilación, se levantaron, se abrazaron con torpeza y se desearon buena suerte. A petición de Daniel, Charlene incluso le dio un abrazo a Matthew. Tras hacer el ejercicio con Daniel había vuelto a ser la de antes y daba saltitos como cualquier adolescente.

—Daniel me ha dado una idea genial para el regalo de boda de Luke —les dijo a Katy y a Alison, entre aplausos de emoción—. Y dice que vendrá a nuestra boda, de modo que ahora tenéis que venir todos. Alison, tú vendrás, ¿verdaaad? Matthew y yo ya somos buenos amigos.

—Bueno, lo intentaremos —dijo Alison, sin mover prácticamente los labios.

—Y tú vendrás con Ben, ¿verdad, Katy? Desde que ha vuelto al equipo de fútbol, Luke ha hablado mucho con Ben sobre el hecho de ser papá. Ben se ha portado genial con él. Seguro que querrá venir al banquete.

—Haremos lo posible —dijo Katy. Le sorprendió saber que Ben había hablado con alguien sobre la paternidad, y sobre todo con un chaval de dieciocho años.

Cuando se despidió de Katy, Alison mantuvo el abrazo un momento y le preguntó muy en serio si había algún problema con Ben, dado su brusco cambio de humor el día de la cena y su ausencia de la clase de parto. Katy intentó tranquilizarla diciendo que todo iba bien, y que el día de la cena lo que pasó era que estaban cansados.

—Bueno, pero si necesitas hablar, no tienes más que llamarme, ¿ok? —dijo Alison, dándole a Katy un último apretón en el hombro.

Entonces Katy sintió la necesidad de marcharse. Se dio la vuelta y salió rápidamente de la

sala sin despedirse de Matthew.

Capítulo 15

Matthew volvió a agitar la bola. En las recónditas profundidades de la esfera de plástico relucieron misteriosamente las palabras «Todo apunta a que sí».

Una vez más, se dijo. Volvió a agitarla vigorosamente, ahora con las dos manos. Apareció: «Pregunta en otro momento».

Matthew guardó la Bola 8 Mágica en el cajón del escritorio, debajo de unos documentos. La había comprado unos días antes en una tienda de artilugios de regalo, y se había convertido en una obsesión. Ahora la consultaba continuamente sobre todo tipo de cuestiones. Para qué necesito las hojas de cálculo, ahora que he encontrado una nueva forma de guiarme en la vida, se dijo. Este método resultaba más espontáneo y divertido, y además podía conducirle a la aventura.

De entrada le produjo gran satisfacción que la bola le respondiera «Sin ninguna duda» a su pregunta de si debía ir al banquete de boda de Charlene y Luke. Se puso tan contento que informó inmediatamente a Alison, y a ella le sentó fatal. Hacía tiempo que Matthew no la veía tan malhumorada. No era frecuente que su mujer considerara algo tan malo como para que interfiriera en su rutina cotidiana. Pero esta vez se interrumpieron las experiencias gastronómicas de tres platos que normalmente le llevaba horas preparar. También se acabó lo de servir la mesa con la cubertería del precioso juego de vajilla para doce personas que le había regalado una tía ricachona. Y, por supuesto, se acabaron aquellas largas, perezosas, y a veces un tanto aburridas comidas en las que Alison repasaba sus últimas ideas en el plan maestro de sus primeras semanas con el bebé. Ahora Matthew se encontraba una bandeja en la mesa de la cocina, con el cuchillo y el tenedor puestos sin gracia a un lado del plato, sobre el que esperaba, medio descongelado, un menú precocinado del súper.

Matthew llegó a la conclusión de que tenía que despedirse de Katy de forma digna. Por desgracia no se lo podía explicar a Alison, quien no entendía por qué demonios iban a asistir a una fiesta que probablemente tendría lugar en «un tugurio abandonado por la mano de Dios».

Al principio Alison no hizo mucho caso de la propuesta porque pensó que le bastaría con decir «por encima de mi cadáver» para que Matthew cambiara de opinión. Pero a medida que pasaron los días y pareció evidente que su marido iba a mantenerse firme —cosa poco frecuente—, empezó a castigarle con comidas precocinadas y respuestas casi monosilábicas a sus intentos de conversación.

El problema era que Matthew estaba tan preocupado por su necesidad de acercarse a Katy que interpretó las muestras de enfado de Alison como un reproche por no ofrecerle apoyo suficiente en esta fase del embarazo. Como apenas conversaban, el malentendido no se disipó, y Alison acabó por prescindir de Matthew. Ni su marido ni nadie le impediría ser la madre de mellizos mejor preparada del mundo; ella siguió comprando, concertando visitas y decorando la habitación de los niños sin consultarle nada a Matthew. Este sufría al verse excluido, pero no se sentía capaz de hablar del tema hasta después del banquete de boda.

Cuando el sábado entraron en el aparcamiento del Centro Social y de Atención al Minero, a Matthew no le sorprendió el comentario de Alison.

—Ya te lo dije. No deberíamos haber venido.

A decir verdad, lo que se veía desde el aparcamiento plagado de baches no resultaba esperanzador: el edificio era de los años sesenta, de una sola planta y con tejado plano. El verde chillón de las paredes de cemento se daba de bruces con el rojo del tejado de zinc. En una ventana rota se agitaba al viento un trozo de cartón de Sugar Puffs, apenas sujeto por la cinta adhesiva que usan los electricistas, de un amarillo brillante, y un grafiti emborronaba totalmente el cartel sobre la puerta. No eran detalles que prometieran una velada agradable.

—Charlene y Luke deben de tener muchos amigos —dijo Matthew, pasando deliberadamente por alto el hecho de que Alison acababa de poner el seguro en su portezuela.

El centro social debía de estar a reventar, porque fuera había una treintena de personas en animada conversación, seguramente con bastantes copas encima. Antes de salir del coche, Matthew y Alison contemplaron en silencio los bulliciosos corrillos. Unas cuantas mujeres de mediana edad se habían sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y bebían de vasos de plástico; se habían quitado los zapatos de tacón, dejando a la vista sus pies mugrientos. Una nubecilla de humo brotaba de los cigarrillos encendidos y se elevaba hacia el cielo dibujando volutas.

Unos golpes en la ventanilla interrumpieron las ensoñaciones de los recién llegados. Matthew empezó a bajar el cristal.

—Qué demonios... —dijo.

—Bonito coche, tío.

Un chaval que no tenía más de doce años asomó la cabeza por la ventanilla. Matthew tuvo que echarse atrás para evitar que le salpicara de saliva.

—¿Vais a la boda de Charlene?

—Ejem, sí, eso es —dijo Matthew.

—Soy Scott, el hermano de Charlene. A cargo del «stacionamiento». Dame las llaves. «Stacionaré» esta monada y la cuidaré hasta que vuelvas, ¿vale?

—Pero ya estamos aparcados.

—Vale, jefe, pero mira, los coches de la boda hay que «stacionarlos» allí.

—¿Por qué?

—Porque estarán más seguros.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Matthew.

—Porque sí.

—Escucha, hijo. ¿Qué tal si dejamos el coche aquí y nos llevas a donde se celebra la fiesta?

—¿Como si te «stacionara» a ti? —dijo Scott.

—Exacto.

—De todas formas me tienes que pagar. Utilizas el servicio del «stacionador» —dijo Scott, muy serio.

—Bueno, pues te daré una bolsa de patatas y una propina. Y se dice «estacionar», no «stacionar».

—Es lo que he dicho.

—No. «Estacionar», como las estaciones del año: invierno, primavera, verano.

—¿Verano? No he dicho nada de verano, tío.

Matthew miró a Alison, que tenía los brazos firmemente cruzados sobre la tripa, como si temiera que le fueran a robar los gemelos al menor descuido.

—Venga, entremos —le dijo—. Una hora solamente.

Scott salió corriendo y les esperó de pie junto a la entrada, donde se dedicó a dar puñetazos a tres flácidos globos de color rosa pálido que colgaban de la puerta.

—Si aquí dentro tengo que inhalar humo no te lo perdonaré —dijo Alison.

Levantó el seguro de su portezuela y salió del coche cogida del brazo de Matthew, tapándose la boca y la nariz con la otra mano. Atravesaron juntos el aparcamiento.

—Dejad paso, dejad paso —gritó Scott, haciéndose oír por encima del griterío en el interior—. Una embarazada. Vamos, dejadle paso.

De alguna forma consiguieron abrirse camino a través de la bulliciosa multitud y descubrieron con cierta sorpresa que en el centro del local reinaba más tranquilidad. El suelo de la pista estaba polvoriento y casi vacío, barrido únicamente por los luces multicolores de la disco, que giraban sin cesar. Los esfuerzos del DJ para animar a la gente a bailar eran prácticamente inútiles; en la pista solo había dos pequeñajos que jugaban a tomar impulso para deslizarse sobre las rodillas. Los mayores se habían instalado en las sillas de plástico —a Matthew le recordaron las de su colegio— alineadas a lo largo de las paredes. Parecían de mal humor y no charlaban entre ellos; mantenían los brazos cruzados sobre el pecho o tamborileaban impacientes en el reposabrazos mientras miraban con anhelo la puerta de la cocina, preguntándose cuándo saldría el bufet. Así podrían cenar bien y marcharse cuanto antes para ver la serie *Casualty* en la tele.

En un rincón se agrupaban los que seguramente eran amigos de los novios. También ellos tamborileaban impacientes, en este caso con los ojos clavados en sus móviles, concentrados en el importante mensaje que tenían que enviar, probablemente a la persona que tenían al lado.

Incapaz de mirar a Alison a la cara, Matthew la cogió de la mano y la condujo a la zona de la barra, o más bien a una ventanilla de servicio que daba a una cocina brillantemente iluminada, donde dos estudiantes luciendo ropas góticas, mitones de encaje y ojos pintarrajeados con rímel, se encargaban de servir las copas.

—Esto es un espanto —susurró Alison—. ¿Qué hacemos aquí?

Esta vez Matthew se impacientó.

—¡Por el amor de Dios, Alison! Si dejaras por un momento de comportarte como una maldita pija, a lo mejor lo pasabas bien.

Alison se quedó atónita.

—Pero ¿qué dices? ¿Pasarlo bien aquí? No digas tonterías.

—¡Habéis venido, habéis venido! No puedo creer que estéis aquí.

Una inmensa nube de un blanco brillante pasó como un rayo junto a ellos, como salida de ninguna parte, y por poco tira a Alison al suelo. Por un momento no vieron más que un batiburrillo de malla y de tafetán, pero luego Charlene se dio media vuelta y aparecieron en la entrada Daniel, Katy y Ben. Charlene agarró inmediatamente a Daniel y lo arrastró hasta el grupo de adolescentes pegadas a los móviles. Las chicas lo rodearon sin dejar de reírse, contarse secretitos entre ellas y lanzar miradas de soslayo a su alrededor. Los chicos, mientras tanto, se agruparon en actitud claramente defensiva, seguramente para debatir entre ellos qué hacer ante la amenaza a su territorio.

Katy y Ben se quedaron solos en la entrada. Charlene no les hizo ningún caso. Ben miró a Matthew, le dijo algo a Katy y salió del local sin haber saludado siquiera.

—Me pregunto qué le pasa a Ben —dijo Alison—. El día de la cena estaba muy raro, y en cuanto a sus modales... brillaron por su ausencia. Luego no vino a clase. Aquí pasa algo muy raro. Creo que no lleva bien lo de ser padre, ¿sabes? Pobre Katy. Es tan mona... Merece algo mucho mejor, ¿no te parece?

Matthew no se atrevía a responder, de modo que fingió no oírla.

—¿Me has oído? —insistió Alison—. ¿No crees que Katy se merece algo mejor?

—Sí —susurró por fin Matthew. Tenía que hacer un esfuerzo de contención para no correr a consolar a Katy, que parecía desolada.

—Voy a animarla —decidió Alison.

Cuando su mujer se puso en marcha, Matthew fue detrás de ella. Ahora se preguntaba si no habría sido un error venir a la boda.

—¿Todavía no hay señal de que el bebé esté a punto de llegar? —le preguntó Alison a Katy.

—Eh, no. Todavía no —dijo Katy, mirando nerviosa a Matthew—. Qué sorpresa que hayáis venido.

—Yo soy la más sorprendida —dijo Alison—. Matthew se empeñó en venir, y todavía no entiendo por qué.

Matthew no supo descifrar la mirada que le lanzó Katy.

—Pues Ben tenía muchas ganas de venir —dijo—. Resulta que él y Luke se han hecho amigos, con esto de que están a punto de ser padres.

—Bueno, supongo que tienen mucho en común —dijo Matthew.

—¿Porque los dos son demasiado jóvenes, quieres decir? Ben no es tan joven, no creas —replicó Katy.

—Tienes razón, en realidad es muy maduro —dijo Matthew, incapaz de esconder la nota de sarcasmo.

—¡Matthew! —exclamó Alison en tono de reproche—. No le hagas caso, Katy. Está de mal humor. Me alegra que estés aquí. Así por lo menos podré conversar con alguien antes de presentar nuestras excusas y abandonar este simulacro de boda.

A Katy le impresionó el desprecio que mostraba Alison.

—Pero lo que importa es que Luke y Charlene sean felices, ¿no? —dijo.

—Bueno, supongo que no puedes esperar otra cosa si te casas a los dieciocho años. En serio,

Katy. ¿Te gustaría que tu primer baile con Ben como recién casados tuviera lugar en un *cobertizo*?

—Katy y Ben no están casados. Ya lo sabes —dijo Matthew en tono severo.

—Pero puede que se casen —dijo Alison—. Tal vez cambien de opinión cuando llegue el bebé.

—Quién sabe. —Katy miró desesperada a su alrededor—. Oh, mira. Ahí viene Daniel —dijo, claramente aliviada.

—Hola a todos —saludó Daniel—. Qué fiesta tan estupenda.

—Al parecer has tenido un gran éxito —dijo Katy—. ¿De qué demonios hablabas con las adolescentes?

—De música y de baile, por supuesto —respondió Daniel—. Son las dos grandes obsesiones que los gays compartimos con las adolescentes. Aparte del tema del amor, claro —añadió, dirigiéndole a Matthew una taimada sonrisa.

—Y los lavabos públicos, al parecer. —Katy le dio un toque en las costillas a Daniel y le señaló a Charlene y su grupo de amigas que se dirigían a los lavabos de señoras.

—No es necesario ser ordinaria, Katy. Para tu información, van a cambiarse de vestido para su primer baile —dijo Daniel.

—¿Todas a la vez?

—Sí, todas a la vez. Ahora os sugiero que busquemos un asiento con buena panorámica, porque esto no nos lo podemos perder, os lo aseguro.

Daniel los condujo a toda prisa hasta la pista de baile y encontró asiento para las dos embarazadas. Al poco rato, Charlene salió de los lavabos seguida por sus seguidoras, vestidas —o mejor, desvestidas— con faldas peligrosamente cortas y sujetadores deportivos, todo de color azul metálico. Charlene iba un poco más pudorosa, aunque no demasiado, con un atuendo de color rojo intenso que por detrás le llegaba hasta las rodillas, pero por delante, a causa de la tripa, solo le tapaba la ingle. Atravesó la pista de baile con sus altísimos tacones y se asomó para dirigirse al grupito que fumaba fuera.

—Eh, vosotros. Apagad los cigarrillos y venid —les gritó—. Si no venís, cerraré el bar, porque es el día de mi boda y tenéis que obedecerme.

Los fumadores fueron entrando y se encaminaron directamente a la barra. Inflada de orgullo, Charlene volvió a atravesar la pista y se dirigió al DJ.

Los amigos de Charlene se habían colocado más o menos en fila en medio de la pista de baile y agitaban brazos y piernas como si se prepararan para una competición. Charlene estuvo un buen rato gritando al oído del DJ hasta que este levantó el pulgar en señal de que lo había entendido. Entonces la novia se abrió paso a través de una maraña de cables y altavoces hasta llegar al centro del grupo de jóvenes. Les dio un grito y enseguida se pusieron en fila, con una separación de medio metro entre uno y otro.

El DJ interrumpió su sesión totalmente predecible de la Motown para dirigirse al público.

—Damas y caballeros. Les ruego que me presten atención. Hoy tengo que anunciarles algo muy especial. Al parecer, nuestro guapo novio, Luke, es tan tímido que no quería hacer solo el primer baile. Vamos a vitorear a Luke.

Se hizo un silencio roto únicamente por un niño que desde debajo de la mesa gritaba: «¡No me jorobes!».

—¡Venga, un buen aaah para nuestro Luke! —suplicó el DJ.

Un débil aaah emergió de los vejestorios del rincón, que ahora se turnaban para preguntar en la cocina a qué hora pensaban servir el bufet.

—De modo que Charlene, que no tiene nada de tímida, decidió que no se quedaría sin su primer baile, pero lo haría con sus amigos y se lo dedicaría a su flamante esposo. Así que esta noche, de forma excepcional, los Hussycat Dolls de Leeds interpretarán para todos nosotros «*Don't Cha Wish Your Husband Was Hot Like Mine*».

—¡Bravo, bravo! —Aplaudió Daniel—. Todo un acierto. ¡Ideal para la ocasión! Adelante, chicas.

La música retumbó por los altavoces y las chicas de la fila siguieron el ritmo con la cabeza. Inspiraron todas a una y empezaron a hacer movimientos con el brazo, produciendo un llamativo —aunque no del todo acompañado— efecto de conjunto. Esto durante la primera estrofa. Luego hubo una pausa antes de lanzarse a cantar el estribillo. Con la primera línea todas dieron un salto y se pusieron a girar sobre sí mismas mientras aullaban el estribillo con toda la fuerza de sus pulmones.

¿A que te gustaría que tu marido fuera tan guapo como el mío?

Pero te fastidias porque es solo mío.

¿A que te gustaría?

¿A que sí?

¿A que te gustaría que tu marido se pareciera al mío?

No te atrevas a intentar nada porque es mío.

No te atrevas, nena.

No te atrevas.

El efecto resultaba inquietante, porque algunas de las bailarinas tenían muy ensayados sus giros, mientras que otras, las físicamente menos dotadas, parecían vasijas girando en el torno de un alfarero francamente torpe.

Daniel estaba entusiasmado.

—¡Esto no tiene precio! —dijo, secándose las lágrimas de risa—. Ni siquiera yo, con mi genialidad creativa, podía habérmelo inventado. Admito que le di la idea a Charlene, pero no pensé que daría este resultado. Creo que debería contratarlas para la fiesta del orgullo gay. ¡Allí les encantarían!

Hubo un momento en que Charlene perdió el hilo, pero las chicas siguieron bailando y remontaron el espectáculo. Los niños que había en la fiesta pensaron sin duda que las chicas cantaban y bailaban para ellos, porque se pusieron todos en primera fila y se esforzaban por imitarlas.

Esto a Charlene no le importó. Lo que sí la afectó fue que su hermano Scott se colocara justo detrás de ella y la imitara. Scott se había puesto un cojín y dos globos inflados de vivos colores debajo de la camisa. Por el escote asomaban el rojo y el azul de los globos, y una borla dorada le

colgaba alegremente del trasero. A cada momento se detenía para poner cara de dolor y llevarse la mano a la espalda, en una precisa imitación de las posturas de una chica embarazada. Cuando Charlene se dio cuenta de que la gente se reía, se dio media vuelta y descubrió a Scott en plena actuación.

—¡Mamá, dile a Scott que se vaya! —aulló—. ¿Por qué lo tiene que fastidiar todo? No es justo. ¡Mamáaaa!

La madre de Charlene apareció como salida de ninguna parte y se llevó a su hijo cogido de la oreja.

Después Charlene siguió como si no hubiera pasado nada.

Antes de que acabara la canción, Daniel se puso de pie y empezó a aplaudir.

—¡Menuda profesional, menuda profesional! —gritó—. ¡Genial, ha estado genial!

—Tu mujer es una auténtica artista —le dijo Ben a Luke. Los dos se dirigían a la barra para tomar una copa.

—Ya lo creo —murmuró el novio, que intentaba pasar lo más desapercibido posible.

—¿Y qué piensan de ella tus padres? —preguntó Ben. Tenía que hacer un esfuerzo para no mirar a Charlene con aquella camiseta tan corta, enseñando las bragas cada vez que saltaba en el escenario.

—No me importa lo que piensen.

—¿Dónde están? No los he visto todavía.

—Se han ido a casa.

—Entiendo.

Ben tomó un trago largo de su cerveza. Era la tercera jarra que tomaba desde que llegaron.

—Dime, Luke, ¿estás contento con esto de la boda y el niño?

—Sí.

—Muerto de miedo, ¿no? No hace falta que me lo digas. Lo entiendo perfectamente. Ya lo creo —dijo Ben. Sacudió la cabeza y apuró su cerveza—. Quiero decir que los dos estamos en la flor de la vida, ¿no? Con toda la vida por delante. Podríamos hacer lo que quisiéramos, ir a cualquier parte, convertirnos en lo que quisiéramos... y míranos. Hace poco pensabas que con un poco de práctica podías convertirte en futbolista y de repente todo se ha acabado porque resulta que durante los siguientes dieciocho años ya no podrás hacer lo que quieras. Se acabó. Te entiendo, tío. Estoy contigo, Luke. Estamos juntos en esto, compañero. Tú y yo.

Ben le pasó a Luke el brazo por encima de los hombros, cogió su nueva jarra de cerveza y la levantó.

—Y te diré una cosa —añadió, agitando la jarra y salpicándolo todo de cerveza—. Creo que estarás de acuerdo conmigo, Luke. Así que vas a tener un bebé, y de repente resulta que tienes que casarte y quedarte para siempre con su madre. Te aseguro que te admiro, tío. Eres joven, pero eres un tío cojonudo. No debería decírtelo, pero no entiendo que tengas el valor de hacer esto, tío. Yo no lo tengo.

Luke tenía los ojos bajos. Empezó a dar patadas a la pared. Ben se inclinó hacia él, intentando que Luke le mirara a la cara.

—A mí me lo puedes decir, tío. ¿De verdad es esto lo que quieres?

Luke pateó la pared con más fuerza. Levantó la cabeza y miró a Ben a los ojos, seguramente por primera vez.

—Sí que quiero —dijo sin vacilar—. Porque mi padre es un mierda. Me odia. Solo porque no soy como él, piensa que no sé hacer nada. Me ha hecho la vida imposible. Y un niño no tiene la culpa, ¿no? Todos los niños merecen tener un buen padre. Todos los niños, ¿no?

Ben estaba atónito. Nunca había oído una frase entera de Luke, y mucho menos una parrafada.

—Todos lo merecen, ¿no? —repitió Luke, elevando la voz.

Ben se tambaleaba un poco, en parte debido a que le había impresionado la pregunta de Luke y en parte debido a la cantidad de cerveza ingerida. Luke acercó una silla y le ayudó a sentarse.

—Un niño se merece un buen padre, ¿verdad?

Ben lo miraba pensativo. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Por supuesto que se lo merece, Luke. Por supuesto que sí.

Se levantó de la silla y salió tambaleándose del local.

Capítulo 16

Katy, que observaba a Ben desde el extremo opuesto del local, lo vio levantarse y salir. Su novio apenas le había dirigido la palabra en toda la tarde. Katy estaba harta de hablar de tonterías con Matthew y Alison, y todavía le fastidiaba más ver a Matthew masajeando los pies hinchados de su mujer, aunque fuera a regañadientes. Irritada por la sonrisita de Alison, apartó la mirada y vio a Charlene y a Luke dándose el lote. Se besaban ardientemente hasta que iniciaron un extraño ritual consistente en morderse la oreja. Luke aprovechó un instante de respiro para tomar a Charlene de la mano y sentarse con ella; le pasó el brazo sobre los hombros y le acarició el vientre con ternura.

Ben nunca le había acariciado el vientre, pensó Katy. No, bueno, no era exacto. Sí que lo hizo en una ocasión, cuando empezaba a notársele el embarazo. Una noche en que estaban viendo un DVD, Ben le levantó la camiseta y acarició suavemente su abultada tripa. Fue uno de los momentos más íntimos de su vida en pareja; demasiado íntimo para Katy. Esta no era la relación que esperaba con Ben. Estaba bien que entre ellos hubiera risas, diversión, un sexo fantástico, absurdas conversaciones hasta la madrugada, pero nada de intimidad. Ella llevaba años viendo la intimidad como una señal que alertaba de que entraba en zona de peligro: aquí podían romperle el corazón. De modo que apartó con firmeza la mano de Ben y se levantó con la excusa de preparar un té.

Justo cuando se preguntaba por qué había sido tan tonta, la voz del DJ bramó por los altavoces presentando la nueva canción.

—Para todos los enamorados, tenemos un tema muy romántico de hace unos años. Nos lo ha pedido la propia madre de la novia. Ya saben, señores, traigan a las damas a la pista de baile y prepárense para meter mano.

Katy se estremeció al oír la expresión, pero en cuanto oyó los primeros compases del éxito de los años ochenta, «*Right Here Waiting*», de Richard Marx, se sintió desfallecer y se le llenaron los ojos de lágrimas. La pista de baile se convirtió en un mar de vestidos floreados que se apretujaban contra arrugadas camisas blancas o azules. Era la canción más popular durante su primer año de universidad, cuando acababa de romper con Matthew, y Katy recordaba que entonces, cada vez que la oía, se ponía a llorar como una Magdalena. Volver a oírla ahora, sola frente a una pista de baile repleta de parejas, se parecía demasiado a aquellas noches en el centro

estudiantil, viendo cómo sus amigas se daban el lote mientras ella suspiraba por Matthew.

De repente comprendió con dolorosa claridad que ya no quería ser la que se queda fuera de la pista de baile. Y menos aún durante una boda y embarazada casi de nueve meses. Lo que quería, sorprendentemente, era estar en el lugar de Charlene y que le acariciaran la tripa.

Justo cuando iba a caer en una terrible espiral de pensamientos depresivos, apareció Ben en su campo de visión, haciendo pedazos su fantasía de convertirse en una mujer felizmente emparejada.

—Katy —dijo Ben.

—Ben —dijo ella.

Ben se peinó con los dedos la alborotada mata de pelo y miró a su alrededor, como si no supiera qué decir. Luego tomó una profunda bocanada de aire y se secó los ojos con la mano. De no ser porque le conocía bien, Katy habría creído que Ben había estado llorando.

Ben le tendió una mano temblorosa.

—¿Bailas conmigo, por favor? —preguntó al fin.

Katy se quedó perpleja. No era posible. A Ben no le gustaba nada bailar. El baile era una de las actividades que más detestaba, junto con limpiar su propio vómito y comer quiche.

Para su sorpresa, sin embargo, Ben la tomó de la mano, la ayudó a levantarse y la condujo suavemente a la pista de baile. Cuando se arrimó a él, Katy percibió un leve olor a sudor.

—¿Estás borracho? —le preguntó con cautela.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Nunca me habías sacado a bailar un tema lento —dijo Katy.

—Bueno, es que... —empezó Ben.

Pero se detuvo para abrazarla estrechamente y exhalar junto a la oreja de Katy hondos suspiros con olor a cerveza.

—Oh, Katy —murmuró.

Katy le abrazó a su vez con toda la fuerza que le era posible. Ignoraba a dónde les llevaba esto y se estaba poniendo nerviosa. Incapaz de soportarlo por más tiempo, deshizo el abrazo y contempló a su novio con aire intrigado.

—Ben, ¿ha pasado algo?

Ben parecía a punto de llorar, pero sorbió por la nariz y cuadró los hombros, como si hubiera tomado una gran decisión.

—Sí, Katy. Acabo de darme cuenta de que me he portado como un capullo —dijo, tras meditarlo un instante—. No es que antes lo fuera, entiéndeme. De hecho, me gusta pensar que normalmente no me comportaba como tal. Pero últimamente parece que me he aficionado.

—Pero fue culpa mía —dijo Katy—. Yo no habría tenido que...

—No, no habrías tenido que hacerlo —le interrumpió él—. De hecho, creo que los dos estamos empatados en cuanto a capulladas.

—Sí, pero no olvides que tú siempre tienes un capullo a mano —dijo Katy, incapaz de resistir la tentación de volver a su tono de guasa habitual. Era irritante comprobar que siempre le sucedía lo mismo cuando había que hablar en serio.

—Es cierto, es cierto. Siempre me resulta muy útil —dijo Ben en tono abatido.

Los dos se miraron. Seguían uno frente a otro, con las manos firmemente entrelazadas entre los dos.

—Entonces, entonces..., ¿seguimos juntos? —preguntó cautelosamente Katy.

Ben asintió muy serio, con el entrecejo fruncido.

—Así es.

Katy contuvo el aliento. Esperaba más explicaciones, pero su novio parecía estar todavía sumido en profundas reflexiones y tenía una expresión atormentada. Tras un largo silencio, su expresión se suavizó y lentamente apareció en su rostro una sonrisa. Katy respiró de nuevo, preparándose para escuchar lo que iba a decirle.

—Vamos a tener un hijo —dijo Ben, con una expresión de sorpresa, como si asimilara el hecho por primera vez.

—Así es —dijo lentamente Katy—. ¿Te parece bien?

—Es jodidamente fantástico —dijo Ben. Una amplia sonrisa le iluminaba por fin la cara—. Y yo seré un padre jodidamente fantástico.

Katy estuvo a punto de desplomarse de la emoción. Le flaquearon las piernas, pero Ben la sujetó firmemente de los brazos.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó con cara de preocupación, mientras le acariciaba el pelo con ternura.

—Estoy más que bien —dijo Katy sonriendo.

Ben quería ser papá. Quería ser un papá para su hijo, deseaba un futuro con ella y el bebé. Katy ya no estaba sola en el borde de la pista de baile; estaba justo en medio de la pista, abrazada a Ben. Comprendió que su mundo había cambiado totalmente porque por primera vez en mucho tiempo quería dejar de ser «yo sola» para empezar a ser «nosotros». Un «nosotros» que incluía a Ben y al bebé. Las lágrimas de Katy se convirtieron en risa, y sus hombros se agitaban al unísono mientras seguía el baile lento con Ben.

Bailaron abrazados, sin decir palabra. Ben la acunaba y le acariciaba la espalda con ternura. Cuando la canción estaba a punto de acabar, se separó un poco de Katy para mirarla.

—Pero hay una cosa —dijo.

Katy sintió que se le encogía el corazón.

—Después de esta noche, ¿es necesario que sigamos viendo a Matthew y a Alison? No lo digo porque sea tu ex novio, aunque imaginarte con un tío tan estirado no contribuye en nada a tu imagen de chica del pueblo, Katy. Es que son tan horriblemente perfectos que a su lado me sentiré como un papá muy zoquete. Y quiero ser un buen padre. Porque todos los bebés merecen un buen padre, ¿no? Pero tendrás que dejarme hacerlo a mi manera —dijo muy serio.

Ben sería un padre fantástico, pensó Katy. Llevada por un impulso, se puso de puntillas para acariciarle la mejilla.

—Olvidémonos de ellos —dijo—. A partir de mañana fingiremos que no han existido nunca. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Ben parecía aliviado.

—¿Te puedo pedir algo ahora? —Katy de repente se sentía tímida.

—Lo que quieras, cariño, excepto que baile con un tema de George Michael. Eso no.

—¿Me acariciarás la tripa?

Esta vez no hubo ninguna duda. Del ojo izquierdo de Ben brotó una lágrima.

—Seré el hombre más orgulloso sobre la Tierra —dijo. Le levantó un poco la camiseta y apoyó la mano sobre la cálida tripa de Katy.

Estaban inmersos en un larguísimo beso cuando Katy notó que le ponían una mano en el

hombro.

—Lamento muchísimo interrumpir este momento tan tierno, pero estoy desesperado —dijo Daniel, mirando inquieto a su alrededor—. Tienes que rescatarme. Hay unas viejas que insisten en sacarme a bailar.

—¿Por qué no bailas con Katy mientras yo voy a cambiarle el agua al canario? —Ben le estampó a Katy un beso en la frente y se dirigió hacia los lavabos de hombres. Desde lejos les saludaba alegremente con la mano.

—Bien, ¿y qué pasa ahora con los jóvenes tortolitos? —preguntó Daniel, al ver a Katy tan sonriente.

—Oh, Daniel. Todo va a salir bien. Nos hemos reconciliado, y Ben dice que le hace ilusión ser padre —dijo Katy, con una sonrisa de oreja a oreja—. Y esta será la última vez que vea a Matthew, de modo que lo peor ya ha pasado. He capeado la tormenta y me acerco a aguas más tranquilas. Por fin podré seguir adelante con mi vida.

—¿En serio? ¿Ya te has aclarado con todos tus sentimientos y emociones?

—Eso es.

—¿Has podido responder a la pregunta realmente difícil?

—¿Qué pregunta?

—Joder, Katy. Nunca me escuchas cuando te hablo, ¿no? ¿Le-quieres-de-verdad? —Daniel habló separando cuidadosamente cada palabra—. ¿Te acuerdas? La pregunta que había que responder.

—Supongo que sí la he contestado.

—¿Se lo has dicho? ¿Te lo ha dicho él?

Katy se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad no, pero es que no somos ese tipo de pareja. Pero todo está arreglado, Daniel. En serio. Todo nos irá muy bien.

—Vale, vale. Si tú lo dices... Sé feliz, ¿vale? Prométemelo —dijo Daniel.

—Te lo prometo —le aseguró Katy.

—Y otra cosa: no te olvides de decirle a Matthew que no vuelva a asomar su fea cabeza por aquí.

—Claro, claro. Vamos a sentarnos, por favor. Los pies me están matando.

—Buena idea. Yo necesito una copa.

Daniel tomó a Katy del brazo y la sacó de la pista de baile.

Cuando Ben volvió del lavabo, vio que Daniel tenía una botella de un excelente vodka. Ante la sospecha de que en el bar no habría bebidas destiladas, la había colado subrepticamente en la fiesta.

—Tomaría un poco de eso —dijo Ben—. Tanta cerveza no me está sentando muy bien.

—Por supuesto.

Daniel se sentía generoso con Ben, que al parecer había hecho tan feliz a Katy.

—Cuidado, todos a sus puestos —murmuró Ben.

Matthew y Alison se acercaban para sentarse con ellos. Tras inspeccionar el bufet, habían decidido no probar nada. A Matthew pareció molestarle ver que Ben acariciaba con la nariz el

hombro de Katy y le acariciaba la tripa con movimientos circulares. De vez en cuando, la camisa se levantaba un poco y asomaba el vientre desnudo y protuberante de Katy. Ella se dio cuenta de la expresión incómoda de Matthew, lo mismo que Daniel.

Para distraerle, Daniel le tendió la botella de vodka y le propuso que tomara un trago. Matthew echó una ojeada a Alison, quien inmediatamente le detuvo, poniéndole la mano sobre el brazo.

—Sí, muchas gracias.

Matthew asintió con energía, cogió la botella de vodka y se la llevó a la boca.

—Matthew —exclamó Alison—. No sabes quién ha bebido de aquí.

Sin dejar de mirar a Alison, Matthew bebió un buen trago.

—Basta, Matthew. No tiene gracia —protestó Alison.

—Solo es vodka.

—¿Y si los gemelos nacen esta noche y resulta que estás como una cuba?

Matthew suspiró hondamente y se quedó mirando la botella que tenía entre las manos.

—Solo uno más.

Bebió un trago largo, pero esta vez sin mirar a su esposa.

—Bueno, se acabó. Nos vamos —dijo Alison—. No te muevas de aquí. Voy a despedirme de Charlene y de Luke y a darles las gracias a los padres de Charlene. Cuando vuelva, quiero que puedas meterte en el coche. Disculpadme. Y sobre todo no dejéis que beba más vodka.

En cuanto su mujer se dio media vuelta, Matthew aprovechó para tomar otro trago. Luego le devolvió la botella a Daniel.

—Te debo una copa —dijo, pero no hizo el menor ademán de acercarse a la barra. Seguía con la mirada puesta en Alison.

—¿Sabéis qué? Voy a pedir una ronda —dijo Ben—. No tardaré ni un momento.

Daniel miró a Katy, tosió y asintió con la cabeza en dirección a Matthew.

—De acuerdo. Pues yo necesito tomar el aire —dijo—. Estaré fuera.

Katy y Matthew se quedaron en silencio. Matthew cogió la botella de vodka y tomó otro trago.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Katy.

—Nada.

—Vamos, apenas le has dirigido la palabra a nadie. ¿Y a qué viene beber tanto vodka?

Matthew clavó la mirada en la distancia.

—Esto es muy raro para mí, Katy. Es demasiado raro.

—¿A qué te refieres?

—A esto. ¿No te parece raro pensar que será la última vez que nos veamos?

—Supongo que sí —dijo Katy—. Pero no es que lo hayamos pasado tan maravillosamente, ¿no?

—No, pero ha estado bien. —Matthew la miró a los ojos—. Aparte de hacerme cantar estúpidas canciones, hubo un tiempo en que lo pasábamos bien, ¿no? Lo pasábamos estupendamente. Y lo fastidié todo. —Se quedó callado un momento—. ¿No te has preguntado qué habría ocurrido? Ya sabes, si yo no hubiera sido tan idiota.

—No, nunca —mintió Katy.

—Yo sí.

—No lo hagas.

—Es que no lo puedo evitar.

Matthew escondió la cabeza entre las manos. Katy no sabía qué decir. No esperaba una reacción así.

De repente, Matthew levantó la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—Déjame que os vea, a ti y al niño. Solo una vez, te lo prometo. Necesito veros a los dos para poder cerrar el tema o algo así. Para despedirme como es debido y trazar una línea. Entonces podré seguir adelante con mi vida. Creo que esto hará que me sienta mejor.

Katy lo miró boquiabierta. No daba crédito.

—Esto hará que te sientas mejor —dijo entre dientes—. A eso se reduce todo, ¿no? No has entendido nada. —Se había acercado a Matthew y le gritaba en la oreja para asegurarse de que la oía—. Escúchame con atención. Esto no tiene que ver contigo. Se trata de que el bebé, Ben y yo logremos que esto funcione. Y también se trata de tu mujer y tus dos hijos, que nacerán en cualquier momento. Ahora tienes que hacer lo que es bueno para los demás, Matthew, no lo que te haga sentir mejor.

—Pero no puedo evitar preocuparme por ti y por lo que le pase al bebé. —Matthew se movía rítmicamente adelante y atrás, como si se acunara.

Katy cerró los ojos e intentó tranquilizarse, normalizar su respiración acelerada.

—El momento de preocuparse ya pasó. Fue cuando estabas follando con la Virgen María, no ahora. La fastidiaste, Matthew. La fastidiaste totalmente.

Por un momento, Matthew pareció hundido, pero luego su expresión se endureció.

—Fui un idiota y lo lamento, pero el otro día te acostaste conmigo y no vi que te preocuparas por Ben. Ahora planeas pasar con él el resto de tu vida, aunque es un bobo.

—Déjalo estar, Matthew. No tiene nada que ver contigo, y no tienes ningún derecho a decir eso.

—Pero a lo mejor acaba educando a mi hijo.

—Basta. Ya está bien. No te atrevas a hablar de esto ahora. Ya abordamos este tema hace unas semanas, ¿recuerdas? Ben será el padre de este niño y punto. Ahora, por favor, déjalo estar.

Matthew la miró fijamente.

—Vale, si esto es lo que quieres... —dijo al cabo de un rato—. Pero no vengas a buscarme cuando Ben te haya abandonado porque se vea incapaz de asumir la responsabilidad.

Dicho esto, se encaminó con paso inseguro en dirección a los lavabos.

Menudo gilipollas, se dijo Katy. Cómo se atrevía a pedirle ver al bebé, cómo se atrevía a decir que Ben la iba a abandonar. Sin embargo, en el fondo sabía que Matthew podía tener razón. Ben había cambiado de actitud, pero era posible que, llegado el momento, no fuera capaz de resistir la presión. Katy miró frenéticamente a su alrededor; necesitaba que Ben la tranquilizara. Cuando lo vio hablando con unos amigos de Luke junto a la barra, hizo un par de respiraciones profundas para detener el llanto y fue a su encuentro. Pero cuando estaba apenas a unos metros, notó que le caían las lágrimas, como si se hubiera puesto en marcha el riego automático. Fue inútil que sorbiera con fuerza por la nariz; las lágrimas ya le rodaban por las mejillas. Ben miró horrorizado a aquella gorda sollozante que se acercaba y murmuró unas palabras a los tres chicos que estaban con él. Todos se apartaron de Katy llenos de asombro.

Ben le pasó el brazo sobre los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

Katy aspiró profundamente, intentando recuperar el control.

—Katy, cariño, ¿es por el pastel? ¿Te ha obligado a comerlo la madre de Charlene? Ya sé que sabe a matarratas, pero no creo que una mujer que pone a sus hijos estos nombres de teleserie sea peligrosa en absoluto. Aunque he oído que piensa matar a los invitados para no tener que devolver los regalos si la pareja se divorcia.

Katy no pudo evitar una sonrisa. Escondió la cara en el pañuelo y se rio a carcajadas. Sus hombros se agitaban convulsivamente. Dios mío, qué alivio comprobar que Ben estaba otra vez en forma.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho ahora el capullo? Te he visto hablando con él —dijo Ben, ya en serio—. No te habrá importado que me haya contado lo de vosotros dos, ¿no? Porque si ha querido fastidiarte, tendré unas palabritas con él. Es su mentira, no la tuya. No fue idea tuya ocultárselo a su mujer.

—No, Ben. No es eso. Estaba un poco preocupado por si te había sentado mal y la habías tomado conmigo. Nada serio, en realidad.

—¿Cómo? ¿O sea que piensa que la he tomado contigo a causa de sus estúpidos secretitos? Pero qué jeta. ¿Quién se ha creído que es, con estos juegos?

—No es ningún juego, Ben. Solo fue una mentira estúpida que se nos fue de las manos.

—Una mentira que de entrada era una ridiculez. ¿Qué clase de relación es esta, para que Matthew tenga terror a hablarle de antiguas novias? —Ben empezaba a ponerse nervioso.

—Ben, por favor, déjalo. No vale la pena.

—Vuelvo enseguida —murmuró. Y se fue.

Katy estaba buscando un pañuelo y al principio no vio a dónde se dirigía. Las puertas del lavabo de caballeros se abrieron con un chirrido y se cerraron con un sonoro bang.

Ben vio a Matthew nada más entrar; estaba de pie frente al urinario y se tambaleaba ligeramente. El lavabo estaba vacío, salvo tal vez por los moradores que se hubieran visto atraídos por décadas de mugre y de meados. A la derecha había dos cubículos, pero solo uno tenía puerta, y la bombilla solitaria que se balanceaba lentamente en el centro de la habitación otorgaba a la escena un aspecto de película de serie B.

Había tres urinarios, y Matthew había ocupado el de un extremo. Según la etiqueta masculina, Ben debía ocupar el urinario del otro extremo y dejar el de en medio libre. Por eso Matthew se quedó sorprendido cuando Ben apareció a su lado.

—Katy dice que te preocupa que se lo haga pasar mal porque de alguna forma os olvidasteis de que habíais sido pareja. Esto, a pesar de que tienes un tatuaje en el hombro que te lo recuerda desde hace muchos años.

Matthew se quedó tan sorprendido que interrumpió la micción y miró a Ben con aire desafiante.

—No, Ben. Solo quería saber si Katy estaba bien. Necesita que cuiden de ella. Está a punto de tener un hijo.

—¿Crees que no lo sé? Yo cuido de ella. Estoy cuidando de ella, y entonces apareces tú y lo estropeas todo —dijo Ben.

Matthew dejó escapar una carcajada.

—¿Qué haces para cuidarla? ¿Qué es lo que estás haciendo, exactamente, Ben? Porque a decir verdad no veo que hagas mucho.

Matthew dio por terminada su actividad y se adecentó antes de encararse de nuevo con Ben.

—Lo único que haces es ir a clase para hacer el ganso. Estás todo el tiempo saliendo con amigos y hasta te parece buena idea ir a una despedida de soltero cuando el bebé está a punto de nacer. Sinceramente, no creo que estés preparado, Ben. Tienes que madurar, o dejar que Katy siga su camino. No hay peor padre que el que pasa de todo, y Katy se merece algo mejor.

De repente se abrió la puerta y apareció Scott, que venía sin aliento.

—Señor, señor —le dijo a Ben—. Su novia está fuera y dice que tengo que sacarle de aquí ahora mismo. Y me comprará una cerveza con gaseosa si no se lo digo a mamá.

Scott agarró a Ben de la mano y tiró de él con todas sus fuerzas.

Pero Ben no apartaba los ojos de Matthew.

—Si sales ahora mismo te invito a una cerveza —le dijo a Scott.

—¿Cómo? ¿Con gaseosa o una cerveza de verdad?

—Lo que tú quieras. Ahora, largo de aquí.

—Síiii señor, lo que usted quiera, señor.

Scott desapareció tan rápidamente como había llegado.

—¿Crees que no me merezco ser padre? ¿Es por esto por lo que te muestras tan jodidamente arrogante conmigo? Bueno, pues te seré franco, Matthew. Me ha costado hacerme a la idea. Y sí, ha habido momentos en que tenía ganas de salir corriendo. Pero no lo he hecho, ¿no? Y si resulta que yo tengo a Katy y tú tienes a una mujer tan tiesa que parece que se haya tragado una escoba, bueno, pues la culpa es tuya, ¿no? Ahora escúchame bien, tío. Tuviste tu oportunidad, pero ahora Katy no te haría ningún caso. Así que vete por ahí, pedazo de inútil.

Visiblemente conmocionado por el ataque verbal de Ben, Matthew buscó asidero en un toallero roto.

—Eres patético, tío, patético —rio Ben.

De repente, sintió un agudo dolor en la barbilla y algo lo empujó hacia atrás. Chocó con la puerta del lavabo y siguió retrocediendo vacilante hasta acabar en la sala abarrotada, justo en el borde de la pista de baile. La cabeza le golpeó contra el suelo. Me ha pegado un puñetazo, pensó. El muy cabrón me ha pegado. Matthew estaba encima de él y le agarraba por el cuello de la camisa.

—¿No me haría ningún caso, dices? ¿No me haría caso? —Matthew se inclinó sobre Ben—. Será mejor que se lo preguntes a ella —le susurró al oído—. Te aseguro que me hizo caso la noche de la reunión de ex alumnos. Tiene un piso muy bonito. Tú estabas en una despedida de soltero, ¿no? Hay que ver las cosas que te puedes perder por culpa de una despedida de soltero.

Matthew volvió a golpear la cabeza de Ben contra el suelo. Luego se levantó y se encaminó a la salida con pasos vacilantes.

La violenta escena no pasó desapercibida para las ancianas que cabeceaban tranquilamente al ritmo de la canción de Eminem. En cuanto Matthew se fue, corrieron a ayudar a Ben.

—¿Qué haces en el suelo, cariño? —dijo una.

—¿Quieres una copita de jerez? —preguntó otra.

—Dadle un puñetazo de mi parte a ese animal. ¡No lo dejéis escapar! —gritó exaltada una señora con la falda de poliéster manchada de pepinillos.

Ben se puso de pie y se abrió camino a través del bienintencionado grupo que se agolpaba a su alrededor. Alcanzó a Matthew en el centro del local, lo agarró por el hombro, le obligó a volverse y le propinó un magnífico gancho con la izquierda. Matthew se desplomó como si le hubieran disparado. Se quedó inmóvil, tirado en el suelo.

Katy llegó corriendo, atraída por los gritos y palmadas de las adolescentes, que parecían muy impresionadas por la hazaña de Ben.

Ben la miró. No sabía qué decir ni qué sentir. Abrió la boca para hablar, pero la cerró cuando vio que Katy se arrodillaba en el suelo junto a Matthew, que no había recuperado el conocimiento.

—Matthew, despierta, por favor. Despierta —le suplicó.

Al ver que Matthew no respondía, le dirigió a Ben una mirada severa.

—¿Cómo se te ocurre hacer esto? —dijo, moviendo la cabeza con incredulidad.

Ben abrió de nuevo la boca para hablar, o para gritar, pero no dejó escapar ni un sonido. Miró por última vez la escena que se desarrollaba ante él, salió y se internó solo en la noche.

Capítulo 17

Katy estaba viendo *La mejor captura* en Discovery Channel. Unos pescadores descargaban en la cubierta del barco unas pesadas redes, rebosantes de cangrejos vivos que se agitaban frenéticamente. Katy no entendía por qué seguía mirando una escena que le producía náuseas, y sospechaba que le reconfortaba ver que otras personas lo pasaban peor que ella. Era su segundo día de baja maternal y ya estaba harta de ver la tele, sobre todo porque su mando a distancia se empeñaba en mostrarle programas de bebés donde aparecían parejas felices que vivían una etapa maravillosa. Katy se enfureció. Estuvo tentada de cancelar la suscripción a Sky y demandarlos por crueldad mental. Pero entonces fue a parar a *La mejor captura*. Ver a aquellos hombres luchar en condiciones tan duras la animó bastante. Además era el programa favorito de Ben. Tal vez, inconscientemente, esperaba que el programa actuara como un reclamo para atraer a su novio de vuelta a casa.

No había vuelto a ver a Ben desde la noche de la boda de Charlene, hacía tres días. Gracias a Dios, Matthew abrió los ojos en cuanto Scott le tiró sobre la cara una cerveza fría. Pero esta vez alguien avisó a Alison del altercado. Matthew se la encontró sentada junto a él en una incómoda silla en medio de la pista de baile.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —le chilló Alison a Katy.

Matthew había vuelto en sí, pero lo que balbuceaba no tenía sentido. Katy buscó a Ben con la mirada, pero no se le veía por ninguna parte.

—El otro tío le golpeó en la mandíbula —dijo Scott—. Fue un puñetazo muy bien dado. Yo intenté detenerlos, en serio. Fui a los lavabos cuando supe que se iba a liar, ¿no? Me puse entre los dos y les dije que pararan, pero el otro tío me dijo que me las pirara. Está claro que no quería que viera cómo le daba un puñetazo.

—¿A quién te refieres? ¿Quién le golpeó? —le preguntó Alison a gritos.

—Ya sabe, ese tipo alto y un poco desarreglado que iba con ella —dijo Scott, señalando a Katy.

—Katy, no se puede referir a Ben, ¿no? ¿Por qué iba Ben a golpear a Matthew?

—No lo sé, Alison. No tuve ocasión de preguntárselo, y ahora se ha ido.

Alison miró a Katy, se levantó lentamente de la silla y le preguntó a Charlene si su padre podría ayudar a Matthew a llegar al coche.

—Por supuesto —dijo el padre de Charlene. Pero entre el alcohol, tantas embarazadas y el hombre que veía tendido en el suelo, el pobre tuvo un momento de confusión—. ¿Queréis que traiga unas toallas calientes? —Hizo que Matthew le pasara el brazo sobre los hombros y cargó con él hasta al aparcamiento.

Katy se ofreció a colaborar.

—¿Quieres que os acompañe y os ayude a entrar en casa? —le preguntó a Alison.

—No —respondió Alison—. Creo que ya habéis hecho suficiente. ¿No te parece?

Es sorprendente lo silencioso que puede estar un teléfono, pensó Katy. En su vida normal los teléfonos no paraban de vibrar y de reclamarla. Tanto silencio le resultaba escalofriante, sobre todo ahora, cuando estaba en tensión ante la posibilidad de una llamada de Ben, por remota que fuera.

Le faltaban solo dos semanas para salir de cuentas, y no podía sentirse más hundida. Lo mismo que los cangrejos del documental, agitaba las patas frenéticamente buscando una salida, pero no conseguía avanzar, y sabía que se acercaba a lo inevitable. Para el cangrejo lo inevitable era la muerte, y para Katy una vida, la vida de un bebé que ahora mismo no tenía ningún padre, ya no digamos dos.

No podía evitar ponerse a llorar cada vez que recordaba que Ben le acarició la tripa en medio de la pista de baile. Le rompía el corazón pensar que era la primera vez desde su historia con Matthew que se permitía soñar con un futuro junto a un hombre. Pero duró solo media hora, como mucho. Mientras Ben compartía alegremente la botella de vodka con Daniel, Katy se imaginaba una boda sencilla en la playa. Ben llevaba de la mano al niño, que sostendría una cinta de la que colgaban sus alianzas matrimoniales. Había sido maravilloso creer que la historia podía tener un final feliz. Cuando comprobó que, una vez más, sus esperanzas se quebraban, el golpe fue durísimo.

Ahora los cangrejos parecían desesperados. Katy quitó el sonido de la tele y se tapó con el edredón que ahora tenía permanentemente sobre el sofá. Se dio cuenta de que todo en su vida estaba mal. El edredón ocupaba el sofá, ella iba todo el día en pijama, la loza sucia rebosaba el fregadero, la bolsa del hospital seguía vacía en el fondo del armario, los peleles del bebé todavía estaban sin desenvolver dentro de las bolsas de plástico y Ben se encontraba en paradero desconocido.

Envuelta en una bruma de desesperación, tuvo sin embargo la intuición de que tenía que hacer algo. Tal vez las cosas irían mejor si lo devolvía todo a su lugar. Puede que fuera un buen plan. Por lo menos sería mejor que no tener plan. Sería preferible que sentarse a llorar delante de unos cangrejos condenados a muerte.

Se levantó con esfuerzo del sofá, que chirrió agradecido, y se dispuso a recoger del suelo los desperdicios que suelen dejar los deprimidos: pañuelos mojados, envoltorios de chocolatinas, restos de comida para llevar y ejemplares atrasados de la revista *Hola*. Se puso a cuatro patas y recorrió metódicamente el salón como una especie de aspiradora humana, recogiendo todo. Lo que encontraba se lo iba metiendo en los bolsillos y dentro de las mangas para evitarse paseos hasta el cubo de basura. No pudo evitar una sonrisa al descubrir detrás del sofá un mando de DVD que había dado por perdido. Decidida a recuperarlo como fuera, se introdujo a duras penas entre

el sofá y la pared, y cuando ya pensaba que se había quedado allí atrapada para siempre, oyó la puerta que se abría y unos pasos que se acercaban. Si eran ladrones armados, pensó, sería mejor no salir, aunque la delatarían sus piernas, que sobresalían del sofá. Claro que también podía tratarse de Ben. Con esta idea se incorporó y apareció de repente como un conejo que sale de su madriguera.

Ben estaba en medio del salón. Con un ojo miraba a los enmudecidos cangrejos, que ya eran como de la familia, y con el otro la miraba a ella.

—Un buen programa —dijo—. Hay un tipo que pierde una pierna.

Katy se puso de pie sin que Ben hiciera el gesto de ayudarla.

—¿Dónde te has metido? Estaba muerta de preocupación —dijo Katy.

Ben apartó la mirada de la tele y clavó en Katy una mirada inexpressiva.

—En casa de mi madre.

—¿Qué ha pasado, Ben? ¿Por qué te fuiste de aquella manera?

—Bueno, tú no querías que me quedara, ¿no?

—Claro que quería que te quedaras.

—No, no querías. He venido a recoger mis cosas.

—Ben, un momento. Siéntate, por favor. Dime lo que ha pasado —dijo Katy—. ¿Te ha tocado las narices Matthew? No dejes que se meta contigo. Ahora podemos olvidarnos de él.

—¿En serio? —Ben se sentó en el sofá y se puso a mirar la tele en silencio.

—Sí. Ben, por favor, dejemos esto y pensemos en el bebé. Es lo único que importa, ¿no te parece?

—No, no puede ser. No podemos hacerlo.

—Pero ¿por qué? —Katy agarró a Ben de las muñecas. Estaba empezando a asustarse de verdad—. Vamos, Ben. Podemos hacerlo.

Ben le habló lentamente, sin elevar la voz.

—No, no podemos. A quien de verdad quieres es a él, ¿no? Bueno, tal vez no a él exactamente, pero a alguien como él. Ahora lo entiendo. Entiendo cómo me ves, como alguien que hace el indio. Durante el día juego a juegos estúpidos con niños estúpidos, y por la noche hago estupideces con mis estúpidos amigos. ¿Qué tienes que ver tú con esto? Tú estás en tu lujosa oficina, con tu secretaria, tus comidas en restaurantes pijos y tu cuenta bancaria bien provista. ¿Cómo pude pensar que yo sería algo más que un entretenimiento para ti? No me extraña que te acostaras con Matthew.

Katy se sentó de golpe. Así que Matthew se lo había dicho. Por eso Ben le dio un puñetazo. Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos.

—Lo siento muchísimo —sollozó, con la cara entre las manos—. Fue una tontería, un error tremendo. No quería hacerte daño.

—En realidad no habíamos dicho nada de comprometernos, ¿no? —Ben continuó hablando como si no hubiera oído ni una palabra—. No dijimos que no pudiéramos acostarnos con otras personas. Solo que me habría gustado que me lo dijeras, eso es todo. Así habría sabido dónde estaba. Porque ahora me siento como un idiota por haber pensado que esto podía funcionar.

Bajó la mirada al suelo y empezó a golpear metódicamente el costado del sofá.

—¿Y sabes una cosa? Puedo entender que un tío como Matthew resulte atractivo, en serio —continuó—. Quiero decir, lo tiene todo, ¿no? Un tío así puede cuidar de una mujer. Tiene un buen

trabajo, una casa grande y suficiente sensatez para ser un buen padre. No permitiría que sus hijos se descarriaran, como podría hacer yo. Lo importante es la seguridad, ¿no? Es lo que necesitas ahora. ¿Y qué puedo ofrecer yo? Toda mi seguridad consiste en un viejo Ford Focus que es un trasto y en un abono para los partidos de Leeds United.

—Por favor, Ben. Basta, por favor —le suplicó Katy—. Lo has entendido todo mal, en serio.

—No, Katy. —Ben la miraba ahora a los ojos—. Creo que es la primera vez que lo veo claramente. He estado pensando y he llegado a la conclusión de que he sido un idiota. Al salir contigo he apuntado demasiado alto. Estaba cantado que un día aparecería un tipo como Matthew, alguien que estaría a tu altura. Y aunque solo te hayas acostado una vez con él, hay miles de hombres como Matthew que te merecen y pueden cuidar de ti mucho mejor que yo.

La voz se le quebró y se volvió rápidamente para ocultarle a Katy la lágrima que le rodaba por la mejilla.

—Pero Ben, no hay miles de hombres como tú. No hay nadie que me haga sentir tan bien como tú —sollozó Katy.

Ben se secó la lágrima antes de responder.

—¿Y cómo te hago sentir, exactamente?

—Bueno... —Katy atisbo un rayo de esperanza y buscó desesperada las palabras adecuadas, pero no sabía por dónde empezar—. Ben, tú eres diferente de los demás. Tú me haces reír y, y...

—A eso me refería, a que no es suficiente —dijo Ben con amargura.

—No, espera. Es mucho más que eso. ¿Cómo te lo puedo explicar? Tú impides que yo me convierta en mi peor pesadilla. Oh, Dios mío. Lo estoy haciendo fatal —dijo, agitando los brazos en un gesto desesperado—. Es como cuando te explico que en el trabajo hemos estado discutiendo sobre cómo describir un detergente para el inodoro y tú me dices que nos limitemos a decir que limpia la mierda.

—Bueno, es que limpia la mierda.

—Exactamente. Pero solo tú eres capaz de decir algo así.

—¿Decir qué, que los detergentes para el váter limpian la mierda? Bueno, pues ya puedo sentirme orgulloso. Con descripciones así no me extrañaría que me nominaran para el Nobel.

—No, Ben. Intentaré explicártelo. —Katy se levantó y cogió a Ben por las muñecas—. Yo también he pensado en esto, y creo que si funciona es porque somos tan distintos. No quiero una pareja que sea como yo, porque entonces me convertiría en una de esas odiosas señoras pijas que viven en una urbanización y cuelgan en la entrada cestitas con flores.

Ben parecía confuso.

—Pero, pero... —tartamudeó—. Pero tú vales mucho más que yo —dijo al final, con un hondo suspiro.

—Esto no es en absoluto cierto. —Katy le acarició la mejilla suavemente y notó en los dedos la humedad de sus lágrimas—. Tú, Ben King, eres el hombre más divertido, más bueno y más leal que he conocido jamás —dijo—. Y yo soy la chica más afortunada del mundo por estar contigo.

Ben la miró atónito y empezó a parpadear rápidamente para que no le saltaran las lágrimas.

—¿Lo dices en serio? —Escrutó a Katy como si quisiera detectar cualquier indicio de fingimiento.

—Muy en serio —asintió Katy con determinación. Todo su cuerpo estaba en tensión. Necesitaba que Ben la creyera.

—Quiero que me repitas eso —dijo Ben en voz baja.

—He dicho que eres el hombre más divertido, más bueno y más leal que conozco, y que soy la chica más afortunada del mundo por estar contigo —repitió Katy de carrerilla.

Al ver que una levísima sonrisa se abría camino hasta la comisura de los labios de su novio, Katy se dijo que a lo mejor había acertado. Se esforzó por recordar qué otras cosas había estado pensando en estos últimos días de dolor y ofuscamiento, cómo podría convencer a Ben de que tenían un futuro juntos.

—Vales más que diez Matthews o que cualquier otro tío como él, y me arrepentiré lo que me queda de vida de haberme acostado con él —dijo, sabiendo que era totalmente cierto—. Ben, ya sé que no merezco que me perdones, pero te quiero. Quiero que estés conmigo más que nada en el mundo, y no puedo seguir viviendo sin que me acaricies la tripa.

Dicho esto, cogió la mano de Ben, se la llevó a los labios y depositó un suave beso en ella antes de colocarla sobre su tripa.

De nuevo Ben escrutó el rostro de Katy. Luego bajó la mirada a la abultada tripa, donde ambos tenían las manos entrelazadas, y de repente se inclinó hacia delante para abrazarla, sollozando de forma incontrolable.

Katy lo abrazó con toda la fuerza de que era capaz. Respiraba agitadamente y estaba exhausta tras esta dura prueba emocional, pero profundamente aliviada de ver que había un futuro, después de todo.

Pero, de repente, Ben se apartó de ella y se secó la nariz humedecida con la palma de la mano.

—Pero Katy, es que no estoy seguro de poder ser un buen papá —dijo, moviendo la cabeza—. No puedes arriesgarte a cargar con un padre que sea una mierda.

Katy suspiró. No sabía si tendría la energía suficiente para aplacar las inseguridades de Ben en este aspecto. Pero tenía que seguir adelante. Lo peor ya estaba hecho.

—Ben, estoy convencida de que serás un papá estupendo. No me cabe ninguna duda. Y ya sé que debe de ser muy duro pensar que existe una pequeña posibilidad de que el niño no sea tuyo, pero eso no importa. Para mí tú serás el padre. Y punto.

Ben retrocedió como si alguien le hubiera golpeado.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con que puede no ser hijo mío? ¿De qué demonios estás hablando? —preguntó estupefacto, con los ojos como platos.

—¿Qué..., cómo? Oh, Dios mío. —Katy hundió la cara entre las manos.

—¿Qué quieres decir, Katy? —insistió Ben.

Katy estaba conmocionada. Empezó a balancear el cuerpo adelante y atrás, como si se acunara.

Ben se inclinó hacia ella y le apartó sin miramientos las manos de la cara.

—¿Qué quieres decir? —repitió, casi gritando.

—Pensé, pensé que lo habrías deducido. Oh, Ben, lo siento muchísimo.

—¿Acerca de qué, Katy? Explícame lo que quieres decir. *Ahora mismo* —gritó.

Katy tuvo que hacer un esfuerzo considerable para hablar. Soltó la explicación de golpe.

—Solo me acosté con Matthew una vez, te lo prometo, pero fue en los días en que me quedé embarazada, de modo que hay una pequeñísima probabilidad de que Matthew sea el padre. Pero es pequeñísima, Ben —dijo, dirigiéndole una mirada suplicante—. Tú y yo hicimos el amor muchas veces en esos mismos días, de modo que el bebé tiene que ser tuyo. Seguro que lo es, Ben.

El bebé es tuyo, te lo prometo. —Había cogido a Ben de los hombros y lo sacudía como si quisiera hacérselo entender a la fuerza.

—Pero no lo entiendo. —Ben dio un paso atrás—. ¿Me estás diciendo que lo sabías desde el primer momento?

—Bueno, lo sospechaba. Pero, como te digo, es una probabilidad tan pequeña que..., que...

—Que ¿qué? Decidiste que no me lo dirías. ¿Hablaste con Matthew de esto?

—Bueno, sí. Pero porque él tenía esa sospecha, así que no me quedó otro remedio. Y estuvimos de acuerdo en que la probabilidad era tan nimia que sería mejor para todos si nos olvidábamos del tema.

—¿Cuándo hablaste con él?

—Hace siglos, no lo recuerdo.

—¿Cuándo, Katy? —insistió Ben en tono de furia.

—Mierda, no lo sé. —Katy estaba muy alterada—. Supongo que después de que los viéramos en la primera clase de preparación al parto. Yo creía que no lo vería nunca más, pero cuando me lo encontré en clase tuve que hablar con él.

—De modo que hablasteis de esto hace semanas, y durante todo este tiempo has permitido que yo creyera que el niño era mío.

—Ben, por favor. Si lo dices así parece una cosa horrible. Yo quería hacer lo correcto, te lo prometo. No pretendía engañarte.

—¿Cómo? Has estado todo este tiempo haciéndome creer que el bebé era hijo mío cuando sabías que a lo mejor no lo era. ¿No crees que yo tenía derecho a saberlo? Está claro que pensaste que Matthew tenía derecho.

—No, no fue así. Yo no decidí decírselo a Matthew. Él lo adivinó y tuve que hablar con él y convencerle de que no lo estropeará todo. No podía permitir que lo estropeará todo. Por favor, Ben, escúchame —suplicó Katy—. Tú eres el padre.

Ben no respondió. Miraba a lo lejos por la ventana. Katy no se atrevía a decir nada por temor a meter la pata y rezaba pidiendo un milagro. Pero Ben dijo la última palabra.

—No importa lo remota que sea la posibilidad, Katy. El caso es que esa posibilidad existe, y no estoy seguro de que pueda soportarlo. Pero una cosa es cierta: me mentiste. No solo con respecto al bebé, sino también con respecto a Matthew. No eres la mujer que yo creía que eras, Katy. ¡Y pensar que yo creía que no era lo bastante bueno para ti!

Las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Ben rodaban casi tan rápidas como las que surcaban el rostro de Katy.

—Claro que eres lo bastante bueno para mí. Claro que sí, Ben. Y tienes razón en que yo no soy lo bastante buena para ti. Lo que he hecho está muy mal, pero intentaba hacer lo correcto. No quería herirte.

—Bueno, pues es lo que has hecho.

Ben se encaminó hacia la salida. Katy fue detrás de él.

—No te vayas, Ben. No te vayas, por favor. Te necesito. Esto no puedo hacerlo sola. Ben, por favor. No me dejes, por favor.

Ben se volvió un instante a mirarla. En su rostro habían aparecido unas líneas nuevas, y tenía tal expresión de desespero que estaba irreconocible. Miró fijamente a Katy y salió por la puerta.

Katy se desplomó en el suelo y lloró como nunca había llorado antes. En ese mismo momento

los cangrejos muertos, todavía sin sonido, caían sobre un muelle en Alaska, en mitad de la noche.

Capítulo 18

No estaba segura de la hora que era. Miró el televisor, pero los cangrejos habían desaparecido; probablemente los habría destripado de mala gana un alaskaño.

Katy se sentía como si le hubieran vaciado las entrañas. No era un llanto normal; era un torrente, una avalancha que arrasaba con todo, un tifón acompañado de aullidos que amenazaban con ensordecirla. Cada vez que pensaba que ya había pasado lo peor y empezaba a recuperarse, sufría un nuevo ataque de llanto que la dejaba rendida y exhausta.

No se había movido del pasillo, donde la dejó Ben. Seguía allí hecha un ovillo en el suelo, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para moverse. Tenía las manos y los antebrazos mojados de lágrimas; los pañuelos que recogió del suelo ya hacía tiempo que estaban empapados.

Finalmente comprendió que necesitaba ayuda. No podía salir de este estado sin la ayuda de alguien de fuera. Haciendo un supremo esfuerzo, se puso a cuatro patas y avanzó lentamente hacia el teléfono, sobre una mesita al otro lado del vestíbulo. Al llegar tuvo que sentarse de nuevo en el suelo como si acabara de correr una maratón. Hizo unas cuantas inspiraciones profundas para calmar la respiración y marcó el número del móvil de Daniel.

Por supuesto, tenía conectado el buzón de voz. Acurrucada en el suelo, escuchó el mensaje de Daniel mientras reunía fuerzas para hablar.

—Hola, chicos. Supongo que estoy haciendo algo muy importante o he desviado mis llamadas porque no quiero hablar con vosotros en este momento. Pero dejadme un mensaje y os llamaré cuando haya recogido mi premio al genio de la creatividad publicitaria.

—Daniel, Daniel. Coge el teléfono. Por favor, coge el teléfono —dijo Katy, entre sollozos.

Entonces recordó que estaba hablando con un contestador automático y que Daniel no podría oírla.

—Daniel, llámame enseguida. Ben lo sabe todo y se ha marchado para siempre. ¿Qué voy a hacer ahora? Deja lo que estés haciendo y llámame, Daniel. Te necesito.

Colgó el teléfono. Hizo una mueca de dolor cuando el bebé le dio una fuerte patada. Katy se miró la tripa; el bebé parecía estar comprobando si había alguna brecha por donde pudiera salir cuanto antes.

«Esto va en serio», pensó. Una elevación le recorría como una duna toda la barriga. «Voy a tener un bebé yo sola». De nuevo se puso a llorar, pero esta vez ya no era una tormenta, sino una

molesta llovizna de esas que no paran nunca.

Y siguió lloriqueando cuando empezó a imaginarse su vida como madre soltera. De repente sonó el teléfono. Katy respondió antes del segundo timbrado.

—¿Qué voy a hacer? Ben se ha marchado, esta vez para siempre —dijo de sopetón, antes de que Daniel pudiera saludar—. Cuando vino, todo estaba bien. Pero luego, estúpida, estúpida de mí, pensé que habría sacado sus propias conclusiones y que sabía que era posible que no fuera el padre. Pero resulta que no, que no había sacado conclusiones. Y empezó a gritarme que se lo explicara, así que tuve que contárselo todo. Entonces dejó de gritarme pero ya no me hablaba. No decía nada. Solo miraba al infinito con una tristeza infinita. Nunca le había visto tan triste. Luego por fin me dijo que yo no le merecía, que no podía superar que le hubiera mentado. Y tiene toda la razón, claro. He sido una idiota. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo le puedo contar al bebé lo que he hecho? No sé cómo le diré que es culpa mía que no tenga un padre, que lo he estropeado todo, que le he destrozado la vida antes de que naciera.

—Ahora mismo voy —dijo Matthew.

Cuando Katy dejó caer el auricular al suelo, Matthew ya había colgado. Se oyó el desagradable crujido del teléfono contra la madera seguido de un zumbido sordo, señal de que ya no había nadie al otro lado de la línea. Oír la voz de Matthew resultó tan sorprendente que Katy se quedó sin palabras. Con movimientos de autómatas, recogió el teléfono del suelo y marcó el número que permite devolver la última llamada. Saltó el contestador automático.

—Hola, has contactado con Matthew Chesterman. Lamento no poder contestar, pero déjame tu nombre y tu número de teléfono y te llamaré en cuanto pueda. Por favor, espera a oír la señal antes de hablar. Muchas gracias.

—Coge el teléfono —masculló Katy, aunque sabía perfectamente que Matthew no podía oírla. Sonó la señal.

—Pensaba que eras Daniel. Si oyes este mensaje, quiero que sepas que no creo que debas venir. No te metas en esto, Matthew. Por favor.

Katy volvió a colgar el teléfono, atravesó el salón arrastrando los pies y se desplomó sobre el sofá. En Discovery Channel ya no estaban los cangrejos. Ahora se veían unos alces apareándose en una zona boscosa muy remota. Visto así, sin sonido, parecía un ritual poco agradable. Cuando el macho acabó su tarea, bajó al suelo, se sacudió un poco, echó una última ojeada a las demás hembras y tranquilamente se encaminó hacia su nuevo objetivo.

«Típico de los hombres», pensó Katy. Entonces se dio cuenta de que ella se había comportado igual que el despreocupado alce. ¿O acaso no había pasado de una pareja a otra sin pensar en las consecuencias?

En la tele la escena cambió. Ahora el alce corría rápidamente a través del tupido bosque. Hubo un fundido a negro y se vio al alce tendido en el suelo y a dos cazadores que recargaban sus escopetas.

—Yo también merezco que me peguen un tiro —susurró Katy.

El bebé le propinó una fuerte patada.

—Dios mío, pero si hay un bebé, un bebé de verdad. No puedo dejar que me maten en paz.

El bebé le dio otra patada.

—Está bien, está bien. Ya basta.

Katy se levantó del sofá y entró en el cuarto del bebé, donde había una cuna desmontada en el suelo y un montón de bolsas de plástico llenas de productos para el bebé que estaban sin abrir.

Cogió la bolsa que tenía más a mano y la vació en el suelo. Se arrodilló y empezó a romper cartones y papeles de celofán como si le fuera en ello la vida. Tiraba el embalaje a un lado y el contenido al otro, y gritaba de frustración cada vez que un artículo parecía no querer desprenderse de su envoltorio.

Cuando acabó con las bolsas de plástico, empapada en sudor, vio el destornillador que Ben había dejado allí listo para montar la cuna. Lo agarró y empezó a poner tornillos en las piezas de madera, sin saber si los estaba poniendo bien. Al poco rato, lo que tenía era una cuna que parecía un dpi de diseño para enanitos. Estaba jadeando, pero no se atrevía a parar, ni siquiera a ir más despacio, porque entonces dejaría de pensar en la construcción artística y empezaría a tener pensamientos mucho más destructivos.

Cuando ya no le quedaban más tornillos que atornillar, arrojó el destornillador al otro lado del cuarto y se puso de pie como pudo. Del rincón cogió un montón de chaquetas, peleles, sábanas y mantas para el bebé y se los llevó a la cocina, tropezándose con las prendas que se le caían por el camino.

Y justo cuando se acercaba al vestíbulo llamaron al timbre. Katy estaba tan inmersa en su frenética actividad que se había olvidado de la llamada de Matthew. Se preguntó quién podía ser; por un instante pensó que podía ser Ben y el corazón le dio un vuelco. Pero entonces recordó el rollo que sin querer le había soltado a Matthew y comprendió que no había podido oír el mensaje que le dejó después.

De pie en el pasillo, Katy enterró la cara en la pila de ropa. Una nueva oleada de desesperación le inundó el pecho y le golpeó la garganta, amenazando con convertirse en otro torrente de lágrimas.

—Déjame entrar, Katy, por favor. Déjame cuidarte, aunque sea un minuto. Quiero comprobar que estás bien —gritó Matthew a través de la puerta. Su voz sonó tan cariñosa y amable que Katy corrió a abrirle.

Pese a la montaña de ropa que llevaba en los brazos, Katy logró abrir, y Matthew se encontró frente a una colada andante y sin rostro que le saludaba.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy aquí —sollozó Katy, hundiendo en la pila de ropa la cara roja e hinchada de tanto llorar.

—Mira, ¿por qué no dejamos esto en el suelo y nos sentamos un momento? Así me puedes explicar lo que ha pasado.

—No. —La cara de Katy asomó un momento entre la ropa—. Tengo que lavar todo esto. No puedo dejarlo en el suelo. Hay que lavar esta ropa. El bebé podría llegar en cualquier momento.

Recuperó las prendas que Matthew le había cogido de las manos y siguió andando hacia la cocina.

—Todavía no estás de parto, ¿verdad? —preguntó Matthew.

Katy se volvió a mirarle.

—No digas tonterías. ¿Crees que estaría aquí si estuviera de parto? Hay que lavar esto cuanto antes, no hay tiempo que perder. Tengo que estar preparada, porque ahora no hay nadie que pueda

ayudarme.

Cuando Matthew entró en la cocina, Katy pretendía meter en la lavadora por lo menos el doble de ropa de la que cabía.

—¿Por qué no dejas que te ayude? —preguntó Matthew, mientras intentaba quitarle suavemente de las manos algunos de los peles de algodón.

—No, lo haré yo. Ben se ha ido. Estoy sola. Ahora tengo que aprender a hacerlo todo yo sola.

Katy estaba frenética. Cogía todo lo que tenía a su alcance y lo metía en la lavadora. Casi lo había metido todo cuando una esquina de una manta se le resistió. Katy tiró y tiró de ella, pero no había manera.

—¡Matthew, suelta! No me estás ayudando —gritó, pero cuando levantó la cabeza vio que Matthew estaba apoyado en la pared a unos metros de distancia, esperando pacientemente a que ella terminara.

Katy volvió la atención a la esquina de la manta. Dio un fuerte tirón que casi la hizo caer al suelo.

—Katy, estás intentando meter en la lavadora la bata que llevas puesta —dijo Matthew. Se arrodilló junto a ella y le acarició la espalda—. Por favor, siéntate. Vamos a tranquilizarnos un poco, ¿vale?

—¡Deja de molestar! —le gritó Katy a la cara—. Ya te he dicho que no tengo tiempo para esto. No he preparado nada, y tengo que hacerlo yo sola. —De repente se quedó mirando a Matthew con expresión de horror—. Oh, Dios mío. Oh, Dios mío. Ni siquiera he preparado mi maleta para el hospital. Es lo que tendría que hacer lo primero de todo.

Katy se incorporó, abandonó la montaña de ropa, que rebosaba de la lavadora, y se encaminó al cuarto del bebé.

Matthew la siguió. Se quedó mirándola mientras intentaba bajar la maleta de la última estantería del armario. Le sorprendió el tipi para enanitos que se erigía como sorprendente monumento en mitad del cuarto. Estuvo a punto de preguntar qué era, pero lo pensó dos veces y decidió callarse. Se acercó a Katy por detrás, alzó los brazos por encima de su cabeza y bajó la maleta.

—Gracias —jadeó Katy—. He decidido que lo colocaré todo a mi altura, y así no tendré que pedirle a nadie que me lo baje.

Katy volvió a salir del cuarto, esta vez en dirección al cuarto de baño. Matthew pensó en sentarse en el salón hasta que a Katy se le hubiera pasado el frenesí, pero oyó un ruido de cristales en el baño y decidió que era preferible seguirla un rato más.

—No es nada, no es nada. Márchate. Déjame en paz. Es una botella de gel que se ha roto en la bañera. Lo lavaré más tarde. Ahora vete, Matthew, por favor.

Katy estaba tirando dentro de su maleta cada una de las carísimas botellas de perfume que tenía. A Matthew se le hizo un nudo en la garganta al recordar lo que pensó la noche de la fiesta cuando vio el baño de Katy. Entonces le pareció que era un intruso en un pequeño remanso de paz. El baño tenía el mismo toque exótico que lucía Katy aquella fatídica noche, cuando Matthew se atrevió a comportarse como un hombre libre. Nadie habría adivinado que volvería al mismo baño, pero esta vez con una mujer enloquecida que arrojaba botellas por todas partes.

Katy salió del baño, y al pasar junto a Matthew lo empujó sin ninguna consideración. Un poco abatido, la siguió al dormitorio preguntándose qué pasaría a continuación. La encontró abriendo

los cajones de un mueble y tirando todo el contenido al suelo.

—Así que no lo he comprado, ¿no? Dios, menudo desastre. Era lo único que tenía que comprar y no lo he comprado. No sirvo para nada, no estoy preparada para ser madre. Tengo que ir ahora, antes de que cierren las tiendas, antes de que se haga tarde.

Abrió el armario, sacó unas botas y se sentó en la cama para ponérselas, a pesar de que estaba todavía en pijama y de que a una embarazada de nueve meses le resulta casi imposible abrocharse unas botas.

Matthew se arrodilló delante de ella y le levantó suavemente la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, con toda la calma de que fue capaz.

—Tengo que salir a comprar un camisón para dar a luz. Tiene que tener botones por delante, eso es lo que dijo Joan en clase, porque así puedes tener al bebé contra tu piel sin desnudarte. Se supone que tienes que tener al bebé contra tu piel porque eso ayuda a crear un vínculo entre madre e hijo, y eso es lo que tengo que hacer, porque si yo no tengo un vínculo no sé quién lo tendrá, porque estaré sola. Yo sola.

La oleada de lágrimas volvió a brotar. Katy se arrojó en los brazos de Matthew sacudida por violentos sollozos. Matthew le dio su pañuelo bordado y perfectamente planchado para que enjugara las lágrimas, se sentó en el borde de la cama con ella y la acunó suavemente.

Permanecieron así en silencio durante más de media hora, hasta que Katy, agotada, se incorporó en la cama con las manos sobre el regazo, retorciendo el pañuelo empapado de Matthew y sorbiendo las lágrimas, mientras él le acariciaba suavemente la espalda.

—¿Quieres explicarme lo que ha pasado? —preguntó Matthew cuando le pareció que se había acabado el llanto.

Katy quiso empezar a contárselo, pero la acometió otra oleada de tristeza que la dejó sin palabras. Se arrojó sobre la cama y golpeó las almohadas.

—Soy una mierda, una mierda —dijo con voz ahogada por las almohadas—. ¿Qué he hecho? No me merezco a nadie. Lo he estropeado todo —dijo, levantando la cabeza.

—Entonces, ¿te ha dejado? —preguntó Matthew.

—Claro que me ha dejado. ¿No habrías hecho tú lo mismo? Lo sabe todo, Matthew. Ahora sabe que tú podrías ser el padre del bebé. ¿Por qué tuviste que decirle que nos acostamos? —preguntó enfadada—. ¿Por qué, Matthew? Ben tenía que saberlo, ahora lo comprendo. Tenía que enterarse, pero se lo tenía que haber dicho yo, no tú. ¿Con qué derecho se lo dijiste? Eres un cabrón. Un auténtico cabrón.

Katy empezó a golpear a Matthew en el pecho con todas sus fuerzas, hasta que él consiguió agarrarla de las muñecas.

—Lo siento, en serio, lo siento. Estaba borracho y me había enfadado con Alison porque me trataba como a un niño delante de todos, diciéndome que dejara de beber vodka. Entonces Ben entró en los lavabos y se burló de mí. Me dijo que ahora tú no me harías caso porque yo era demasiado aburrido... No pude contenerme. Tuve que dejarle las cosas claras, ¿sabes? Fue una estupidez, estuvo muy mal. Lo siento mucho, Katy, en serio.

Katy se dobló por la cintura y enterró la cara entre las manos.

—¿Sabes una cosa? En realidad no importa. Lo habría descubierto antes o después. No sé cómo demonios me imaginé que podía ocultar algo tan importante. Metí la pata, y ahora tengo que apechugar. Es mi problema.

—No, no es tu problema. También es el mío —dijo Matthew. Le pasó a Katy un brazo sobre los hombros y puso una mano sobre las manos de ella—. Lo hemos hecho entre los dos. No voy a dejar que cargues tú sola con el problema. Ya pensaré algo. Cuidaré de ti, Katy, ya veré cómo. Te fallé una vez hace muchos años y no pienso volver a hacerlo. Tiene que haber una salida. No vas a estar sola en esto.

Katy miró a Matthew. No sollozaba, pero las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Tú tienes esposa y dos gemelos en camino.

—Este es mi problema. El bebé podría ser mío, Katy. No voy a darle la espalda a esto. No puedes obligarme. Cuidaré de ti, te lo prometo.

Se inclinó para darle a Katy un beso en la mejilla, que estaba roja y caliente. Pero su gesto solo logró que las lágrimas fluyeran con más rapidez.

—Lo siento —dijo Katy en voz baja. Se disculpaba por la aparente falta de control sobre sus emociones.

—No, yo sí que lo siento.

Matthew se inclinó sobre ella, y esta vez la besó en la boca con firmeza. Katy opuso resistencia un instante, y luego se abandonó a la reconfortante calidez de sus labios. Las caricias en la espalda la hacían sentir cada vez más relajada, más adormilada. Pero de repente dio un brinco como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Acababa de venirle a la mente la imagen de Ben.

—Basta. Para. ¿Qué estoy haciendo? Oh, Dios mío, como si no hubiera destrozado bastantes cosas ya.

Se puso de pie y salió corriendo del cuarto. Le gritó a Matthew que se marchara. Cuando el confuso Matthew llegó al vestíbulo, Katy había abierto la puerta del piso.

—Vete ahora mismo. Márchate. Déjame en paz.

—Katy, por favor, yo solo...

—¡Largo de aquí! —chilló ella.

—Pero Katy...

—¡Largo!

Capítulo 19

Katy entreabrió un ojo y descubrió que estaba tumbada en el sofá rodeada de oscuridad, salvo por los destellos del televisor, que seguía sin sonido. ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué todo estaba oscuro y en silencio? Antes de quedarse dormida no había habido tanto silencio, estaba segura.

Entonces lo notó. Sintió que su cuerpo empezaba a tensarse por sí solo, sin una orden de su mente. No era una tensión simplemente molesta, era de alto voltaje. Parecía como si la agujonearan con innumerables picanas de las que se usan para el ganado. Durante unos instantes, los agujones recorrieron todo el interior de su tripa, palmo a palmo, y luego desaparecieron sin más.

El dolor fue tan intenso que la hizo jadear.

—¡Maldita sea! ¿Qué ha sido esto? —gritó, agarrándose la tripa. Y al tocar aquella tensa pelota encajada bajo su pijama, Katy recordó los acontecimientos del día. También comprendió vagamente que lo que acababa de experimentar debía de ser una contracción. Esperó a que se le pasara el jadeo, se incorporó y apagó la tele. Se quedó totalmente a oscuras.

Estaba exhausta. Tanteó en busca de la lámpara que había en un extremo del sofá. No tenía energías para ponerse de parto ahora, después de un día tan horroroso. Probablemente no era nada; el bebé que se movía, o una falsa contracción. Contracciones uterinas, las llamaban, o algo así. Se quedó inmóvil, confiando en que no volviera el dolor. Pasaron unos minutos y todo parecía normal.

Me daré un baño, pensó Katy. Un baño, y luego a la cama a dormir. Mañana las cosas no me parecerán tan terribles. Seguramente ya he tocado fondo.

Pero cuando fue a levantarse, las picanas para el ganado volvieron a agujonearla. Katy se dobló por la cintura y soltó un grito que parecía un mugido. Además de gemir, hizo sus respiraciones lo mejor que sabía y se balanceó adelante y atrás para calmarse. Cuando el dolor remitió, se sentó en el suelo, totalmente apabullada.

Que no me ponga hoy de parto, por favor. Ahora no puedo. No estoy lista. No estoy mentalmente preparada, se dijo a sí misma.

—Dios querido, ya sé que solo hablo contigo cuando quiero algo, o en Navidad, cuando lloro al oír a los niños cantando villancicos. Pero esta vez estoy desesperada de verdad. Si me ayudas,

te prometo que hablaré cada día contigo, y en lugar de arrojar las monedas en la lata las pondré en sobrecitos, como hacen algunas ancianas. Y te prometo que haré otras muchas cosas buenas, pero, por favor, Dios mío, échame una mano. Que el parto no sea hoy, que sea por lo menos mañana — pidió Katy.

Estaba de rodillas, con las palmas fuertemente unidas en actitud de oración y los ojos bien cerrados cuando llegó una nueva contracción.

—De acuerdo. Quieres darme una lección, ¿no? Quieres castigarme por meterme en este lío, sobre todo. Bueno, pues esto no te gustará, pero es que no me dejas otra opción —resopló.

Caminando como un pato, fue hasta el teléfono que había en el pasillo y marcó el número.

—Espero que esto funcione —dijo Katy en voz alta—. No te imaginas lo que me ha costado llamarte.

Cuando sonó el pitido, le habló entre dientes al contestador.

—Daniel, ven enseguida. Vas a asistir al milagro del nacimiento. Estoy de parto.

Colgó el teléfono bruscamente, quitó el pasador a la puerta y entró en el cuarto de baño. Era consciente de que estaba perdiendo líquido. ¿Habría roto aguas o es que las primeras contracciones te asustan tanto que te haces pipí encima? ¿Qué dijo Joan sobre esto en las clases? Por más que se esforzaba, no conseguía recordar. Lo único que le vino a la memoria fue que tenías contracciones en casa antes de ir al hospital.

Katy se sentó en el váter con la cabeza entre las manos y procuró hacer acopio de fuerzas para levantarse y cambiarse antes de que llegara la siguiente contracción. Se dirigió renqueando a su cuarto y consiguió cambiarse de pijama y meterse en la cama a tiempo.

Ignoraba cuántas veces se había visto de nuevo atacada por la picana para el ganado antes de que llamaran a la puerta.

—¡Está abierta! —gritó.

Hubo un silencio seguido de unos golpes insistentes con los nudillos.

—Katy, soy yo. Déjame entrar. Traigo toallas y tequila. —Era la voz de Daniel.

—¡Está abierta! —gritó Katy, más fuerte esta vez.

Otra pausa.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Katy, ¿estás bien? ¡Por el amor de Dios, abre la maldita puerta!

Katy oyó la voz de la vecina dirigiéndose a Daniel en el rellano.

—¿Ocurre algo?

—Sí. Se trata de Katy. Me telefoneó diciendo que estaba de parto y ahora no contesta. ¿Sabe si ya se ha marchado?

—No lo creo. Hace un buen rato que no se oye nada, aunque han estado entrando y saliendo hombres todo el día y han hecho un barullo tremendo. Se han oído muchos gritos. En un momento dado le dije a Dave que viniera a ver lo que pasaba, dado que ella está embarazada y tal. Pero Dave es un inútil, no consigo por nada del mundo que levante el trasero del sofá. ¿Quiere que dé unos golpes en la pared de mi salón? Da a su dormitorio, y las paredes son de papel. Algunas noches tenemos que subir el volumen de la tele, ya sabe a qué me refiero.

—No me diga. ¿Y han tenido que hacerlo últimamente? —preguntó Daniel.

La puerta se abrió de golpe.

—Marica inútil, la puerta estaba abierta. Entra y haz algo. Buenas noches, señora Jenkins.

Daniel entró en el apartamento como un conejo asustado y la puerta se cerró tras él con un portazo.

—¿Marica inútil? ¿Marica inútil? Katy, normalmente me divierten tus insultos, pero muéstrate un poco más creativa. Lo obvio no está a tu altura.

Katy se agarraba a los hombros de Daniel y resoplaba como un fumador empedernido que hubiera subido las escaleras a toda prisa.

—¿Por qué este traje blanco? —preguntó cuando por fin pudo hablar.

—Te refieres a mi traje de ayuda al parto. Bueno, dada la naturaleza médica del evento, he pensado que sería lo más apropiado. Pero hemos de procurar que el bebé no lo ensucie, porque la semana próxima me lo tengo que poner para asistir a la ceremonia civil de Alan y Chris.

Katy emitió un gruñido profundo y gutural.

—¿Es necesario que hagas eso? Acabo de dejar en casa a un *cowboy* —uno de los que hacen *striptease*— que conocí en la fiesta de cumpleaños de Steve. Lo he abandonado sin más cuando todo estaba preparado, de modo que no seas mala conmigo.

—Está a punto —gruñó Katy.

—Lo estaba, querida. Pero tú lo interrumpiste —dijo Daniel.

—No me refería a ti, bobo. Quiero decir la contracción. Está a punto de venir... ya.

Katy aulló de dolor. Luego maldijo. Y aulló otra vez.

Daniel se quedó petrificado de miedo.

—Oh, Dios mío. ¿Qué te están haciendo, Katy? Mierda, ¿crees que esto es normal? Por todos los santos, yo no debería estar aquí. He elegido un tipo de vida que me permite mantenerme lejos de todo lo que tiene que ver con nacimientos. ¿Qué demonios hago aquí?

—Ayúdame —dijo Katy con voz débil—. Ayúdame a volver a la cama y me coges de la mano o algo así.

—¿Volver a la cama? Estás loca. Iremos al hospital. No puedo estar solo contigo en este estado. Tienes que estar rodeada de gente con cuchillos y cosas así, por tu propia seguridad.

—No, Daniel. Las contracciones son espaciadas. Hay que esperar. Llama al hospital y diles que he empezado y que les llamaremos cuando las contracciones sean cada cinco minutos.

Daniel había empezado a jadear como Katy.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo, y la cogió del brazo para llevarla a la cama—. No vuelvas a hacerlo, ¿vale? Me refiero al aullido.

—Lo intentaré. —Katy se dejó caer en la cama—. El número de teléfono está en esa libreta. Que te pongan con obstetricia.

Daniel cogió el teléfono y marcó dándole la espalda a Katy, confiando en que así no volvería a proferir esos horribles aullidos.

—Departamento de obstetricia, por favor. Y rápido —ladró.

Pasaron la llamada. Katy oía el timbre a lo lejos.

—No lo cogen, Katy. ¿Qué vamos a hacer? Vayamos al hospital, por favor. En un momento estamos allí.

Finalmente se oyó la voz de una mujer al otro lado del teléfono.

—Obstetricia.

—¡Joder, por fin contesta alguien! Mire, tengo aquí a una mujer que grita como si la mataran. Dígame qué tengo que hacer.

—¿Está de parto?

—No, está en Tombuctú. Claro que está de parto, maldita sea. ¿Por qué iba a llamar, si no?

—Eh, cálmese. Ya sé que está asustado, pero tiene que conservar la calma para cuidar de su esposa. Poniéndose nervioso no la ayudará.

—No es mi esposa —replicó irritado Daniel.

—Perdone, pues su novia.

—No es mi novia. No soy tan tonto. Ahora dígame qué puedo hacer, por favor.

—¿Cada cuánto tiene las contracciones?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Acabo de llegar, y grita tan fuerte que apenas puedo oír mis pensamientos.

—Cada veinte minutos, más o menos —le interrumpió Katy.

—Dice que cada veinte minutos. Es bastante, ¿no? Ahora mismo vamos.

—Un momento. Pregúntele si ha roto aguas.

—Tapón mucoso —musitó Katy, que se preparaba ya para la siguiente contracción.

Daniel le acercó el teléfono a la boca.

—Lo siento, querida, pero yo no pienso repetir una cosa así por nada del mundo. Dilo otra vez.

En cuanto Katy hubo explicado todo lo relacionado con los flujos que había estado expulsando, Daniel recuperó para sí el teléfono.

—Ha dado la respuesta correcta, ¿no? La llevo allí tan rápido como sea posible, ¿verdad?

—La verdad es que por ahora es mejor que se quede en casa; estará más cómoda. Se encuentra en las primeras fases del parto, y si la trae al hospital lo más probable es que la enviemos de vuelta a casa. Mejor que no se mueva.

En ese momento Katy emitió un aullido de dolor, y Daniel volvió a acercarle el teléfono para que en el hospital conocieran la intensidad de la contracción.

—¿Le parece que estos gritos son para quedarse en casa? A mí no me parece que esté cómoda, precisamente. Esto no es normal.

—Escúcheme, le aseguro que es normal, y si quiere ayudar a su amiga será mejor que se queden tranquilamente en casa. Vuelva a llamarnos cuando las contracciones se den cada cinco minutos o cuando ella piense que ha roto aguas de verdad.

Daniel se quedó mirando fijamente el receptor.

—Que le den —gritó, y colgó de golpe.

Se quedó sentado en el borde de la cama, un poco tembloroso.

—Puedes hacerlo. Es sencillo. Has hecho grandes cosas en la vida; puedes soportar esto. Daniel, puedes hacerlo —se dijo a sí mismo. Hizo unas cuantas inspiraciones y se volvió a mirar a Katy con una forzada sonrisa—. ¿Te apetece un cóctel? —le preguntó.

—No seas burro. Estoy embarazada. No puedo beber.

—¿Te importa si me preparo uno?

—Daniel, ahora se trata de mí, no de ti. Para ser mi compañero de parto tienes que olvidarte de tus necesidades y atender a las mías.

—Era solo porque siempre dices que soy más divertido cuando he tomado unas copas. Pensé que si tomaba unas copas te podría animar.

—Daniel, más tarde tendrás que llevarme al hospital.

—Ahí tienes razón —suspiró Daniel.

Katy se acomodó en la cama.

—No te muevas, harás que vuelvan las contracciones.

—Estoy bien. Me dolía un poco la espalda.

Se quedaron mirando a la pared en silencio.

—Puedes hablarme si quieres. Parir no te enmudece ni te deja sorda —dijo Katy.

—Lo siento. Contenía la respiración, esperando a que llegara una nueva contracción.

—Parece que han parado un poco.

—Bien, bien. ¿Qué hemos de hacer?

—Esperar, supongo.

—¿A qué?

—A que vuelvan a empezar.

—Vale. Nos quedamos sentados y esperamos. Eso puedo hacerlo. Está bien. Nos sentamos aquí tan tranquilos.

Se hizo de nuevo un silencio.

—Por el amor de Dios —siseó Katy—. Hay una botella de *brandy* en el armario de la cocina. Supongo que no pasará nada si tomamos un sorbito.

—Bien dicho, muy bien dicho. Es bueno para la circulación. Vuelvo enseguida —dijo Daniel.

Salió como un rayo y volvió con el *brandy*. Bebieron a sorbitos, sumido cada uno en sus pensamientos. Las contracciones parecían haberse detenido momentáneamente.

—Bueno, ahora explícame por qué estoy yo aquí como tu compañero de parto en lugar de uno de los dos posibles padres.

—¿Es necesario que te lo cuente? —Katy no estaba segura de tener la energía necesaria.

—Creo que sí. Si tengo que pasar por esto, quiero saber al menos que lo hago por una buena razón.

Katy cogió a Daniel de la mano y tragó saliva. Confiaba en que las contracciones le dieran un poco más de respiro.

—Se ha acabado con Ben —dijo. Apretó con fuerza la mano de Daniel y empezó a jadear.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel, disimulando el dolor en la mano.

—Lo sabe todo —dijo Katy—. Ahora se ha ido para siempre y yo me odio a mí misma.

Katy soltó la mano de Daniel y se puso de costado para que su amigo no viera que le caían las lágrimas. Daniel sacudió enérgicamente la mano para restaurar la circulación sanguínea.

—Entonces llegó Matthew y me besó —murmuró Katy con voz casi inaudible.

Daniel se levantó de un salto y dio la vuelta a la cama para acercar el rostro al de Katy.

—¿Me tomas el pelo?

—No. —Katy sacudió la cabeza lentamente, haciendo caer las lágrimas que se le habían quedado en la punta de la nariz.

—¿Y qué hiciste?

Daniel estaba tan emocionado con la intensidad de la historia que casi se puso a dar botes.

—Lo saqué de casa.

—¡Bien hecho! —gritó Daniel, dando un puñetazo en el aire—. Le está bien empleado al bellaco. ¡Mala pieza!

Katy dejó caer la cabeza en la almohada y empezó a aullar.

—No me refería a ti, sino a él —dijo Daniel. Cuando vio que Katy no le miraba se tumbó a su lado en la cama y la abrazó. Katy enterró la cabeza en su hombro.

—¡Soy una zorra!

—No, Katy. No es cierto. La impropiedad de una noche no te convierte en una zorra —dijo Daniel—. Créeme. Yo sé distinguir a una zorra.

Al cabo de un rato cesaron las lágrimas y se oyó un leve ronquido. Con un suspiro de alivio, Daniel depositó suavemente la cabeza de Katy sobre la almohada y salió del dormitorio con la botella de *brandy* y su copa.

Se encerró en la cocina y, con cierto sentimiento de culpa, se sirvió un buen trago. Lo apuró y se sirvió otro, pero esta vez se tomó el tiempo de paladear el líquido ambarino, sumido en hondos pensamientos. Al cabo de media hora, tomó una decisión. Con movimientos un tanto vacilantes, se levantó y empezó una búsqueda sistemática por el piso, hasta que encontró el móvil de Katy debajo de una silla en el salón. Regresó a la cocina, volvió a cerrar la puerta y buscó en la agenda hasta dar con el número de Ben.

Cuando apretó el botón de llamada el corazón le latía muy deprisa.

—Cálmate, Daniel —se dijo a sí mismo—. No es como si fueras a pedirle una cita. —Se estremeció al imaginarse con el futbolero Ben de pareja.

El teléfono sonó muchas veces, hasta que por fin saltó el buzón de voz. Daniel dejó un mensaje un poco ofensivo. Amenazó a Ben con que si no contestaba en cinco minutos, él mismo se encargaría de que apareciera su nombre como «Pareja Perfecta» en el próximo número de la revista gay más famosa de Leeds.

Hecho esto, se sentó a esperar la llamada mientras tamborileaba con los dedos. A los cinco minutos exactos volvió a coger el teléfono y revisó la agenda de Katy. Buscó primero por «Mamá de Ben» o «Papá de Ben». No encontró nada. Desesperado, siguió buscando, estrujándose el cerebro para recordar si Katy le había comentado algo de un hermano o una hermana, pero recorrió de nuevo toda la lista de contactos sin encontrar nada. Volvió a empezar, con la esperanza de que un nombre le sirviera de inspiración. Se detuvo al ver uno.

Tontolaba.

O bien Katy sentía una antipatía especial por uno de sus clientes o tenía que tratarse de un amigo de Ben. Dudó, con el dedo pulgar en el aire. Decidió que merecía la pena correr el riesgo. Tomó otro trago de *brandy* y apretó el botón de llamada.

Al cabo de un par de timbrazos, contestaron.

Capítulo 20

- **U**n momento. Estoy meando —dijo una voz al otro lado de la línea.
A continuación se oyó el sonido inconfundible de la orina cayendo en la taza del váter.
- Lo siento. ¿Quién es?
- Soy Daniel, un amigo de Katy. Ben me conoce. Necesito hablar urgentemente con él. ¿Estás con él?
- ¿Quién es?
- Daniel. Conozco a Katy y a Ben. Necesito hablar con Ben. ¿Sabes dónde está?
- Está aquí conmigo. ¿Por qué me llamas a mí?
- Porque no puedo contactar con él.
- Puedo darte su número de teléfono. Pero mejor que le llames mañana, porque hoy está muy cabreado.
- No, espera. Es urgente. Tengo que hablar hoy con él. Su novia está de parto.
- ¿Qué? Espera un minuto —dijo Tontolaba—. ¡Silencio un momento, por favor! Estoy intentando hacer de secretario de Ben y no puedo oír lo que me dice este remilgado —oyó Daniel que gritaba Tontolaba—. ¿Me lo puedes repetir?
- He dicho que es imperativo que hable con Ben acerca de Katy.
- ¿Y cómo se escribe eso?
- Mira, déjalo. Solo quiero hablar con Ben.
- No me importaría pasártelo, pero está fatal. Y si está destrozado es porque esta mañana Katy ha tirado por la borda su relación de la peor manera posible.
- Eso ya lo sé, pero tengo que hablar con él. Es urgente.
- Bueno, lo intentaré. ¿Cómo has dicho que te llamas?
- Daniel.
- Oye, Ben. Hay un tal Daniel que necesita hablar contigo sobre Katy.
- Dile a ese gay idiota que se vaya al cuerno —se oyó a lo lejos, al otro lado de la línea.
- Ha dicho que le diga al gay idiota que se vaya al cuerno. No te ofendas, amigo. No es que piense que eres gay, lo dice porque está cabreado.
- Qué simpático. Dile que Katy está de parto, ¿quieres?
- Dice que Katy está de parto.

—¿Qué Katy? Me importa una mierda.

—¿Lo has oído? —le preguntó Tontolaba a Daniel.

—Mira, ya sé que lo que hizo Katy está mal, y te aseguro que se siente fatal por ello, pero ahora Ben tiene que encapsular su enfado y estar con ella.

—¿Quieres que le diga eso?

—Sí.

—El tipo dice que tienes que capturar tu enfado y estar con ella.

—Dile a ese marica que sus mierdas publicitarias no funcionarán conmigo.

—Supongo que lo has oído. Y no te ofendas por lo de marica; cuando está enfadado llama a todo el mundo marica.

—¡Es que es gay, idiota! —se oyó gritar a Ben.

—No, ¿en serio? ¿Lo eres? —le preguntó Tontolaba a Daniel.

—Sí, pero no creo que esto importe ahora, ¿no?

—Sí que importa si alguien te llama marica cuando no lo eres. Pero ahora que sé que lo eres no pasa nada.

—Gracias, supongo. Pero mira, tienes que ayudarme. Hemos de conseguir que Ben esté con Katy en el parto. Ella quiere estar con él, estoy seguro. Tienes que ayudarme a convencerlo. Si no está en el parto, se arrepentirá el resto de su vida.

—¿Por qué? —preguntó Tontolaba.

—Porque... porque se arrepentirá. ¿Y si el niño es hijo suyo y él no asiste al parto porque está enfadado?

—Ya, pero ¿y si el niño no es suyo? Es lo que ha estado repitiendo todo el día. ¿Y si no es suyo? ¿Y si se pasa horas con una mujer que no para de gemir y luego resulta que da a luz al bebé de otro? Tío, a mí no me gustaría nada que me pasara algo así. ¿Y a ti?

—Pero... pero es posible que sea su hijo —dijo Daniel. Estaba al borde del ataque de nervios. Tomó otro trago de *brandy*, esta vez directamente de la botella.

Vamos, Daniel, se dijo a sí mismo. Esto es lo que haces continuamente, es tu trabajo. Convénceles de que tu opinión como director creativo es la que vale. Lo haces cada día. Vamos, piensa.

—Escucha, Tontolaba. Pídele que se imagine a ese minúsculo bebé indefenso y sonrosado que llega al mundo y lo primero que hace es buscar a su padre. Y llorará de pena porque no habrá nadie para cogerlo en brazos.

—¿Esto es lo que quieres que le diga?

—Sí, vamos. Seguro que puedes hacerlo.

—Vale. Dice que será pequeño y sonrosado y que buscará a su padre. Pero tú no estarás.

—Dile que llame a su otro padre, joder.

—Me parece que esta no es la respuesta que esperábamos, ¿no? —le dijo Tontolaba a Daniel.

—Está bien, no desistiremos. Que se imagine a una preciosa niña que canta como un ángel y baila como una mariposa. Él está tan orgulloso que tiene ganas de llorar cuando la ve. ¿De verdad quiere perderse esto?

—¿Estás seguro de que quieres que le diga esto?

—Sí, vamos. Y esta vez ponle un poco de emoción.

—¿Emoción? ¿Quieres que me ponga a llorar?

—Si puedes, estupendo.

—¿De dónde ha salido este tipo? —le preguntó Tontolaba a Ben—. Bueno, el caso es que dice que estarás muy orgulloso porque la niña es como un ángel y una mariposa.

—No, no. Dije que canta como un ángel y baila como una mariposa —le corrigió Daniel.

—Oye tío, ya lo intento, pero así no lo convences.

¿Conoces a Ben? No le van nada los ángeles ni las mariposas. A ti puede que sí, pero no a mi amigo Ben.

—Tienes razón, tienes razón. Esto no es lo que le va. No estoy pensando en cuál es mi target. Hay que pensar siempre en el consumidor. Olvido lo más básico.

—Mira, tío. Lo siento. Seguro que tienes buenas intenciones, pero no creo que esto sirva de nada.

—No cuelgues, no cuelgues. Dame una nueva oportunidad, espera. Estoy poniéndome en el lugar de Ben. ¿Qué puede llegarle al alma? Estoy pensando, estoy pensando. Ya está. Lo tengo. ¿Estás listo, Tontolaba?

—De acuerdo, pero después de esto ya está.

—Imagínate si dentro de unas horas nace en Leeds el que se convertirá en el mejor delantero de Inglaterra. El hijo de Ben jugará en el equipo nacional. ¿Cómo podría verlo jugar si sabe que no se molestó en acudir a su primera aparición? Claro, es posible que no sea hijo de Ben y que no juegue por Inglaterra, pero es posible que sí. ¿No es suficiente con esa posibilidad?

Tontolaba se había quedado callado.

—¿Lo has entendido? ¿Quieres que lo repita? —preguntó Daniel.

Entonces oyó cómo Tontolaba le hablaba a gritos a Ben.

—Levanta el trasero del asiento y vuelve con Katy. Este bebé puede ser hijo tuyo, y un día podría jugar en el equipo nacional de Inglaterra. Supongo que entonces querrás que compre entradas. Deja de preocuparte por lo que puede que no sea. Empieza a preocuparte por lo que puede ser y ponte en marcha.

—¡Magnífico, Tontolaba! Es magnífico. Me ha gustado mucho cómo lo has gritado. Sigue, sigue —le apremió Daniel.

—¿Quieres que siga? No sé qué más decir.

—Lo estás haciendo fenomenal. Dile lo que piensas. Vamos, háblale con sinceridad. Tú lo conoces muy bien.

—De acuerdo —dijo Tontolaba. Hubo un breve silencio—. Oye una cosa, Ben. Katy es cojonuda.

—Estupendo mensaje. Conciso y concreto. Perfectamente expresado. ¡Bien hecho, Tontolaba! —dijo Daniel, levantando el puño en señal de victoria.

Ahora fue Ben quien se puso al teléfono.

—¿De verdad que está de parto?

—Bueno, si no lo está debo decir que lo finge muy bien. Mira, Ben, sabe que lo que hizo está muy mal, y se siente fatal, pero ahora tienes que venir y estar presente en el parto. No abandones ahora. Más tarde, a lo mejor, si ves que no funciona, pero ahora no. Habéis llegado hasta aquí. Katy te necesita. El bebé te necesita.

—Estoy en Edimburgo.

—¿Cómo?

—En Edimburgo. Tontolaba y yo decidimos tomarnos un día libre y venir a la despedida de soltero porque yo no podía centrarme en nada.

—Vale. No nos pongamos nerviosos. Este es un pequeño obstáculo que podremos salvar. Piensa, Daniel, piensa. Creo que es demasiado tarde para que puedas coger un avión, de modo que estoy consultando los horarios de tren en mi BlackBerry. Un segundo. Vale, hay un tren a las 12:30 y llega a Leeds a... Un momento. Joder, es como si volvieras de la luna. No llegarás hasta las 8:30 de la mañana. Pásame a Tontolaba.

—¿Sí?

—Hola, escúchame bien, Tontolaba. Dile al barman que llame a una compañía de taxi y pregunta si os pueden traer a Leeds esta noche. Tenéis media hora para encontrar un taxi, pero si no lo conseguís tendréis que ir corriendo a la estación y tomar el tren de las 12:30. ¿Entendido?

—Vale. ¿Por qué los dos?

—Porque tu misión es lograr que el padre del nuevo Mejor Delantero de Inglaterra llegue a tiempo de ver nacer a su hijo.

—Ah, vale.

—Y no os preocupéis del dinero. Lo arreglaremos luego. Ahora tenéis que llegar aquí como sea. Llámame cuando estéis en el taxi o en el tren, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Danno.

—Me llamo Daniel.

—Ya lo sé. Intentaba ser conciso y concreto.

—Tú tráeme a Ben y podrás llamarme como quieras.

—¿En serio? ¿Incluso Danno el nenaza?

—Eso si llegáis en menos de cinco horas.

—Bueno, acepto el reto. Nos veremos dentro de cuatro horas.

Capítulo 21

7:12 de la mañana

— **N**o me lo puedo creer —masculló Katy entre dientes. Estaba sentada en una butaca del salón y se agarraba con tanta fuerza a los reposabrazos de madera que tenía los nudillos blancos. No parecía en absoluto contenta.

—Shh. No hables tan alto, por favor —dijo Daniel. Se había tumbado en el suelo y apoyaba la cabeza sobre la maleta que Katy había preparado para llevar al hospital.

—¿No te parece que ya tengo que soportar bastante como para que se te ocurra tener un resacón? —Katy apartó la maleta de una patada, haciendo que la cabeza de Daniel golpeará contra el suelo.

—¡Auuu! —Daniel se incorporó y se frotó la zona dolorida—. ¿Por qué me haces esto? ¿Cómo crees que podría soportar toda una noche contigo aullando y gimiendo sin un poco de ayuda medicinal? No es culpa mía que lo único que hubiera en tu casa fuera un *brandy* de mala calidad. ¡Ya verás cuando vea a estas malas pécoras que contestan al teléfono en el departamento de obstetricia! Les diré lo que pienso de ellas. ¿Qué hay que hacer para convencerlas de que la situación es crítica y necesitamos ir al hospital?

—No es ninguna situación crítica. Cada día hay mujeres que se ponen de parto. —Katy consultó nerviosamente su reloj.

—Conmigo no. Les dije incluso que si no me ayudaban me estaban empujando al suicidio, pero se rieron y me dijeron que me dejara de tonterías.

—Tómame un paracetamol, y de paso tráeme uno a mí también —dijo Katy. Notaba que se acercaba una nueva contracción.

—¿Paracetamol? Lo del suicidio no lo decía en serio, Katy. El mundo y tú me necesitáis —reconoció Daniel.

—Lo digo para tu resaca, idiota —dijo Katy—. Y por la tortura que estoy sufriendo. Date prisa. El taxi llegará de un momento a otro.

7:30 de la mañana.

—Daniel, sal de ahí ahora mismo —gritó Katy—. El taxi ya está aquí.

Daniel salió del cuarto de baño.

—Después de usted, encantadora damisela.

—Maleta. Tú. Llevas —consiguió decir Katy, antes de inspirar hondo para iniciar su doloroso descenso por las escaleras.

—Entonces, ¿crees que estarás mucho tiempo en el hospital? —preguntó Daniel, que bajaba tras ella.

—Espero que no —resopló Katy—. ¿Por qué?

—Esta maleta pesa muchísimo. ¿Qué demonios has metido dentro?

—Ropa para mí y el bebé y diversos artículos de higiene: pañales, toallitas, compresas, almohadillas de lactancia... Ya entiendes, cosas así.

—¿Por qué te empeñas en ponérmelo difícil? Ya sabes que detesto oír hablar de esas cosas. No me gusta que se mencionen en mi presencia. La suciedad es algo que me pone nervioso.

Katy se detuvo al pie de las escaleras y se volvió a mirar a Daniel.

—Estás a punto de ver cómo doy a luz. Es uno de los acontecimientos más sucios y desagradables que te puede tocar vivir. Si no te ves lo bastante hombre para soportarlo, abandonemos ya esta farsa y vuelve a la cama mientras yo me enfrento sola al momento más doloroso y más difícil de mi vida. —Se detuvo con una mueca de dolor—. ¡Auuu! Mierda, otra contracción. ¡Aaaa! Méteme en el maldito taxi. ¡Aaaa! Y vete.

Katy se retorció de dolor y se agarraba a la baranda de la escalera como si le fuera la vida en ello. Daniel y el taxista la miraban sin saber qué hacer. En cuanto pareció que la contracción remitía, el taxista reaccionó.

—Eh, chico, métete en el taxi —gruñó—. Vamos, en marcha. Si has sido lo bastante hombre como para hacerle un hijo, ahora tienes que serlo para estar con ella cuando llegue el bebé. Vosotros los jóvenes pensáis que podéis andar por ahí empalmados como conejos sin afrontar las consecuencias. Pues bien, la consecuencia está aquí, de modo que deja de lloriquear y entra de una vez.

Daniel miró boquiabierto al taxista. Luego miró a Katy. Pero ella no iba a echarle una mano.

—Ya le has oído —masculló.

A regañadientes, Daniel entró en el coche, seguido de una jadeante Katy, y cerró de golpe la ventanilla que separaba al conductor de los pasajeros.

—Dios mío, cómo puede confundirme con uno de esos desgraciados que el fin de semana salen, se ponen hasta arriba de alcohol y se folian a todo lo que se mueve.

—Por lo que dices, te pareces bastante a ellos —dijo Katy. Ya no resoplaba tan fuerte.

—Yo también te quiero —dijo Daniel.

—Lo mismo digo. Gracias por venir conmigo en el taxi. —Katy apoyó lentamente la espalda en el respaldo.

—El hecho de que el taxista fuera más corpulento y más feo que yo no ha influido en mi decisión.

—¿No te ha llamado todavía? —preguntó Katy, al ver que Daniel sacaba el móvil del bolsillo.

—¿Quién? No sé a quién te refieres, perdona —balbuceó Daniel, y volvió a guardar el móvil.

—Me refiero al vaquero del *striptease*. Veo que miras mucho el teléfono —insistió Katy.

En aquel preciso momento se oyeron cuatro pitidos que provenían del bolsillo de Daniel.

—¿Qué dice? —preguntó Katy.

«Estaremos en la estación de Leeds a las 8:30. Beso grande. Tontolaba».

—Ejem, dice que tiene que irse a trabajar y que nos veremos más tarde.

Katy hizo una mueca de dolor. Creía que llegaba otra contracción, pero resultó una falsa alarma.

—¿Tiene trabajo a esta hora de la mañana? —preguntó, para distraerse.

—Oh, sí. A esta hora hay mucha demanda entre los trabajadores del turno de noche y los granjeros.

—¿Granjeros?

—Eso es. Se ve que les gusta ver a un *cowboy* haciendo *striptease* mientras están ordeñando. Al parecer eso les pone. Bueno, dime cuánto crees que falta para el parto. Solo por saberlo.

—¿Quién sabe? —Katy estaba cansada. Apoyó la cabeza en el hombro de Daniel—. Me dirán cuánto he dilatado, y eso les dará una idea.

—Entonces todavía falta un poco, ¿no? Lina hora, por lo menos. —Daniel empezaba a ponerse nervioso.

—Probablemente.

—Bien, bien. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? Pensar en otras cosas te ayudará a relajarte.

—Cuéntame algo más de este *striptease* para granjeros. ¿Es para los granjeros o para las vacas? —preguntó Katy con voz soñolienta.

Daniel puso los ojos en blanco.

—Para los granjeros, por supuesto.

—¿Lo hace con música?

—Katy, no tengo ni idea. Es una de esas excentricidades que se hacen ahora, ¿vale? Hablemos de otra cosa.

—Bueno. Tú empiezas.

—Bien, Katy. ¿A quién crees que tengo que llamar primero cuando nazca el bebé?

—Oh, no lo sé, Daniel. Estoy haciendo lo posible por no pensar que lo he fastidiado todo y que ahora mi vida es un desastre, y tú vas y dices esto... Dios mío, llega otra contracción. Oh, Dios mío, oh, Dios mío... ¡Danieeel!

—Vale, vale. Tranquilízate —dijo Daniel, mientras le frotaba enérgicamente la mano—. Sigamos con el vaquero. Pensemos en cuál sería la canción más adecuada para desnudarse ante una vaca. Piensa un poco. A ver si adivinas cuáles son las cinco mejores canciones para desnudarse ante las vacas.

Katy no podía hablar, pero asintió con la cabeza.

—Vale. Quiero por lo menos dos canciones antes de que acabe la contracción.

7:45 de la mañana.

—Te digo que «*I'll be the other woman*» fue un éxito en los setenta. Lo interpretaba un grupo americano llamado The Soul Children. Mi madre lo ponía todo el tiempo —dijo Daniel.

Se acercaban a la recepción del departamento de obstetricia.

—Te lo has inventado. De todas formas, una canción con un nombre tan asqueroso como «*I'll be the udder woman*»^[2] nunca estaría entre las cinco mejores.

—¿Asqueroso? ¿Estás de broma? Y lo dice la mujer que ha vertido por la pernera del pantalón un líquido que no quisiera volver a ver jamás, dejando un rastro a lo largo del pasillo.

—Por última vez, estoy de parto. Y cuando estás de parto pasan estas cosas. A ver si lo entiendes.

Katy se dejó caer en una silla junto a la recepción.

—Usted tiene que ser Daniel —dijo la recepcionista.

—Y usted debe de ser la simpática Audrey que desde hace unas horas ha convertido mi vida en un infierno. Se toma su papel de portera más en serio que si estuviera en la puerta del cielo.

—Bueno, Dios tiene ojo para los pecadores, y yo lo tengo para los compañeros de parto que sobreactúan —dijo Audrey.

—¿Dios? ¿Qué tiene que ver Dios con esto?

—Acaba de decir que es más difícil entrar en el cielo.

—Creo que piensa que te referías al cielo de los ángeles, no al club nocturno londinense —dijo Katy.

—Entiendo. Había olvidado que existía otro cielo —dijo Daniel—. Escuche, Audrey. Consíguenos la mejor habitación y hagamos las paces, ¿no le parece?

—Nombre —ladró Audrey.

—Daniel Laker.

—El suyo no, el de la mujer —dijo Audrey sin levantar la vista.

—Katy Chapman —dijo Katy—. ¿Está libre la piscina de partos? Ya no puedo más, estoy dispuesta a cualquier cosa, y a él prometo controlarlo.

—Sigan a la enfermera Brady. Ella les dirá cómo está la situación. Que lo pasen bien —dijo la recepcionista, dirigiéndole a Daniel una dulce sonrisa.

Salieron trotando tras la enfermera Brady.

—¿Piscina de partos? ¿Qué es eso de la piscina de partos? —le susurró Daniel a Katy.

—Se supone que alivia los dolores —dijo Katy.

La enfermera Brady atisbo por una puerta entreabierta.

—Parece que están de suerte —dijo—. Pasen.

Entraron en una habitación grande y bien iluminada. Daniel palideció ostensiblemente.

—¿Qué es esto? ¿Una bañera para un bebé elefante? Parece que estemos en el zoo —exclamó.

—Daniel, tranquilízate, ¿quieres? Espero que esto me ayude a dejar de dar esos aullidos cada cinco minutos.

—¿Por qué? ¿Está llena de tequila?

—Instálense tranquilamente —dijo la enfermera Brady—. Vuelvo en cinco minutos para hacer una exploración interna y ver qué tal estamos.

—Oiga, ¿y si fuera tan amable de traernos un café de Starbucks mientras hace esas cosas raras que tiene que hacer? —Daniel empezaba a sentirse un poco mareado—. Un café con leche me sentaría muy bien.

—No creo que entre los planes inmediatos de Starbucks se encuentre la conquista de los hospitales —dijo Katy.

—No puedo evitar soñar con ello, Katy. No puedo evitarlo, pero tendré que contentarme con

agua sucia en un vaso de polietileno.

—Si me consigues un bocadillo de beicon te dejaré que mires a otro lado en los peores momentos del parto.

—Promesas, nada más que promesas. No le quites ojo a la enfermera Brady. Me pareció un poco fresca. Dile que nada de exploraciones demasiado largas.

—Siempre tienes que dar tu nota particular, ¿verdad, Daniel?

—Solo intento hacer mi trabajo, chica. Vuelvo en diez minutos.

8:15 de la mañana.

—¿Qué haces aquí? ¿Está Katy? Daniel, despierta, despierta. —La voz sonó muy lejana.

—Maldita sea, ¿dónde estoy? ¿Qué pasa? —balbuceó Daniel, levantando lentamente la cabeza de la mesa. Estaba en la cafetería del hospital y se había quedado dormido.

—Estás en el hospital. Soy Matthew. ¿Qué haces aquí? —¿Matthew? ¿Matthew? Oh, joder, Matthew. No, no eres tú, ¿verdad? Todavía estoy dormido y esto es una especie de pesadilla retorcida.

—No, Daniel. Soy Matthew.

—¿Quién te ha llamado?

—Nadie.

—¿Y por qué estás aquí?

—Porque esta noche Alison empezó a tener dolores.

No está de parto todavía, pero quieren mantenerla en cama unos días. Por seguridad.

—Entiendo. De modo que no te ha llamado nadie —insistió en saber Daniel.

—No, ¿por qué habían de llamarme? ¿Estás dormido todavía? Dices muchas tonterías.

Daniel echó una ojeada a su reloj.

—¿Ya es tan tarde? Tengo que irme —dijo, levantándose de la silla.

—No, espera. Estás aquí por Katy, ¿verdad? Mira, solo quiero que me digas si está bien.

—Está bien, pero ahora tengo que irme. Me está esperando.

—Oh, Dios mío. Está de parto, ¿verdad? —Matthew estaba muy sorprendido—. Pero no salía de cuentas hasta dentro de dos semanas. ¿Dónde está? Tengo que comprobar si está bien. Dime dónde está.

—No, tú te quedas aquí —dijo Daniel, ya totalmente despierto.

—No lo entiendes; tengo que verla. La vi ayer y tengo algo que decirle. He de aclarar las cosas con ella.

—Nada de eso. Katy ya tiene suficiente como para que le compliques las cosas todavía más. Déjalo estar, por el bien de todos.

—No puedo dejarlo estar, so tarugo. Se trata de Katy, y el bebé podría ser mío. ¿Cómo puedes decirme que lo deje estar?

—Porque si la fastidias otra vez no serás tú quien tenga que quedarse a arreglar el desaguisado. Escucha, déjalo estar. Será lo mejor para todos, en el fondo ya lo sabes.

—Si no me dices dónde está, tendré que buscarla yo mismo —dijo Matthew. Y salió de la cafetería.

—Mierda, mierda, mierda. —Daniel se golpeó la cabeza tres veces contra la mesa. Sacó del bolsillo el móvil de Katy y telefoneó a Tontolaba.

—Estamos entrando en Leeds. Patrulla de rescate en camino —anunció una voz demasiado alegre.

—Escucha, Tontolaba. Nos enfrentamos a un invasor potencialmente hostil. Es el otro padre y está en el hospital. Cuando lleguéis a la estación coged un taxi y decidle que apriete el acelerador. ¿Entendido? Os esperaré en la entrada. No hay tiempo que perder —dijo Daniel.

—Oído cocina. No te preocupes. Nadie nos quitará a nuestro principal jugador. No nos rendiremos sin luchar.

—Así me gusta. Ahora venid hacia aquí lo más rápido posible.

Capítulo 22

8:40 de la mañana

— **U**n momentito, casi estamos.
Esta vez era la voz de Katy la que se oía detrás de la cortina. Matthew llevaba un rato buscándola, y ya había interrumpido a otras dos parturientas.

—Me parece que no te dará tiempo a volver a casa a por tu traje de baño. Ya he dilatado ocho centímetros —comentó Katy.

La enfermera corrió la cortina divisoria.

—Oh, mierda..., oh, Dios mío, ya vuelve —dijo Katy.

—No te preocupes, cariño. Respira tranquilamente —dijo la enfermera, mientras le ponía la mascarilla. La enfermera miró a Matthew, que estaba junto a la puerta. Rápidamente, miró a Katy y otra vez a Matthew.

—¿Quién es usted? ¿Se supone que tiene que estar aquí? —preguntó, mirando alternativamente a uno y a otro.

—Sí —se apresuró a decir Matthew—. Sí, soy el padre, más o menos.

—¿Más o menos? —preguntó la enfermera.

—Es una historia muy larga. —Matthew se acercó a la cama—. Dame la mano, Katy. Todo irá bien, te lo prometo. —Y añadió, dirigiéndose a la enfermera—: Ya me quedo yo con ella.

Pero Katy, que tenía la máscara puesta, negó enérgicamente con la cabeza y se agarró al brazo de la enfermera.

—No parece muy contenta de verlo aquí —dijo la enfermera—. ¿Por qué no espera un rato fuera a que se calme?

—Pero tengo que hablar con ella —dijo Matthew.

Katy dejó oír un aullido desesperado.

La enfermera enarcó las cejas, mirando a Matthew.

—¿Hablar de qué? ¿De cómo ser un padre más o menos?

—¿Dónde está? Lo mataré. —Estaba claro que Katy había salido de la contracción, y ahora intentaba incorporarse.

—No irá a ninguna parte, señora. Siéntese.

—El muy cabrón. Sabía que no podía confiar en él. Te ha llamado él, ¿no? Para no tener que

verme dar a luz, el muy cobarde.

—Si te refieres a Daniel, no me ha llamado. Lo he visto por casualidad en el restaurante del hospital.

—¿En el restaurante? ¿Y tú pasabas por allí? Ya, vale. Estoy de parto, pero no soy idiota, ¿sabes?

—Lo digo en serio, Katy. Alison está ingresada desde ayer noche para que haga reposo. Yo quería tomar un café antes de ir al trabajo.

—¿Alison? —preguntó la enfermera.

—Es mi esposa —dijo Matthew.

—Ah, ya veo. Es ese tipo de padre —dijo la enfermera.

—No, no creo que lo entienda. No soy ese tipo de padre. Digo que soy el padre más o menos porque... bueno, es que ella no está segura de quién es el padre.

La enfermera enarcó las cejas todavía más. Katy contuvo el aliento antes de replicar.

—Lo dice como si yo fuera la mala, pero no es así. Su mujer está a punto de tener gemelos, de modo que él es peor persona que yo.

—Vaya. Así que esta es la historia. —La enfermera se apartó suavemente de la cama—. Les digo lo que voy a hacer. Les dejo solos diez minutos para que aclaren las cosas entre ustedes. Cuando vuelva, quiero saber si él se queda. Diez minutos, ni uno más.

—No tenemos nada que hablar, después de nuestra charla de ayer —dijo Katy, en cuanto la enfermera salió por la puerta—. Y por si no lo habías notado, estoy de parto, de modo que no estoy en condiciones de hablar contigo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Matthew.

—Oh, como una reina. Tengo a Mister Gay del Reino Unido como el más inepto compañero de parto y nunca había sentido un dolor así. ¿Cómo quieres que lo lleve?

—Bueno, en realidad me refería a lo que sentías al saber que estás a punto de ver a tu hijo.

—Oh, estoy deseando que llegue el momento. Por si fuera poco el sentimiento de culpa que me atormenta, ahora tendré dos ojitos mirándome y preguntándome dónde está su papá. Y por otro lado está Daniel, que no cogerá al niño pero insistirá en que lo vista y lo arregle como si fuera modelo.

—Katy, todo va a salir bien, te lo prometo —dijo Matthew.

—Déjate ya de chorradas y dame la mascarilla. Se acerca otra contracción.

—Vale, vale. Aquí tienes la mascarilla. Respira. ¿Vas mejor ahora? —Matthew miró frenéticamente a su alrededor—. Mira, tengo esto que puede ayudarte.

Se inclinó y sacó del maletín un libro titulado *Dar a luz sin miedo*.

—A ver si encuentro el capítulo que recomiendan. Aquí está: «Factores que predisponen a un bajo umbral del dolor». ¿Quieres que te lo lea?

Katy agitó ciegamente el brazo y arrancó el libro de las manos temblorosas de Matthew. Soltó un nuevo aullido.

—Quizá es un poco tarde para eso —dijo Matthew—. ¿Qué quieres que haga?

Katy aulló más fuerte.

—Oh, Katy, ya verás como todo se arregla. —Matthew intentó pasarle el brazo por encima de

los hombros, pero estaba nervioso, respiraba de forma acelerada y le sudaban las manos. Estaba sufriendo un ataque de pánico, pensó. Tenía que calmarse y hacer lo que tenía que hacer—. Escucha, Katy. He estado toda la noche despierto, pensando. Me quedé muy preocupado ayer cuando te dejé en ese estado. Pero tengo un plan, ya verás. —Carraspeó para aclararse la voz—. Esperaremos un año —dijo, lanzándole una rápida ojeada a Katy—. Creo que es necesario porque ahora no puedo dejar a Alison. Todo el mundo dice que el primer año es el peor, y creo que esto se lo debo, por lo menos. Pero encontraré la manera de verte y, por supuesto, contribuiré financieramente. Puede que resulte duro, pero...

Katy le interrumpió con un tremendo grito.

—Oh, no me digas que viene otra contracción. Respira, Katy, respira el analgésico inhalable. Bueno, pues lo que te decía. He pensado que puedo trabajar además como consultor financiero; no te creerás la demanda que hay. Esto nos ayudaría a cubrir los gastos.

Katy volvió a gritar. Matthew aguardó pacientemente a que el grito se calmara.

—Bueno, y dentro de un año me imagino que Alison ya podrá con todo, y según mi plan yo ganaré el dinero suficiente para pagar a una niñera que la ayude. También querré ver todo lo posible a los gemelos, por supuesto. Supongo que necesitaremos una casa grande donde podamos estar todos el fin de semana.

Otro grito. Katy abría los ojos como platos y resollaba con fuerza.

—Podemos hacerlo, Katy —siguió Matthew—. No tenemos por qué estar separados. Puede que sea un poco duro al principio, pero es posible, ya lo ves. Estaremos juntos. Ya no tendrás que estar sola.

La respiración de Katy se fue calmando a medida que la contracción se alejaba. Sin embargo, seguía sujetando la máscara sobre la nariz, como si no pudiera desprenderse de ella, y miraba a Matthew fijamente.

Lo estoy haciendo muy mal, pensó Matthew. No sabía qué hacer, y decidió cambiar de táctica.

—Mira, Katy, es a ti a quien quiero. He estado toda la noche pensando en ello. Si contemplo el futuro que me espera con Alison..., bueno, veo sobre todo mucho trabajo. Ya la conoces. Se ha convertido en una especie de maníaca del control, superparanoica. No es la mujer con la que me casé, y no puedo más. Ya no sé qué hacer para que sea feliz. No me necesita. Está a punto de tener a sus hijos, que es lo que quería. Pero cuando te veo a ti, me dan ganas de abrazarte y de cuidarte, te lo prometo. Estoy seguro de que puedo hacerte feliz, Katy. Lo pasaríamos muy bien. Si me das la oportunidad, yo puedo darte todo lo que necesitas.

Hizo una pausa para dejar hablar a Katy, pero ella seguía inspirando a través de la mascarilla, como si su vida dependiera de ello.

—Ya ves. Creo que es la mejor solución. Alison consigue los niños, que es lo que deseaba, y nosotros volvemos a estar juntos como antes. ¿Qué te parece? ¿Puedes hablar ahora? ¿Se te ha pasado el dolor?

Y a la misma hora (8:40).

—Tienes que traerlo aquí como sea, Tontolaba —gritó Daniel por el móvil. Estaba paseando nervioso arriba y abajo frente a la puerta principal del hospital—. No me importa lo que diga. Ha

llegado hasta aquí, y ahora tiene que asistir al nacimiento de ese bebé. Yo no pienso volver a entrar en esa sala. Hay demasiada desnudez femenina para mi gusto, demasiada intimidad.

»No, no pienso darte más detalles ni hacer fotos. Dile a Ben que le eche huevos y que deje de mostrarse tan patético. Escucha —gritó—. Si consigues traerlo hasta aquí te compensaré. ¿Qué quieres? Dímelo y te lo consigo. Pero tráelo aquí.

»Sí, tengo amigas que son modelos. Buenas amigas, de hecho.

»¿Quieres una cita con una modelo? No estoy seguro de que pueda hacerle esto a una amiga.

»Sí, ya sé que dije que te conseguiría cualquier cosa, pero no puedo obligar a nadie a hacer una cosa que no quiere, ¿no?

»Vale, vale. Veré lo que puedo hacer. Pero una cita no implica sexo, Tontolaba. Lo entiendes, ¿no?

»Sí, ya sé que en un remoto planeta es posible que a ella le gustes, pero lo que digo es que no soy un proxeneta. Una cita quiere decir una cena, ¿de acuerdo?

»Sí, claro que tendrás que pagar la cena.

»Bueno. Basta ya. Si le dices al taxista que lo traiga hasta aquí, te invitaré también a la cena.

Acabada la conversación, Daniel se desplomó en un banco. Una enfermera de unos cincuenta años lo contemplaba fijamente desde el otro extremo. Daniel forzó una sonrisa.

—Es una larga historia —dijo—. Yo no soy más que un hada madrina que intenta reconciliar a una joven pareja.

—No me diga —dijo la enfermera—. Por lo visto emplea usted unos métodos muy curiosos.

—Bueno, con los tiempos que corren, las hadas madrinas tenemos que hacer lo que tenemos que hacer. ¡Ah, gracias a Dios! Aquí llega nuestro joven príncipe con su camarada descerebrado.

Daniel se levantó de un salto y abrió la portezuela incluso antes de que el taxi se hubiera detenido totalmente.

—Ben, dichosos los ojos. Pero tienes un aspecto terrible. Esto no puede ser.

Daniel se precipitó a intentar alisarle la arrugada camisa y a peinarle con los dedos.

—Déjame en paz —dijo Ben.

—Estupendo. Ya estás preparado para enfrentarte al enemigo —dijo Daniel, agarrando a Ben del brazo—. Es por aquí.

—Espera, espera. Todavía no estoy seguro de lo que diré. ¿Puedes esperar un minuto?

Ben se sentó en el banco donde acababa de estar Daniel.

—¡Por el amor de Dios! Habíamos quedado en que hablarías con él —exclamó Daniel, volviéndose hacia Tontolaba.

—Nada de eso, tío. Me dijiste que lo trajera hasta aquí y eso es lo que he hecho. ¿Has llamado ya a tus amigas modelos, amigo?

—No, todavía no. Y no pienso llamar a nadie si no me ayudas a meterlo en el departamento de obstetricia.

—Esto no es justo. Me dijiste que lo trajera hasta la puerta del hospital, y aquí lo tienes. ¿Dónde está mi cita?

Daniel cerró los ojos y se encomendó a alguna divinidad. Necesitaba que le dieran fuerzas para soportarlo. Cuando abrió los ojos se arrodilló frente a Ben.

—Ben, el bebé está a punto de nacer. Katy está casi lista. Entra y estate con ella. Tienes que ver nacer al bebé —le dijo con dulzura.

—Sí, tío. Hazle caso. No permitas que ese gilipollas le ponga las manos encima al crío antes que tú. Entra y pelea por lo que es tuyo —dijo Tontolaba, buscando con la mirada la aprobación de Daniel. Cuando no la obtuvo, probó otro método—. Escucha, el otro es un imbécil. Solo tienes que entrar y darle un tortazo. Lo dejarás fuera de juego. Y a las mujeres les gustan los tíos que pelean, muestran quién es el jefe y todo eso.

La enfermera que estaba sentada en el extremo del banco rio con disimulo.

Tontolaba se volvió hacia ella.

—Oiga, estamos hablando de cosas muy privadas —dijo.

—Lo siento, no he podido evitar oírles —dijo la enfermera—. Si quieren pruebo yo. Para dar el punto de vista femenino.

—Creo que no lo entiende. Esto es entre hombres. No tiene ni idea de lo que está sufriendo este pobre chico —dijo Tontolaba.

—Trabajo en este hospital desde hace veinticinco años, y le aseguro que lo he visto todo —dijo la enfermera.

—Bueno, le garantizo que no ha visto un caso como este. Es un jodido enredo.

—Tontolaba, no creo que así lo estemos ayudando, ¿no? —dijo Daniel, señalando con la barbilla a Ben, que escondía la cabeza entre las manos.

La enfermera se acercó lentamente a Ben y le puso una mano en la espalda.

—Veamos. Aquí dentro hay una mujer que está a punto de tener un bebé que podría ser tuyo, pero también podría ser de otro hombre. Y ese otro está dentro —dijo la enfermera.

—Qué narices... —exclamó Tontolaba.

Daniel lanzó una agradecida mirada al cielo.

Ben levantó la cabeza lentamente y asintió, mirando a la enfermera.

—Y es un asunto muy complicado, ¿no? —continuó la enfermera—. Porque el otro tipo está casado y está a punto de ser padre de gemelos.

—Por todos los demonios, no es posible que lo sepa —dijo Tontolaba. Pero Daniel le hizo señal de que se quedara callado.

De nuevo, Ben asintió en silencio.

La enfermera asintió también y estuvo un buen rato en silencio, mientras los tres hombres contenían la respiración, esperando que continuara.

—Bueno, tenemos que simplificarlo, ¿no? —dijo por fin.

Y los tres hombres asintieron al unísono.

—Solo hay una pregunta que tienes que responder, y entonces sabrás lo que debes hacer —dijo la enfermera.

—Oh, sí. Díganos cuál es, por favor. ¿Cuál es? —suplicó Daniel, antes de que los otros dos le hicieran callar.

—¿Tú quieres a esa mujer?

Daniel se levantó de un salto.

—Mierda, claro. Es la única pregunta posible. ¿Cómo puede ser que me olvidara? Qué idiota, idiota, idiota —dijo. Y le estampó a la enfermera un beso en los labios.

—Vale, cálmese. Todavía no ha contestado —dijo ella.

—Claro que la quiere. Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Daniel tiró de la manga de Ben, pero Tontolaba le apartó la mano.

—Un momento, tío. Deja que el chico conteste. Como ha dicho la señora, es una pregunta importante. Tiene que responderla.

—Gracias —dijo la enfermera, taladrando a Daniel con la mirada.

Ben se recostó en el banco, se cubrió la cara con las manos y realizó varias inspiraciones profundas mientras los otros tres le contemplaban expectantes. Nadie se atrevía a romper el silencio. Entonces, Ben se destapó la cara y empezó a mover la cabeza. Al principio no se veía claro en qué sentido, pero poco a poco el movimiento se convirtió en un claro asentimiento, y una tímida sonrisa iluminó su rostro.

—Aleluya, joder —dijo Tontolaba.

—Demos gracias al Señor. —Daniel elevó los brazos al cielo y volvió a abrazar a la enfermera.

—No sé de dónde sale usted, y para serle franco no creo que quiera saberlo, pero es usted un ángel misericordioso, y no cabe duda de que los caminos del Señor son muy misteriosos —le dijo.

—Tengo poderes especiales —dijo la enfermera—. Y además dio la casualidad de que estaba explorando a Katy cuando llegó el otro hombre. Pero todavía no hemos acabado.

La enfermera se volvió hacia Ben y le tomó de las manos.

—Es maravilloso. Has encontrado a la mujer de tu vida, ¿no?

—Sí, así es —dijo Ben.

—Y ahora que la has encontrado, ¿vas a dejar que se vaya sin luchar? ¿Eres el tipo de hombre que se queda quieto, mientras ve cómo otros deciden por él? ¿Quieres que sean otros los que decidan tu destino? ¿Es así como eres?

—No, claro que no es así, joder —dijo Tontolaba—. Vamos, tío. Me parece que ha llegado el momento de aclarar las cosas, ¿no crees?

Ben miró fijamente a Tontolaba. Se puso de pie y señaló a Daniel y a Tontolaba.

—Vosotros dos os quedáis aquí hasta que os avise. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijeron los dos.

Ben señaló a la enfermera.

—Y en cuanto a usted, le doy las gracias.

—De nada —dijo la enfermera, con una sonrisa de oreja a oreja.

Ben empezó a subir las escaleras, pero se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Una última cosa. ¿Qué le digo?

—Dile lo que sientes, tío. Dile lo que sientes —dijo Tontolaba.

—Se lo preguntaba a ella, no a ti —dijo Ben—. ¿Qué cree que debo decirle? —le preguntó a la enfermera.

—Como dice tu amigo, dile lo que sientes.

Ben asintió y entró en el hospital.

Capítulo 23

9:05 de la mañana.

Después de correr por los interminables pasillos del hospital, buscando a Katy desesperadamente, Ben se sentía como Forrest Gump. Finalmente hubo una persona que entendió su balbuceo exhausto y le indicó la puerta de la habitación donde se encontraba su futura esposa.

Ben irrumpió en la habitación sin pensar en el lamentable aspecto que presentaba: llevaba dos días sin afeitarse ni pasar por la ducha, y todavía estaba resacoso. Los brillantes pelos rojizos que apuntaban en su barbilla eran la única nota de viveza en un rostro casi gris. Su chaqueta y su camisa estaban arrugadas y los pantalones le formaban bolsas. Matthew, en cambio, tenía un aspecto impecable con su traje azul marino, su camisa blanca y su corbata del club de golf. En cuanto vio aparecer a Ben, Matthew rodeó con ademán protector los hombros de Katy, que seguía oculta tras la mascarilla porque no encontraba otra forma de evitar lo que estaba viviendo.

—Vaya, mira lo que tenemos aquí —dijo Matthew—. Por la pinta que tienes y el olor que despides, te has pasado la noche bebiendo. Pues ya puedes volver con tus amigotes y emborracharte de verdad, porque aquí está todo controlado. ¿Verdad que sí, Katy?

Katy estaba paralizada. No sabía qué hacer. Se dijo que Ben parecía agotado, y no entendía qué hacía allí.

—Mira, cuidaré yo de ella, puesto que tú no estás en condiciones de hacerlo. No me preguntes cómo, eso lo decidiremos entre Katy y yo. El caso es que tú no tendrás que asumir ninguna responsabilidad. Podrás irte y vivir tu vida, tal como deseabas —dijo Matthew. Miró a Katy y le frotó los hombros—. Katy está a punto de dar a luz, de modo que te sugiero que te marches y la dejes tranquila —concluyó con firmeza.

Ben no se movió. A Matthew ni lo había mirado; tenía la mirada puesta en Katy. Examinaba su rostro intentando encontrar una clave, una señal de apoyo, pero no consiguió descifrar su expresión bajo la mascarilla.

Finalmente hizo una honda inspiración y metió la mano en el bolsillo en busca de una cosa que sacó muy lentamente.

Era un plátano ennegrecido y blanducho.

Sin moverse del sitio, le tendió el plátano a Katy.

—Te he traído esto. ¿Lo quieres? En clase nos dijeron que esto podía ayudar —dijo.

Matthew miraba el plátano sin comprender.

Katy parpadeó muchas veces antes de quitarse la mascarilla de la cara.

Entonces Matthew explotó.

—¡Un plátano! Un puñetero plátano. ¿Lo dices en serio? Vas y le traes un plátano. Lo que necesita ahora es amor y estabilidad, joder, no una mierda de plátano. Coño, eres un auténtico idiota. Un plátano. Increíble.

Katy abrió la boca para hablar, pero se interrumpió bruscamente porque se acercaba otra contracción.

—Mira lo que has hecho ahora. —Matthew miró furioso a Ben—. Tranquilízate, Katy, tranquilízate. El libro dice que hagas las respiraciones.

—¿El libro dice? —Ben se acercó a la cama—. Katy no quiere saber lo que dice una estupidez de libro. Vamos, Katy desahógate. Grita todo lo que quieras.

—No, Katy. No le hagas caso. Gritar es un gasto de energía. Haz las respiraciones. Mira, puedes seguir este diagrama.

Matthew le colocó el libro bajo las narices y le indicó la página con el dedo.

El grito que salió de la boca y el pecho de Katy fue el más potente de todos.

Ben se quedó atónito. Le parecía increíble que Katy fuera capaz de hacer tanto ruido.

Matthew hojeaba rápidamente el libro en busca de inspiración.

Y de nuevo, por segunda vez en una mañana, la mano de Katy salió disparada y tiró el libro al otro lado de la habitación. A pesar de encontrarse en plena contracción, hizo un esfuerzo supremo, levantó la mano con la que no se sujetaba la mascarilla y con un movimiento lento y deliberado cogió el plátano que le ofrecía Ben.

Matthew miró alternativamente a Ben y a Katy con cara de estupefacción.

—No lo dices en serio, Katy. Vamos, piénsalo bien. No puedes confiar en él. Mañana, cuando comprenda la responsabilidad que se le viene encima, volverá a marcharse. Y entonces, ¿qué será de ti? Vamos, Katy. No te equivoques.

Katy dejó el plátano junto a ella y alargó el brazo para tomar a Ben de la mano. Ben se llevó la mano de Katy a los labios y la besó antes de mirar a Matthew.

—Hablas de responsabilidad —dijo en voz baja—. Tienes razón, es muy importante. Seamos responsables por un momento, ¿vale? Deberías empezar por ir en busca de Alison, tu mujer, que está a punto de dar a luz a gemelos. Esto sí que sería responsable de tu parte. Y cuando te hayas ido para asumir tus responsabilidades, yo haré lo correcto y le pediré a Katy que se case conmigo. —Ben dirigió la mirada a Katy—. Puedes decirme que no, claro, pero si me aceptas, creo que es lo que tenemos que hacer.

Katy asintió enérgicamente y volvió a proferir otro aullido.

—¿Casaros? ¡Por favor! La pobre no sabe lo que dice. No puedes casarte con Katy. No permitiré que te aproveches de su estado.

Ben se quedó pensativo. Parecía agotado. Finalmente cogió el plátano.

—¿Me das permiso para meterle esto por el culo? —le preguntó a Katy.

Katy soltó la máscara y asintió, sonriendo y llorando al mismo tiempo, antes de que llegara otra contracción.

—Bueno, creo que está claro, ¿no? Será mejor que te vayas si no quieres que lleve a cabo el

deseo de la señora —dijo Ben, blandiendo el plátano.

Pero Matthew no se movía. Katy, con el rostro contraído de dolor, se aferraba a la mano de Ben.

Ben comprendió que tenía que actuar con rapidez.

—Lo siento muchísimo —dijo, y con la mano libre le asestó un puñetazo directo a la barbilla. Matthew retrocedió y cayó pesadamente al suelo. Estaba inconsciente.

Ben pareció sorprendido de su éxito y un poco nervioso. Miró a Katy.

—Lo siento. No me ha dejado otra elección. ¿Te duele mucho? Mira, agárrate a mi pierna, dijo, apretándose en la cama junto a Katy.

Katy le apretó la pierna. Ben oprimió el botón de emergencias casi al mismo tiempo que se abría la puerta y entraban la enfermera Brady, Daniel y Tontolaba, que habían estado escuchando desde el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Oh, Dios mío, no puedo mirar —estalló Daniel—. Ya ha pasado todo, ¿no? Decíme que ya ha pasado todo.

—Vamos, chico. Esto es fantástico —rugió Tontolaba cuando vio a Matthew inconsciente en el suelo y a Ben con el brazo sobre los hombros de Katy, que todavía estaba en plena contracción—. Joder, Katy, no te he reconocido. Tienes un aspecto horrible —añadió Tontolaba.

Katy emitió un hondo gruñido, y Tontolaba se encogió de miedo.

—No hace falta que hagas eso —dijo—. Solo quería decir que estás distinta, nada más.

—Mirad, chicos —dijo Ben, que parecía aturdido pero contento—. Gracias por todo lo que habéis hecho, pero creo que Katy tiene que seguir con su parto. Tenéis que dejarnos solos. Oh, y aseguraos de que vuelva con Alison —añadió, señalando a Matthew.

Entraron dos hombres con una camilla seguidos por la enfermera Brady.

—Lleváoslo de aquí, por favor —dijo la enfermera, señalando a Matthew—. Y uno de vosotros —se dirigía a Daniel y a Tontolaba— debería quedarse con él hasta que despierte, para explicarle lo que ha ocurrido.

—Y una mierda —replicó Tontolaba—. De lo que tengo ganas es de tomarme un bocadillo de beicon y charlar con mi nuevo amigo Daniel. Tenemos un asunto pendiente, ¿no te acuerdas? Hemos de hacer unas llamadas, ya sabes.

—Mira, ve tú a comer algo y yo me encargo de Matthew —dijo Daniel.

—¿Por qué? No le debes ningún favor —replicó Tontolaba.

—Uno de nosotros tiene que asegurarse de que no intenta volver. Yo me encargo. Te prometo que luego me reuniré contigo.

—Bueno, si te empeñas... Pero no te olvides de nuestro acuerdo, ¿eh? Yo no me quedo toda la noche despierto por cualquier cosa.

Daniel empezó a correr detrás de la camilla que se llevaba a Matthew.

—Te diré algo, te lo prometo —le gritó a Tontolaba por encima del hombro.

—Bueno, misión cumplida —dijo Tontolaba.

Miró satisfecho a Ben, que aunque tenía mala cara hacía lo posible para ayudar a Katy durante la contracción.

—No hace falta que me deis las gracias, chicos. Si no queréis nada más, me voy.

Al oír un nuevo rugido de Katy, Tontolaba se esfumó.

Capítulo 24

Daniel tenía la sensación de que había recorrido miles de kilómetros de pasillo buscando a Matthew. Había visto todas las posibles variedades del gris hospitalario, y esto empezaba a afectarle. Sin embargo, todavía lucía una ufana sonrisa por lo que había conseguido. Se preguntaba qué haría Katy para compensarle por el brillante ingenio y los heroicos esfuerzos realizados; todo para que ella fuera feliz. Tal vez aquel reloj que tanto le gustaba sería una compensación adecuada para tamaño despliegue de amistad. La invitaría a comer y le dejaría caer algunas insinuaciones del tipo: «Katy, mira este reloj. Me lo debes».

Finalmente encontró a Matthew desplomado sobre una silla y llorando a lágrima viva. Se sentó a su lado y esperó pacientemente a que se acallaran los sollozos.

—Vete a la mierda —fueron las primeras palabras de Matthew cuando vio a Daniel sentado a su lado—. Déjame en paz.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien.

—¿Y por qué mierda quieres asegurarte de que estoy bien? ¿Qué coño te importa?

—¿Por qué me importa, dices? —Daniel estaba demasiado cansado para conservar la calma por más tiempo—. Te diré por qué me importa. Llevo toda la noche pendiente de esta historia. No, es mentira. En estos últimos nueve meses he pasado mucho tiempo pendiente de vosotros, escuchando, hablando, intentando comprender este lío tremendo. Ahora estoy cansado y no necesito que me digas que me vaya a la mierda. Vete tú a la mierda y sigue adelante con tu mierda de vida.

Horrorizado, vio que Matthew arrugaba la cara y se daba media vuelta antes de echarse a llorar con tremendos sollozos que le sacudían las espaldas.

Al otro lado del pasillo había un hombre y una mujer que eran demasiado mayores o demasiado maleducados para disimular su curiosidad. Se oyó un chirrido cuando la mujer movió la silla para presenciar mejor la escena.

Los sollozos de Matthew eran cada vez más escandalosos, y Daniel se vio obligado a actuar.

—Se acabó la función —les dijo a los ancianos. Pero estos no se dejaban convencer tan fácilmente. Se limitaron a mirarle con expresión inocente.

Entonces Daniel intentó torpemente pasarle a Matthew el brazo sobre los hombros. Matthew se lo quiso sacudir de encima, pero Daniel insistió.

—Vamos, chico, lo superarás —le dijo en voz baja.

Ignoraba la razón, pero el caso era que se le ponía la voz de su madre cuando quería consolar a alguien. De hecho, había repetido exactamente las palabras que le dijo su madre cuando Daniel le contó que estaba enamorado de su tutor en la escuela de arte. Irritado por la estrechez de miras de su madre, a continuación le dijo que sabía que era gay desde los quince años, cuando David Sanderson lo sedujo durante una excursión con el grupo escultista.

Su madre se quedó horrorizada.

—¿David Sanderson?

—Sí —contestó Daniel.

—Eres un mentiroso. ¿Cómo puedes decir estas cosas del pobre David?

—De verdad que lo hizo, mamá.

—¿Cómo te atreves a meter en esto al hijo del vicario? No sé lo que es peor, si fingir que eres gay o insultar a la iglesia.

La falta de comprensión de su madre le recordó a Daniel que Matthew merecía un poco de compasión, aunque proviniera del hombre que había planeado su derrota sentimental.

De modo que Daniel se armó de paciencia y continuó dándole palmaditas en la espalda a Matthew, esperando a que parara de sollozar. De vez en cuando un movimiento de pies o un carraspeo les recordaban que había una audiencia pendiente del comienzo del espectáculo.

—¿Tienen un pañuelo? —preguntó, volviéndose hacia ellos.

—Oh, claro.

La mujer asintió enérgicamente y metió la mano en el bolso. Parecía encantada de que le dieran un papel en la escena. Tras mucho buscar sacó un paquete medio vacío de pañuelos de papel.

—Lamento que esté empezado —dijo—. Tuve que usar unos cuantos pañuelos ayer en el velatorio de Connie Waring porque me cayó por encima un trozo de bizcocho borracho de jerez. Era uno de esos bizcochos con jalea, de modo que me manché.

—Yo solo como jalea si estoy desnudo —dijo Daniel—. Escuchen los dos, necesito tener lo que llamamos una conversación privada con mi amigo. Les pido que nos dejen solos.

—Oh, no haremos ruido —se apresuró a decir la mujer—. Podemos ser muy silenciosos, hemos asistido a muchos funerales. Usted haga como si no estuviéramos. Salvo que necesite ayuda, claro.

Daniel perdió la paciencia.

—Váyanse o los denuncio por acoso.

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró la mujer, poniéndose en pie—. Solo intentábamos ayudar. La próxima vez no nos molestaremos, ¿verdad, Bob?

Los sollozos de Matthew se habían calmado, pero su expresión era desolada. Tenía el traje arrugado y la corbata, antes perfecta, le colgaba torcida.

Daniel miró en su interior para hacer acopio de fuerzas. Estaba agotado y emocionalmente destrozado, pero comprendía que su misión no había acabado todavía, y nadie podría decir que Daniel Laker dejaba las cosas a medias. Vio que Matthew tenía la mirada perdida, de modo que decidió atacar de lleno, con la esperanza de que en una hora estuviera todo resuelto y él pudiera volver a la cama con el vaquero.

—A ver, Matthew —dijo—. Supongo que ahora mismo te pasan muchas cosas por la cabeza.

Matthew no movió ni un músculo, de modo que Daniel siguió hablando.

—¿Qué tal si lo dividimos en porciones? Creo que así es más fácil.

Matthew se volvió a mirarle, pero no dijo nada.

—De acuerdo. Vamos allá. Empezaremos contigo y con Katy. Lo que yo creo es que te sentías desgraciado y cuando te encontraste con una persona que te recordaba tiempos mejores te pareció que todo recobraba su color. Tanto es así, que te aferras a ella con la esperanza de recuperar parte de la felicidad que has perdido. Pero sería una falsa felicidad, ¿no te parece, Matthew? Porque es la felicidad de un tiempo que pasó, la del primer amor, la primera experiencia sexual. Fue el tiempo más emocionante de tu vida. Y no lo recuperarás, Matthew. Ni aunque volvieras a estar con la persona con la que compartiste ese momento. Las cosas no funcionan así. Pronto dejaríais de hablar de vuestra música favorita y de qué postura os falta probar y empezarían las discusiones sobre a quién le toca limpiar el baño y las protestas porque ya no hacéis el amor. Es imposible que quieras a Katy, porque no la conoces. Conoces a la Katy adolescente, no a la que tiene casi cuarenta años. Y por cierto, no se te ocurra contarle que he dicho que tiene casi cuarenta, porque me mata.

Daniel oyó un estornudo a sus espaldas.

—Como me dé la vuelta y los vea aquí, llamaré a la enfermera jefe —gritó. Se oyó un murmullo y el ruido de unos pasos que se arrastraban sobre el suelo de linóleo. Daniel continuó hablando.

—¿Dónde estaba? Ah, sí. Decía que perseguías una falsa felicidad en lugar de examinar las razones por las que te sientes desgraciado. Tú y Alison estáis casados, Matthew. Eso quiere decir mucho: significa que en un momento dado la querías tanto que decidiste renunciar a otras mujeres para estar con ella. Es una decisión muy importante. Debes recuperar ese sentimiento por Alison. No puede haberse esfumado. Estoy seguro de que podrás recuperarlo, Matthew, y esta vez será incluso mejor, porque tendréis dos hijos con los que compartir vuestro amor. Dos hijos a los que dar amor. Y no hace falta que me lo digas: puede que Katy vaya a tener un hijo tuyo. Pero estarás de acuerdo en que es mejor que tus hijos tengan unos padres que los quieran y el hijo de Katy también tenga a sus propios padres, en lugar de mezclarlo todo y conseguir que todos se sientan desgraciados.

Daniel se recostó en la silla. Estaba exhausto. No podía pronunciar ni una palabra más.

Matthew miró a Daniel. Y Daniel esperaba que Matthew pronunciara unas palabras de agradecimiento, porque sin duda nunca se habría encontrado con un hombre capaz de tal sabiduría.

—Daniel —dijo Matthew.

—Sí —dijo Daniel, expectante.

—¿Por qué no te vas a la mierda ahora mismo?

Daniel alzó las manos con un gesto de derrota.

—No puedo hacer nada más —dijo.

—Gracias —murmuró Matthew.

Daniel le dio unas palmaditas en el hombro y fue a perderse buscando la salida por los intrincados pasillos del hospital.

Matthew se quedó mucho tiempo sentado, con la mirada fija en la baldosa rota que había

frente a su silla. Ni los carritos que circulaban chirriantes ni las fregonas que se movían a su alrededor ni los miles de zapatos que iban presurosos de un lado a otro consiguieron sacarle de su ensimismamiento.

Hasta que al cabo de una hora le sobresaltó un pitido del móvil.

Alison le enviaba un mensaje preguntándole qué hacía.

Matthew inspiró profundamente, se levantó y se dirigió a la habitación de Alison, a dos pasos de allí.

Estaba acostada de espaldas a la puerta. Matthew pensó que estaría ya durmiendo y rodeó la cama con mucho cuidado.

Alison lloraba en silencio.

Se sentó en una silla junto a la cama.

—Estás aquí —dijo Alison.

—¿Por qué lloras? —preguntó Matthew.

—Tengo miedo, Matthew —dijo muy bajito—. ¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si les decepciono?

—No les decepcionarás, Alison. Eso es imposible. Es más probable que sea yo quien les decepcione.

—No seas tonto. Tú estarás allí cuando te necesiten.

—Eso espero.

Al acomodarse en la silla notó que algo duro se le clavaba en el costado. Metió la mano en el bolsillo y sacó el ejemplar de *Dar a luz sin miedo*.

—¿Quieres que te lea en voz alta algo del libro? —preguntó.

—No, ahora no necesito libros, Matthew. Solo te necesito a ti.

—¿En serio?

—En serio —dijo Alison.

Capítulo 25

— **E**s fantástica —dijo Ben, por enésima vez. Tenía en los brazos un pequeño bulto envuelto en una manta y lo miraba arrobado. Katy estaba recostada sobre la almohada, en un estado de total agotamiento y total felicidad. El día había acabado de forma muy diferente a como ella había temido que acabara. Lo mejor de todo fue la expresión de Ben cuando se acercó a la báscula para ver de cerca al bebé después de que lo limpiaran. Se volvió hacia Katy con la sonrisa más amplia que ella le había visto jamás y levantó los pulgares en señal de triunfo.

—¡Es pelirroja! ¡Es pelirroja! —gritó.

Luego le acercó la niña a Katy para que la cogiera en brazos.

—Gracias por estar aquí —dijo Katy.

—Bueno, fue muy improvisado. Tontolaba y yo estábamos en Edimburgo.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Ayer noche? ¿Por qué estabais allí?

—Oh, Katy. Cuando me fui de casa no sabía qué hacer con mi vida. Tenía la cabeza como un tambor, de modo que fui al *pub* y, por supuesto, allí estaba Tontolaba. Era su hora de comer. Bueno, el caso es que entonces me llama Rick preguntando a qué hora pensamos salir el viernes para llegar a su despedida de soltero. Yo no consigo decir nada concreto, de modo que Tontolaba coge el teléfono y le dice a Rick que salimos enseguida. En aquel momento nos pareció una buena idea. De modo que desde el *pub* vamos directamente a la estación y cogemos el primer tren a Edimburgo. Sin equipaje ni nada. Nos metemos en el primer *pub* que encontramos, y lo siguiente que recuerdo es que Tontolaba recibe una llamada en el móvil y empieza a hablar con Daniel.

—¿Daniel? ¿Daniel telefoneó a Tontolaba? ¿A qué hora fue?

—Ni idea. Sobre las once, supongo.

—Pero estaba conmigo.

—Bueno, pues consiguió tener una auténtica charla con Tontolaba. Quería que Tontolaba me convenciera de que debía volver. Y de no ser por las circunstancias, la verdad es que era divertido oír a Tontolaba hablar como Daniel. Utilizaba palabras largas y todo.

—¿Qué te dijeron? ¿Qué fue lo que te convenció para volver? —preguntó Katy con cautela.

Ben se quedó pensativo antes de responder.

—Me hicieron ver que debería haber pensado que el niño podía ser mío, y no en la posibilidad de que no lo fuera. Y qué pasaría si el niño se convierte en una figura del fútbol inglés y yo tengo que confesarle que ni siquiera asistí a su nacimiento.

—De modo que fue el fútbol lo que te hizo volver —dijo Katy, un tanto decepcionada.

—No, Katy, no. Eso fue lo que me puso en movimiento. Pero si te soy sincero, ni siquiera cuando estaba en el tren camino de Leeds me sentía totalmente seguro de lo que quería. Daniel me esperaba a la entrada del hospital, y entre él y esa enfermera me hicieron la única pregunta que de verdad importa.

—¿La de si lo quieres de verdad?

—No, Katy, la de si de verdad la quieres.

—¿Y entonces?

—Y dije que sí, claro.

—¿En serio? ¿Dijiste que sí?

—Claro que sí, joder. Nunca te lo había dicho, pero ya sabes que estas cosas no me van demasiado. —Cogió a Katy de la mano y la miró a los ojos—. Te quiero. Siempre te he querido.

—Yo también te quiero —respondió ella.

—No tienes que decirlo solo porque yo te lo diga.

—En serio que te quiero, y me casaré contigo. Si es lo que querías decir, claro.

—Es lo que quería decir. Pero con una condición.

—¿Qué condición es esa? —le preguntó Katy, temiéndose lo peor.

—Que no nos convirtamos nunca en una de esas parejas aburridas. Ya sabes, esas que se sientan en los *pubs* sin dirigirse la palabra y que probablemente nunca hacen el amor.

—Te lo prometo —dijo Katy. Estaba convencida de que la vida con Ben nunca sería aburrida—. Y te digo una cosa: incluso haremos el amor en martes.

Agradecimientos

Dos vivencias inspiraron este libro. Por una parte, la de una noche en un *pub*, cuando me hablaron de un hombre que había salido corriendo de una sala de partos. La segunda vivencia fue la fantástica presentación de una embarazada en nuestra primera clase preparto. Nos presentó a su pareja femenina y nos advirtió que no eran lesbianas; era una amiga que la acompañaba porque hacía cinco semanas que su marido se había marchado de casa. Aunque estas historias no se recogen en el libro, sí que me ayudaron a entender el inmenso potencial dramático (y humorístico) que contiene el hecho de tener un hijo.

Tampoco me olvido de aquellas personas que con sus memorables chistes y chufas me han proporcionado algunos de los momentos más divertidos de la novela. Steve y Andrea, en especial, me han dado pie a algunas de las mejores escenas. Y no me olvido de Tony, quien está convencido de que NADIE-HACE-EL-AMOR-LOS-MARTES. Le doy gracias de corazón por descubrirme este hecho.

Quiero darle las gracias a Araminta Whitley, mi agente, por creer en mí y ayudarme a adquirir la confianza necesaria para apuntar alto. Y también a Joanna Swainson y a Madeleine Milburn, quienes vieron el potencial de este libro y vendieron los derechos internacionales a varias editoriales. Vosotras me animasteis a seguir este camino. Muchas gracias.

Chris, Lee, Lucy y Guy, de *The One Off*, se desvivieron para diseñar la cubierta del libro y consiguieron hacerme una foto que me gusta de verdad. Lo que es un milagro. Muchas gracias.

Finalmente quiero dar las gracias a mi familia por enseñarme que el sentido del humor ayuda a suavizar cualquier aspereza y a minimizar cualquier desacuerdo. Jim, June, Andrew y Helen, siempre me hacéis reír.

Y no puedo olvidarme de Fanny. Espero que me perdones por utilizar de nuevo tu nombre en vano.



TRACY BLOOM empezó a escribir cuando su malvado marido la apartó cruelmente del empleo de sus sueños —comprar montañas rusas para los principales parques de atracciones del Reino Unido— y se la llevó a Estados Unidos. Tracy se encontró sola, con un bebé y sin amigos, pero ideó un astuto plan para superar tanto el aburrimiento de las tareas domésticas como el hecho de que la gente no entendiera su acento de Derbyshire. Así fue como escribió *Nadie hace el amor los martes*, que se ha publicado, además de en España, en Italia y Hungría. Ahora Tracy está encantada su nuevo trabajo. De regreso a Inglaterra, arde en deseos de seguir escribiendo con humor acerca de gente que se complica la vida.

Notas

[1] Expresión en dialecto escocés equivalente a: «Oh, sí, ahora mismo». <<

[2] Una broma intraducible. Katy cambia *other woman* (otra mujer) por *udder woman*, que suena casi igual pero significa algo así como «la mujer de las ubres». <<